

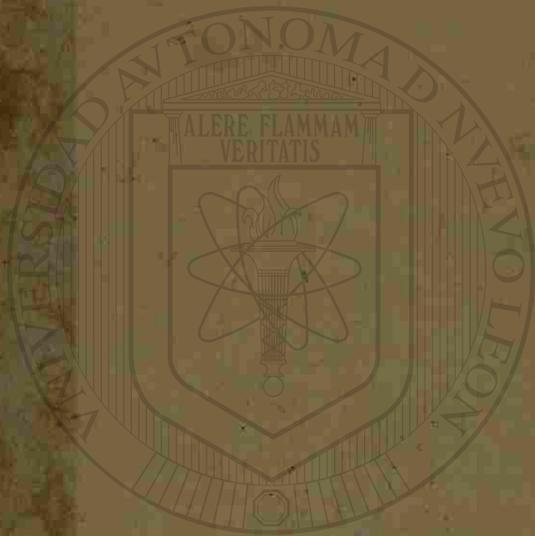




PC2499
068
v. 1



1020026892



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— 20



La Conquista de Plassans

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS ROUGON-MACQUART

HISTORIA NATURAL Y SOCIAL DE UNA
FAMILIA BAJO EL SEGUNDO IMPERIO

LA CONQUISTA DE PLASSANS

POR
EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN DE
Emilio M.^a Martínez

TOMO I

GASSO HERMANOS, EDITORES
SANTA TERESA, 4 Y 6.—BARCELONA

101185

30844

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

N
2 pbc
30844
- 8

Núm. C.
Núm. Autor
Núm. Adq.
Procedencia
Precio
Fecha
Clasific.
Catalogó

[Handwritten signature]

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FOLIO 1022



843
2



FONDO
CARDÓ COVARRUBIA

PQ 2499
C68
v.1

ES PROPIEDAD DE
LOS EDITORES

BIBLIOTECA

ALFONSO XIII
RICARDO COVARRUBIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

LA CONQUISTA DE PLASSANS

I

Deseada batió palmas. Era una muchacha de catorce abriles, muy robusta para su edad, y, que tenía una risa de niñita de cinco años.

—¡Mamá, mamá!—exclamó—¡Mira mi muñeca!

Había cogido a su madre un guiñapo, con el cual trabajaba hacía un cuarto de hora para hacer una muñeca, arrollándolo y estrangulándolo por un extremo con un pedazo de hilo. Marta levantó los ojos de la media que estaba zurciendo con delicadeza de bordado. Sonrió a Deseada.

—¡Eso es una pepona!—le dijo.—Toma, haz una muñeca. Es preciso que le hagas una falda, como una señora, ¿sabes?

Y le dió un trozo de indiana que encontró en su costurero; después volvió a emprenderla con la media, cuidadosamente. Estaban las dos sentadas, en un extremo de la estrecha terraza, la hija en un taburete fuerte a los pies de la madre. El sol poniente, un sol de Septiembre, caliente aún, las bañaba en tranquila luz, en tanto que, delante de

843
2



FONDO
CARDÓ COVARRUBIA

PQ 2499

C68

v.1

ES PROPIEDAD DE
LOS EDITORES

BIBLIOTECA

ALFONSO X
RICARDO COVARRUBIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

LA CONQUISTA DE PLASSANS

I

Deseada batió palmas. Era una muchacha de catorce abriles, muy robusta para su edad, y, que tenía una risa de niñita de cinco años.

—¡Mamá, mamá!—exclamó—¡Mira mi muñeca!

Había cogido a su madre un guiñapo, con el cual trabajaba hacía un cuarto de hora para hacer una muñeca, arrollándolo y estrangulándolo por un extremo con un pedazo de hilo. Marta levantó los ojos de la media que estaba zurciendo con delicadeza de bordado. Sonrió a Deseada.

—¡Eso es una pepona!—le dijo.—Toma, haz una muñeca. Es preciso que le hagas una falda, como una señora, ¿sabes?

Y le dió un trozo de indiana que encontró en su costurero; después volvió a emprenderla con la media, cuidadosamente. Estaban las dos sentadas, en un extremo de la estrecha terraza, la hija en un taburete fuerte a los pies de la madre. El sol poniente, un sol de Septiembre, caliente aún, las bañaba en tranquila luz, en tanto que, delante de

ellas el jardín, ya en sombra gris, se dormía. Ni un ruido, en el exterior, subía de aquel desierto rincón de la ciudad.

Entre tanto, las dos trabajaron diez minutos largos en silencio. Deseada estaba tomándose un trabajo inmenso para hacer una falda a su muñeca. A ratos, Marta levantaba la cabeza y miraba a la niña con ternura un poco triste. Como la viera muy apurada:

—Espera—le dijo. — Yo le voy a poner los brazos.

Cogía la muñeca, cuando dos muchachones de diez y siete y diez y ocho años bajaron la escalinata. Se dirigieron a besar a Marta.

—No nos niñas, mamá—dijo alegremente Octavio.—He sido yo el que ha llevado a Sergio a la música... ¡Había una de gente, en la carrera Sauvaire!

—Os he creído detenidos en el colegio—respondió la madre.—Si no, habría estado muy inquieta.

Pero Deseada, sin pensar más en la muñeca, se había arrojado al cuello de Sergio, diciéndole:

—Se me ha escapado uno de los pájaros, el azul, el que tú me regalaste.

Tenía muchas ganas de llorar. Su madre, que creía olvidada aquella pena, intentó en vano enseñarle la muñeca. Deseada tenía cogido el brazo de su hermano, y repetía, arrastrándole hacia el jardín:

—Ven a verlo.

Sergio, con su complaciente dulzura, la siguió procurando consolarla. La niña le llevó a un pequeño invernadero, ante el cual estaba la jaula, sobre un pedestal. Allí le explicó que el pájaro se había escapado en el momento de abrir ella la puerta para impedir que se peleara con otro.

—¡Caramba! no es extraño—gritó Octavio, que se había sentado en la baranda de la terraza.—Siempre los está tocando, y mira cómo están hechos y lo que tienen en el gáznate para cantar. El otro día, los llevó toda una tarde en los bolsillos, para que estuvieran calientes.

—¡Octavio!...—dijo Marta con tono de reproche.—No atormentes a la pobre niña.

Deseada no había oído. Contaba a Sergio, con grandes pormenores, cómo se había escapado el pájaro.

—Mira, se ha metido por aquí, y ha ido a posarse allá, en el gran peral del señor Rastoil. De allí ha saltado al círculo de fondo. Después ha vuelto a pasar sobre mi cabeza y ha entrado en los grandes árboles de la subprefectura, donde ya no le he vuelto a ver más.

A sus ojos asomaron dos lágrimas.

—Quizá vuelva—se atrevió a decir Sergio.

—¿La crees tú?... Me dan ganas de poner a los otros en una caja y dejar la jaula abierta toda la noche.

Octavio no pudo contener la risa; pero Marta llamó a Deseada.

—Ven a ver, ven a ver.

Y le presentó la muñeca. La muñeca estaba soberbia. Tenía una falda tiesa, la cabeza hecha con una pelota de tela y los brazos de un guñapo cosido a los hombros. El rostro de Deseada se iluminó con súbito contento. Se sentó de nuevo en el taburete, sin pensar ya en el pájaro y, besando a la muñeca meciéndola en sus brazos con puerilidad de niña.

Sergio había ido a apoyarse de codos al lado de su hermano. Marta había vuelto a coger la media.

—¿De modo — preguntó, — que ha tocado la música?

—Toca todos los jueves—respondió Octavio.—Haces mal en no ir, mamá. Toda la ciudad está allí; las señoritas de Rastoil, Madame de Condamin, el señor Paloque, la mujer y la hija del alcalde... ¿Por qué no vas?

Marta no levantó los ojos, y dijo, al acabar un zureido:

—Ya sabéis, hijos míos, que no me gusta salir. Aquí estoy muy tranquila. Además, alguien se ha de quedar con Deseada.

Octavio abrió los labios, pero miró a su hermana y se calló. Permaneció quieto, silbando suavemente, alzando los ojos hacia los árboles de la prefectura, llenos del bullicio de los pájaros que se acostaban, y examinando los perales del señor Rastoil, tras de los cuales descendía el sol. Sergio había sacado del bolsillo un libro que leía atentamente. Reinó un silencio recogido, cálido, de muda ternura, en la agradable luz amarilla que palidecía poco a poco sobre la terraza. Marta, acariciando con los ojos a sus tres hijos, en medio de aquella paz de la tarde, daba grandes puntadas regulares.

—Todos llegan tarde hoy—dijo al cabo de un instante.—Son cerca de las diez, y vuestro padre no vuelve. Creo que ha ido por las Tulettes.

—¡Ah!—dijo Octavio.—Entonces no es extraño... Los aldeanos de las Tulettes no le sueltan nunca cuando le cogen. ¿Ha ido a comprar vino?

—No sé—dijo Marta.—Ya sabéis que no le gusta hablar de negocios.

Reinó de nuevo el silencio. En el comedor, cuya ventana estaba abierta de par en par sobre la terraza, la vieja Rosa, desde hacía un momento,

ponía la mesa, con irritados ruidos de vajilla y de argentería. Parecía de muy mal temple, empujando los muebles, refunfuñando palabras entrecortadas. Después fué a plantarse en la puerta de la calle, alargando el cuello, y mirando a lo lejos hacia la plaza de la Sub-Prefectura. Después de unos minutos de espera, se presentó en la escalinata, gritando:

—¿Es que M. Mouret no vendrá a comer?

—Sí, Rosa, espere usted—respondió Marta tranquilamente.

—Es que todo se quema. No hay juicio. Cuando el señor hace eso, bien podría avisar... A mí me es igual, al fin y al cabo. La comida no se podrá comer.

—¿Lo crees así, Rosa?—dijo tras ella una voz tranquila.—Ya nos la comeremos como esté.

Era Mouret que entraba. Rosa se volvió y miró a su amo de hito en hito, como si fuese a estallar; pero ante la absoluta calma de aquel rostro en el que se veía un asomo de socarronería burguesa, no dió con una sola palabra y se fué. Mouret bajó a la terraza, donde paseó sin sentarse. Se limitó a dar, con la yema de los dedos, un golpecito en la mejilla a Deseada, que le sonrió. Marta había levantado los ojos; luego, después de mirar a su marido, se había puesto a arreglar su labor sobre el costurero.

—¿No está usted cansado?—preguntó Octavio, que miraba los zapatos de su padre, blancos de polvo.

—Sí, un poco—respondió Mouret, sin hablar más de la larga caminata que había andado a pie.

Pero vió, en medio del jardín, una azada y un rastrillo que los niños debían de haber olvidado allí.

—¿Por qué no entráis los aperos?—exclamó.—Lo he dicho cien veces. Si lloviese se enmohecerían todos.

No se enfadó más. Bajó al jardín, se dirigió él mismo por la azada y el rastrillo, y fué a colgarlos cuidadosamente al pequeño invernáculo. Al subir otra vez a la terraza, escudriñaba con la vista todos los rincones de las calles del jardín para ver si todo estaba en orden.

—¿Y tú, estudias las lecciones?—preguntó al pasar junto a Sergio, que no había soltado el libro.

—No, padre mío—respondió el muchacho.—Es un libro que me ha prestado el Padre Bourrette; el relato de las "Misiones en la China".

Mouret se paró de pronto ante su mujer.

—A propósito—dijo.—¿No ha venido nadie?

—No, nadie—dijo Marta con aspecto sorprendido.

El iba a continuar, pero pareció pensarlo mejor; siguió paseando otro rato sin decir palabra; después, asomándose a la escalinata:

—¡Bueno, Rosa! ¿Y esa comida que se quemaba.

—¡Caramba!—gritó desde el fondo del corredor la furiosa voz de la cocinera.—Ahora no hay nada a punto; todo está frío. Esperará usted, señor.

Mouret se rió en silencio; guiñó el ojo izquierdo, mirando a su mujer y a sus hijos. La cólera de Rosa parecía divertirle mucho. En seguida se quedó absorto mirando los árboles frutales de su vecino.

—Es sorprendente — dijo a media voz. — Rastoiil tiene peras magníficas este año.

Marta, inquieta hacía un instante, parecía te-

ner en los labios una pregunta. Se decidió y dijo tímidamente:

—¿Esperas hoy a alguien?

—Sí y no—respondió Mouret volviendo a pasear.

—¿Has alquilado el segundo piso, acaso?

—Sí, en efecto, lo he alquilado.

Y, como empezara un silencio embarazoso, continuó el marido con apacible voz:

—Esta mañana, antes de partir para las Tuilettes, he subido a casa del padre Bourrette; me ha apurado mucho, y ¡qué demonio! he cerrado tratos... Ya sé que esto te contraría. Pero piensa un poco, y verás que no eres sensata, hija mía. Ese segundo piso no nos servía de nada; se estaba estropeando... Los frutos que conservábamos en las habitaciones, dejaban una humedad que despegaba el papel... Y ahora que hablo de ello, no te olvides de mandar quitar los frutos mañana mismo; nuestro inquilino puede llegar de un momento a otro.

—¡Estábamos tan cómodos, solos en nuestra casa!—dijo Marta a media voz.

—¡Bah!—repuso Mouret.—Un cura no estorba mucho... Vivirá él en su casa y nosotros en la nuestra... Esos sotanas se esconden hasta para beberse un vaso de agua... ¡Ya sabes tú lo que yo los quiero! Casi todos son vagos... Pues bueno, lo que me ha decidido a alquilarlo, es precisamente el haber encontrado un cura. De ellos nada hay que temer por el dinero, y no se les oye ni meter la llave en la cerradura.

Marta estaba desconsolada. Miraba, a su alrededor, la casa dichosa, bañando en el adiós al sol el jardín, donde la sombra se tornaba más gris;

miraba a sus hijos, su felicidad adormecida que reinaba allí, en aquel estrecho rincón.

—¿Y sabes quién es ese cura?

—No, pero el Padre Bourette lo ha alquilado en su nombre, y eso basta. El Padre Bourette es un buen sujeto... Sé que nuestro inquilino se llama Faujas, el Padre Faujas, y que viene de la diócesis de Besançon. No habrá podido entenderse con su curato, y le deben de haber nombrado vicario aquí, en San Saturnino. Quizá conoce a nuestro obispo, monseñor Rousselot. En fin, no nos importa, ¿comprendes? Yo, en todo esto, me fío del Padre Bourette.

Sin embargo, Marta no se convencía. Hacía frente a su marido, cosa que le sucedía rara vez.

—Tienes razón—dijo después de corta pausa.

—El Padre es un hombre dignísimo. Sólo que, recuerdo que cuando vino a ver el cuarto me dijo que no conocía a la persona en cuyo nombre lo alquilaba. Es uno de esos encargos que se hacen entre curas, de una ciudad a otra... Creo que hubieras podido escribir a Besançon, informarte, en una palabra, saber a quién metes en tu casa.

Mouret no quería enfadarse; se rió con complacencia.

—No será el diablo, mujer... Ya te veo temblando... No te creía tan supersticiosa... Por lo menos, no creerás que los curas den mal de ojo, como dicen... Tampoco traen la suerte, eso es verdad. Son como los demás hombres... ¡Bueno va! Ya verás, cuando esté aquí el Padre, si me da miedo su sotana...

—No, no soy supersticiosa, ya lo sabes—murmuró Marta.—Tengo como una pena, y nada más.

El se plantó ante ella y la interrumpió con brusco ademán.

—¿Basta, verdad?—dijo.—Lo he alquilado y no hablemos más.

Y añadió, con el tono burlón de un burgués que cree haber hecho un buen negocio:

—Lo positivo es que lo he alquilado por ciento cincuenta francos; y son ciento cincuenta francos más que entrarán en casa cada año.

Marta había bajado la cabeza, si protestar más que con un vago balanceo de las manos, cerrando dulcemente los ojos, como para no dejar caer las lágrimas que henchían sus párpados. Lanzó una mirada furtiva a sus hijos, quienes, durante la explicación que acababa de tener con su padre, parecían no haber oído, acostumbrados sin duda a escenas como aquella, en las cuales se complacía la burlona verbosidad de Mouret.

—Si quiere usted comer ahora, puede usted venir—dijo Rosa con su cazarra voz, saliendo a la escalinata.

—Andando. ¡Niños, a la sopa!—gritó alegremente Mouret, sin parecer conservar el mal humor ni por asomo.

Levantóse la familia. Entonces Deseada, que había conservado su gravedad de pobre inocente, tuvo como un despertar de dolor, al ver que todos se movían. Se arrojó al cuello de su padre y balbuceó:

—Papá, se me ha escapado un pájaro.

—¿Un pájaro, nenita? Ya lo volveremos a coger.

La acariciaba, poniéndose muy zalamero. Pero fué menester que fuese él también a ver su jaula. Cuando volvió con la niña, Marta y sus dos hijos se hallaban ya en el comedor. El sol poniente, que entraba por la ventana, comunicaba gran alegría a los platos de porcelana, a los cu-

biertos, al mantel blanco. La estancia estaba tibia, recogida, sobre el fondo verdoso del jardín.

Cuando Marta, calmada por aquella paz, quitaba sonriendo la tapa de la sopera, se oyó un ruido en el corredor. Rosa, asustada, se presentó balbuceando:

—Ahí está el Padre Faujas.

II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, AGUSTO

Mouret hizo un gesto de contrariedad. No esperaba realmente a su inquilino sino dentro de dos días, lo más pronto. Se levantaba vivamente, cuando el Padre Faujas apareció en la puerta por el corredor. Era hombre alto y fuerte, de rostro cuadrado, de grandes facciones y terrosa tez. Detrás de él, en su sombra, estaba una mujer de edad, que se le parecía asombrosamente, más pequeña y de aspecto más basto. Al ver la mesa puesta, hicieron los dos un movimiento de vacilación; retrocedieron discretamente, pero sin retirarse. La alta figura negra del cura formaba una mancha de luto sobre la alegría de la pared blanqueada de cal.

—Perdónenos que les incomodemos — dijo el cura a Mouret.—Venimos de casa del Padre Bourette, que ha debido de avisar a usted...

—¡En absoluto!—exclamó Mouret.—El Padre hace siempre lo mismo; parece que vive en el Limbo... Esta misma mañana, señor, me aseguraba que no estaría usted aquí hasta dentro de dos días... En fin, de todos modos tendremos que invitarle a usted.

El Padre Faujas se excusó. Tenía la voz grave, de gran dulzura en la caída de las frases. Verda-

deramente, sentía muchísimo llegar en aquel momento. Cuando hubo manifestado su sentimiento, sin charlatanería, en diez palabras nítidamente escogidas, se volvió para pagar al mandadero que había llevado su maleta. Sus gruesas manos bien formadas sacaron de un pliegue de la sotana una bolsa, de la que no se vieron más que los anillos de acero; la palpó un instante, y metió en ella los dedos, con precaución, bajando la cabeza. Después, sin que se viera la moneda, el mandadero se fué. El cura repitió con su voz cortés:

—Le ruego, señor, que se vuelva a sentar a la mesa... Su criada nos enseñará la habitación. Ella me ayudará a subir esto.

Se bajaba para coger un asa de la maleta. Era una maletita de madera, con cantoneras y tiras de hierro; parecía haber sido compuesta, por uno de sus lados, por medio de un travesaño de madera de abeto. Mouret se quedó sorprendido, buscando con la vista el restante equipaje del cura; pero no vió más que un gran cesto, que la señora de edad sostenía con las dos manos, ante las faldas, empuñándose, a pesar del cansancio, en no dejarlo en el suelo. Bajo la tapa algo levantada, y entre paquetes de ropa blanca, salían la esquina de un peine envuelto en papel y el cuello de una botella mal tapada.

—No, no, dejen ustedes eso—dijo Mouret empujando levemente la maleta con el pie.—No debe de pesar mucho. Rosa la subirá sola.

Sin duda no se dió cuenta del secreto desdén que tenían sus palabras. La señora de edad le miró fijamente con sus negros ojos; después, los fijó en el comedor, en la mesa servida, que examinaba desde que estaba allí. Pasaba de un objeto a otro, frunciendo los labios. No había pro-

nunciado una palabra. Sin embargo, el Padre Faujas consintió en dejar la maleta. En el amarillo polvo del sol que entraba por la puerta del jardín, su raída sotana parecía roja; sus bordes estaban llenos de zurcidos; estaba muy limpia, pero tan delgada, tan lamentable, que Marta, que hasta entonces había estado sentada con una especie de reserva inquieta, se levantó a su vez. El Padre, que no le había echado más que una ojeada rápida, presto desviada, la vió dejar su silla, aunque no pareció mirarla.

—Les ruego—repitió que no se molesten; sentiríamos mucho interrumpirle la comida.

—Bueno, eso es—dijo Mouret, que tenía hambre.—Rosa les acompañará. Pídanle todo lo que necesiten. Instálense, instálense ustedes a sus anchas.

El Padre Faujas, después de saludar, se dirigía ya hacia la escalera, cuando Marta se cercó a su marido, diciendo en voz baja:

—Pero no piensas...

—¿El qué?—preguntó él, al verla vacilar.

—Las frutas, ya lo sabes.

—¡Ah, diantre! Es verdad, las frutas—dijo con acento consternado.

Y como volviera el Padre Faujas, interrogándole con la mirada:

—Me contraría muchísimo, señor—le dijo.—El Padre Bourrette es sin duda un buen hombre, pero es enojoso que le haya encargado usted de esto... Tiene la cabeza a pájaros. De haberlo sabido, todo estaría preparado... Y no que ahora tenemos que desalojar... Nosotros utilizábamos las habitaciones, ¿sabe usted? Tenemos en el suelo toda nuestra cosecha de frutas, higos, manzanas, uvas...

El cura escuchaba con una sorpresa que no podía disimular ni con su gran cortesía.

—¡Oh! pero no será largo—continuó Mouret.— Si quiere usted esperarse un poco, Rosa lo quitará todo en diez minutos.

En el terroso rostro del Padre aumentaba una viva inquietud.

—¿El cuarto está amueblado, verdad? — preguntó.

—En absoluto, no hay un solo mueble. No lo hemos habitado nunca.

Entonces el cura perdió la calma, y pasó una centella por sus ojos grises. Exclamó con reprimida violencia:

—¡Cómo! Yo había encargado expresamente en mi carta que me alquilaran un cuarto amueblado. Yo no podía traer muebles en la maleta.

—¿Eh, no lo decía yo?—dijo Mouret en tono más alto.—Ese Bourrette es inverosímil... Vino, señor, y vió las manzanas; como que hasta cogió una, declarando que pocas veces había visto manzanas tan hermosas. Dijo que le parecía muy bien, que era lo que quería y que lo alquilaba.

El Padre Faujas no oía ya; una ola de cólera había subido a sus mejillas. Volvióse y balbuceó con ansiosa voz:

—¿Oye usted, madre? No hay muebles.

La anciana señora, arropada en delgado chal negro, acababa de visitar el patio, a pasitos furtivos, sin soltar el cesto. Había avanzado hasta la puerta de la cocina, e inspeccionado sus cuatro paredes; después, volviendo a la escalinata, había tomado posesión del jardín, lentamente, con una mirada. Pero lo que más le interesaba era el comedor; estaba otra vez en pie, delante de la ser-

vida mesa, viendo humear la sopa, cuando su hijo le repitió:

—¿Oye usted, madre? Tendremos que ir a la fonda.

La anciana levantó la cabeza, sin contestar; todo su rostro se negaba a abandonar aquella casa, cuyos menores rincones conocía ya. Se encogió imperceptiblemente de hombros, con los ojos vagos, yendo de la cocina al jardín y del jardín a la cocina.

Entretanto Mouret se impacientaba. Al ver que ni la madre ni el hijo parecían decididos a irse, dijo:

—Desgraciadamente, no tenemos camas... En el granero hay un catre en el que la señora, en caso necesario, podría acomodarse hasta mañana; sólo que no veo dónde podría dormir el señor cura.

Entonces la vieja abrió por fin los labios, y dijo con voz breve, de timbre un tanto ronco:

—Mi hijo tomará el catre... Yo no necesito más que un colchón en el suelo, en un rincón.

El cura aprobó el arreglo con un movimiento de cabeza. Mouret iba a protestar, a buscar otra cosa; pero al ver el aspecto satisfecho de sus nuevos inquilinos, se calló, limitándose a cambiar con su mujer una mirada de asombro.

—Mañana será otro día—dijo con su punto de burla casera,—y podrán ustedes amueblarse como deseen. Rosa va a subir a quitar la fruta y a hacer las camas. Si quieren ustedes esperar un momento en la terraza... Vamos, niños, dadles dos sillas.

Los chicos, desde la llegada del cura y de su madre, habían permanecido tranquilamente sentados a la mesa. Les examinaban con curiosidad. El cura había aparentado no verles; pero madame

Faujas se había detenido un instante en cada uno de ellos, mirándoles como para penetrar de una vez en aquellas jóvenes cabezas. Al oír las palabras de su padre, se levantaron los tres apresuradamente.

La anciana no se sentó. Al volverse Móuret y no verla, la encontró plantada delante de una de las entornadas ventanas del salón; estiraba el cuello y acababa su examen, con la tranquila soltura de una persona que visita una propiedad que se vende. En el momento en que Rosa levantaba la maletilla, entró en el vestíbulo, diciendo sencillamente:

—Yo subo a ayudarla.

Y subió detrás de la criada. El sacerdote no volvió siquiera la cabeza; sonreía a los tres niños, que se habían quedado en pie delante de él. Su rostro tenía expresión de gran dulzura, cuando quería, a pesar de la dureza de la frente y de los rudos pliegues de su boca.

—¿Es esta toda su familia, señora?—preguntó a Marta, que se había acercado.

—Sí, señor—respondió la dama, turbada por la mirada clara que el cura había clavado en ella.

Pero el Padre Faujas miró de nuevo a los niños y prosiguió:

—Dos muchachos que pronto serán hombres... ¿Ha terminado usted sus estudios, amigo mío?

Se dirigía a Sergio. Mouret cortó la palabra al chico.

—Este ha terminado, aunque es el menor. Cuando digo que ha terminado, quiero decir que es bachiller, porque ha vuelto al colegio para estudiar un año de filosofía; es el sabio de la familia... El otro, el mayor, ese pazuato, no vale gran cosa... Ya le han suspendido dos veces en la re-

válida, y es un tunante que está siempre holgazaneando.

Octavio escuchaba estos reproches sonriendo, así como Sergio había bajado la cabeza al oír los elogios. Faujas pareció estudiarlos otro instante en silencio; pasando a Deseada y recobrando su aspecto de ternura:

—Señorita—preguntó,—¿me permite usted que sea su amigo?

La niña no respondió; casi asustada, fué a ocultar el rostro en el hombro de su madre. Está, en lugar de separarle la cara, la estrechó más, pasándole el brazo por el talle.

—Perdónela usted—dijo con cierta tristeza.—No tiene la cabeza fuerte... Se ha quedado niña... Es una inocentona. No la atormentamos para que estudie. Tiene catorce años, y aun no sabe más que querer a los animales.

Deseada, con las caricias de su madre, se había tranquilizado; había vuelto la cabeza y sonreía. Luego, con cierto atrevimiento:

—Quiero que sea usted mi amigo... Pero, ¿usted no hace nunca daño a las moscas, verdad?

Y como todos se echaran a reír en torno de ella:

—Octavio las aplasta—continuó gravemente,—y eso está mal.

El Padre Faujas se había sentado. Parecía cansadísimo. Se absorbió por un momento en la tibia paz de la terraza, paseando sus lentas miradas por el jardín, bajo los árboles de las propiedades vecinas. Aquel gran sosiego, aquel desierto rincón de ciudad pequeña, le causaba una especie de sorpresa. Su rostro se manchó de sombrías placas.

—Se está muy bien aquí—dijo a media voz. Después guardó silencio, como absorto y per-

dido. Sintió un ligero sobresalto, cuando Mouret le dijo riendo:

—Ahora, señor, si usted nos lo permite, vamos a sentarnos a la mesa.

Y, al ver una mirada de su esposa:

—Debería usted hacer como nosotros, aceptar un plato de sopa. Esto le evitaría ir a comer a la fonda... No haga usted cumplidos, se lo ruego.

—Un millón de gracias; nada necesitamos—respondió el Padre con tono de extremada cortesía, que no admitía segunda invitación.

Entonces los Mouret volvieron al comedor, en donde se sentaron a la mesa. Marta sirvió la sopa. Pronto se sintió un alegre estrépito de cucharas. Los niños bromeaban. Deseada lanzó claras risas, al oír un cuento que refería su padre, encantado al verse por fin a la mesa. Entretanto, el Padre Faujas, a quien habían olvidado, permanecía sentado en la terraza, inmóvil, frente al sol poniente. Cuando el sol iba a desaparecer, se descubrió, sofocado sin duda. Marta, colocada delante de la ventana, vió su gran cabeza desnuda, de cabellos cortos, encanecidos ya por las sienes. Un postrer resplandor rojo alumbró aquel rudo cráneo de soldado en el que la tonsura era como la cicatriz de una herida de maza; después, el resplandor se extinguió y el cura, entrando en la sombra, no fué más que un perfil negro sobre la ceniza gris del ocaso.

Por no llamar a Rosa, Marta fué por sí misma en busca de una lámpara y sirvió el primer plato. Al volver de la cocina, encontró, al pie de la escalera, a una mujer a quien no conoció al pronto. Era madame Faujas. Se había puesto una gorri-lla de tela blanca; parecía una criada, con su traje de algodón, sujeto al cuerpo por una pañole-

ta amarilla, atada detrás de la cintura; y, con los puños desnudos, jadeante aún por el trabajo que acababa de hacer, golpeaba las losas del corredor con sus gruesos zapatos de lazo.

—Ya está, ¿verdad, señora?—le dijo Marta sonriendo.

—¡Oh! Nada respondió.—En dos minutos ha estado listo.

Bajó la escalinata y endulzó la voz:

—Ovidio, hijo mío, ¿quieres subir? Todo está listo arriba.

Tuvo que tocar a su hijo en el hombro para sacarle de su abstracción. El aire refrescaba. El se estremeció, y la siguió sin hablar. Al pasar ante la puerta del comedor, blanco por la viva claridad de la lámpara, bullicioso por la charla de los chicos, alargó la cabeza, diciendo con su voz dúctil:

—Permitan que les dé otra vez las gracias, y perdónenos toda esta molestia... Estamos confusos...

—¡No, no!—exclamó Mouret.—Nosotros somos los que sentimos no poder ofrecerles nada mejor esta noche.

El cura saludó, y Marta tropezó de nuevo con aquella mirada clara, aquella mirada de águila que la había emocionado. Parecía que por el fondo de aquellos ojos, ordinariamente de sombrío gris, pasara bruscamente una llama, como esas lámparas que se pasean tras las dormidas fachadas de las casas.

—Parece que es hombre de pelo en pecho—dijo burlonamente Mouret cuando se hubieron ido el hijo y la madre.

—Los creo poco felices—murmuró Marta.

—Lo que es en la maleta no se traen un Perú...

¡Es pesada a fe mía! La habría levantado con la punta del meñique.

Pero fué interrumpido en su charla por Rosa, que acababa de bajar la escalera corriendo, para contar las cosas sorprendentes que había visto.

—¡Ah!—dijo plantándose ante la mesa en que comían sus amos.—¡Vaya una valiente! Esa señora tiene al menos sensenta y cinco años, ¡Y cualquiera lo diría! Trabaja como un caballo, se mueve, empuja...

—¿Te ha ayudado a quitar la fruta?—preguntó Mouret con curiosidad.

—Ya lo creo, señor. Se llevaba las frutas así, en su delantal; cargas horribles. Yo pensaba que se iba a romper el traje. Pero no; es de tela sólida, de la tela que yo misma gasto... Hemos tenido que hacer más de diez viajes. Yo tenía ya los brazos destrozados. Ella refunfuñaba, diciendo que no estaba bien. Creo, y perdóneme, que la he oído soltar un taco.

Mouret parecía divertirse mucho.

—¿Y las camas?—preguntó.

—¿Las camas? Ella las ha hecho... Hay que verla dar la vuelta a un colchón. Como si nada; lo coge por una esquina, y lo tira al aire como una pluma... Y es cuidadosísima. Ha arreglado el catre como una cuna. No hubiera puesto las sábanas con más devoción para acostar al niño Jesús... De los cuatro cobertores, ha puesto tres en el catre. Lo mismo que las almohadas; no ha querido ninguna para ella; su hijo tiene las dos.

—¿Entonces va a dormir en el suelo?

—En un rincón, como un perro. Ha puesto un colchón en el suelo del otro cuarto, diciendo que va a dormir allí mejor que en el paraíso. No he podido convencerla para que se acomode mejor.

Dice que no siente frío nunca y que tiene la cabeza demasiado dura para temer la dureza del suelo. Les he dado agua y azúcar, como me ha mandado la señora, y nada más... es gente muy rara, de todos modos.

Rosa acabó de servir la comida. Los Mouret, aquella noche, prolongaron la sobremesa. Hablaban largamente de los nuevos inquilinos. En su vida, de regularidad de reloj, la llegada de aquellas dos personas extrañas era un gran acontecimiento. Hablaban de éste como de una catástrofe, con esos pormenores minuciosos que ayudan a pasar las largas veladas de provincias. Mouret, sobre todo, se moría por los comadrazgos de ciudad chica. Durante los postres, con los codos sobre la mesa, en la tibieza del comedor, repitió por décima vez, con el aspecto satisfecho de un hombre feliz:

—No es regalo bonito el que Besançon hace a Plassans. ¿Habéis visto la espalda de la sotana, al volverse? Mucho me admiraría que las devotas corrieran detrás de él. Va demasiado raído... A las devotas les gustan los curas bonitos...

—Su voz tiene mucha dulzura—dijo Marta, que era indulgente.

—No cuando se enfada—repuso Mouret.—¿No le habéis oído enfadarse, al saber que el cuarto no estaba amueblado? ¡Es muy brusco. No se entretendrá en el confesionario, no! Me gustaría ver cómo va a amueblar el cuarto mañana. Con tal de que pague... Oh, ¿a mí qué? Yo me dirigiré al Padre Bourrette; sólo le conozco a él.

En la familia eran poco devotos. Los mismos niños se burlaron del cura y de su madre. Octavio imitó a la anciana, cuando alargaba el cuello

para ver el fondo de las habitaciones; lo cual hizo reír a Deseada.

Sergio, más grave, defendió a aquella "pobre gente". De ordinario, a las diez en punto, cuando no jugaba su partida de "piquet", Mouret tomaba una palmatoria e iba a acostarse; pero aquella noche, a las once, aun se defendía contra el sueño. Deseada había acabado por dormirse, con la cabeza sobre las rodillas de Marta. Los dos chicos habían subido a su habitación. Mouret seguía hablando solo, frente a su mujer.

—¿Qué edad le echas?—preguntó bruscamente.

—¿A quién?—dijo Marta, que comenzaba también a amodorrarse.

—¡Al cura, caramba! De cuarenta a cuarenta y cinco, ¿verdad? Es un buen mozo... Mira si no es lástima que eso lleve sotana... Habría hecho un magnífico carabinero.

Después, al cabo de una pausa, hablando solo, y continuando en voz alta las reflexiones que le ponían pensativo:

—Han llegado en el tren de las siete menos cuarto. De modo que sólo han tenido tiempo de pasar por casa del Padre Bourrette y de venir aquí... Apostaría a que no han comido... Es claro. Les habríamos visto salir para ir a la fonda... Me gustaría saber dónde han podido comer.

Rosa, desde hacía rato, daba vueltas por el comedor esperando que sus señores fueran a acostarse, para cerrar puertas y ventanas.

—Yo sé dónde han comido—dijo.

Y como Mouret se volviera vivamente:

—Sí, he subido a ver si les faltaba algo... Como no he oído ruido, no me he atrevido a llamar; he mirado por la cerradura.

—Mal hecho, muy mal—interrumpió Marta seve-

ramente.—Ya sabe usted, Rosa, que eso no me gusta.

—¡Quita, quita!—dijo Mouret, que, en otras circunstancias, se habría enfadado con la curiosa.

—¿Ha mirado usted por la cerradura?

—Sí, señor; era con buen fin.

—Claro que sí... ¿Qué hacían?

—Pues... comían. Les he visto que comían en una esquina del catre. La vieja había extendido una servilleta. Cada vez que se servían vino, volvían a recostar la botella en la almohada.

—Pero ¿qué comían?

—No lo sé de fijo, señor. Me ha parecido un resto de pastel, en un periódico. También tenían manzanas, manzanitas de nada.

—¿Y hablaban, verdad? ¿Ha oído usted lo que decían?

—No, señor, no hablaban... He estado mirándoles un buen cuarto de hora. No decían nada, ni esto. Comían, comían...

Marta se había levantado, despertando a Deseada, y haciendo acción de subir; la curiosidad de su marido la ofendía. Mouret se decidió al fin a subir también. En tanto que Rosa, que era devota, continuaba en voz baja:

—El pobre señor debe de tener mucha hambre... Su madre le daba los pedazos más grandes, y le oía tragar con un placer... Como no le incomode el olor de la fruta... No huele bien en ese cuarto; ese olor agrio de las manzanas y las peras... y ni un solo mueble; nada más que la cama en un rincón. Yo me moriría de miedo, y tendría la luz encendida toda la noche.

Mouret había cogido la palmatoria. Se quedó un instante en pie delante de Rosa, resumiendo la velada en esta frase de burgués sacado de sus habituales ideas:

—Es extraordinario.

Después alcanzó a su esposa al pie de la escalera. Ya estaba Marta acostada, y aun dormida, y Mouret seguía oyendo los leves ruidos que llegaban del piso superior. El cuarto del cura estaba precisamente encima del suyo. Oyó abrir dulcemente la ventana, lo cual le preocupó mucho. Levantó la cabeza de la almohada, luchando desesperadamente contra el sueño, y deseoso de saber cuánto tiempo estaría el cura asomado a la ventana. Pero el sueño fué más fuerte; Mouret roncaba antes de haber podido oír otra vez el sordo rechinar de la falleba.

Arriba, en la ventana, el Padre Faujas, con la cabeza desnuda, miraba la negra noche. Permaneció mucho tiempo allí, feliz al verse por fin solo, abstraéndose con los pensamientos que le ponían tanta dureza en la frente. Bajo él, oía el sueño tranquilo de aquella casa en que estaba hacía unas horas, el puro aliento de los niños, el honesto hálito de Marta, la respiración gruesa y regular de Mouret. En su erguido cuello de luchador, se veía una especie de desprecio, cuando levantaba la cabeza para ver a lo lejos, hasta el fondo de la ciudad dormida. Los grandes árboles del jardín de la subprefectura, los perales del señor Rastoil, alargaban sus miembros flacos y retorcidos; más allá no se veía más que un mar de tinieblas, un caos del que no subía el menor ruido.

El Padre Faujas extendió los brazos con ademán de desafío irónico, como si quisiera coger a Plassans para ahogarlo en un apretón contra su robusto pecho. Y dijo a media voz:

—¡Y esos imbéciles que sonreían, esta tarde, al verme atravesar sus calles!

III

Al día siguiente pasó Mouret la mañana espionando a su nuevo inquilino. Este espionaje iba a llenar las vacías horas que pasaba en casa metiéndose en todo, arreglando las cosas en su sitio, buscando riñas a su mujer y a sus hijos. En adelante tendría un quehacer, una diversión que le sacaría de su vida de todos los días. No le gustaban los curas, como decía, y el primero que caía en su existencia le interesaba hasta un punto extraordinario. Aquel cura traía a su casa un don misterioso, un algo desconocido, casi inquietante. Aunque alardeaba de fortaleza de alma, aunque se declarase volteriano, frente al Padre sentía un asombro, un estremecimiento de burgués, en el que se transparentaba un punto de picante curiosidad.

Ni un ruido se oía en el piso superior. Mouret escuchó atentamente en la escalera, y se atrevió hasta a subir al granero. Al acortar el paso cuando cruzaba el corredor, un pisar de zapatillas que creyó oír detrás de la puerta le emocionó en grado sumo.

Sin haber podido sorprender nada claro, bajó al jardín y se paseó por la glorieta del fondo, procurando ver por las ventanas lo que pasaba en las habitaciones. Pero ni siquiera vió la sombra

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aprobado por el Consejo de la Universidad

—Es extraordinario.

Después alcanzó a su esposa al pie de la escalera. Ya estaba Marta acostada, y aun dormida, y Mouret seguía oyendo los leves ruidos que llegaban del piso superior. El cuarto del cura estaba precisamente encima del suyo. Oyó abrir dulcemente la ventana, lo cual le preocupó mucho. Levantó la cabeza de la almohada, luchando desesperadamente contra el sueño, y deseoso de saber cuánto tiempo estaría el cura asomado a la ventana. Pero el sueño fué más fuerte; Mouret roncaba antes de haber podido oír otra vez el sordo rechinar de la falleba.

Arriba, en la ventana, el Padre Faujas, con la cabeza desnuda, miraba la negra noche. Permaneció mucho tiempo allí, feliz al verse por fin solo, abstraéndose con los pensamientos que le ponían tanta dureza en la frente. Bajo él, oía el sueño tranquilo de aquella casa en que estaba hacía unas horas, el puro aliento de los niños, el honesto hálito de Marta, la respiración gruesa y regular de Mouret. En su erguido cuello de luchador, se veía una especie de desprecio, cuando levantaba la cabeza para ver a lo lejos, hasta el fondo de la ciudad dormida. Los grandes árboles del jardín de la subprefectura, los perales del señor Rastoil, alargaban sus miembros flacos y retorcidos; más allá no se veía más que un mar de tinieblas, un caos del que no subía el menor ruido.

El Padre Faujas extendió los brazos con ademán de desafío irónico, como si quisiera coger a Plassans para ahogarlo en un apretón contra su robusto pecho. Y dijo a media voz:

—¡Y esos imbéciles que sonreían, esta tarde, al verme atravesar sus calles!

III

Al día siguiente pasó Mouret la mañana espionando a su nuevo inquilino. Este espionaje iba a llenar las vacías horas que pasaba en casa metiéndose en todo, arreglando las cosas en su sitio, buscando riñas a su mujer y a sus hijos. En adelante tendría un quehacer, una diversión que le sacaría de su vida de todos los días. No le gustaban los curas, como decía, y el primero que caía en su existencia le interesaba hasta un punto extraordinario. Aquel cura traía a su casa un don misterioso, un algo desconocido, casi inquietante. Aunque alardeaba de fortaleza de alma, aunque se declarase volteriano, frente al Padre sentía un asombro, un estremecimiento de burgués, en el que se transparentaba un punto de picante curiosidad.

Ni un ruido se oía en el piso superior. Mouret escuchó atentamente en la escalera, y se atrevió hasta a subir al granero. Al acortar el paso cuando cruzaba el corredor, un pisar de zapatillas que creyó oír detrás de la puerta le emocionó en grado sumo.

Sin haber podido sorprender nada claro, bajó al jardín y se paseó por la glorieta del fondo, procurando ver por las ventanas lo que pasaba en las habitaciones. Pero ni siquiera vió la sombra

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aprobado por el Consejo de la Universidad

del cura. Madame Faujas, que sin duda no tenía visillos, había colocado, entretanto, unas sábanas detrás de los vidrios.

En el almuerzo, Mouret pareció muy contrariado.

—¿Se habrán muerto ahí arriba?—dijo cortando pan para los niños.—¿No les has oído moverse, Marta?

—No; no he prestado atención.

Rosa gritó desde la cocina:

—Hace la mar de tiempo que no están; si no han parado de correr, lejos habrán ido.

Mouret llamó a la cocinera y la interrogó minuciosamente.

—Han salido, señor, primero la madre y después el cura. Andan tan suavemente, que no les hubiera visto, de no haber pasado sus sombras por el patio de la cocina, cuando han abierto la puerta. He mirado a la calle para ver, pero ya habían desaparecido.

—Es sorprendente... ¿Y dónde estaría yo?

—Creo que el señor estaba en el fondo del jardín, viendo las uvas de la glorieta.

Esto acabó de poner a Mouret de execrable humor. Se despotricó contra los curas; todos eran misteriosos, un montón de intrigantes a quienes no tenía el diablo por dónde coger; fingían una mogigatería ridícula, hasta el punto de que nadie había visto a ninguno lavarse. Acabó por arrepentirse de haber alquilado el cuarto a aquel cura que no conocía.

—También es culpa tuya—dijo a su mujer levantándose de la mesa.

Marta iba a protestar, a recordarle la discusión de la víspera; pero levantó los ojos, le miró y nada dijo. El, entretanto, no se atrevía a salir,

como solía. Iba y venía del comedor al jardín, husmeando, diciendo que todo andaba por medio, que la casa parecía entregada al saqueo; después se incomodó con Sergio y Octavio, que decían haberse marchado al colegio, media hora antes que de costumbre.

—¿Es que no sale papá?—preguntó Deseada al oído de su madre.—Nos va a fastidiar de lo lindo si se queda.

Marta la hizo callar. Mouret habló por fin de un negocio que debía ultimar aquel día. No tenía un momento suyo, no podía descansar ni un día en su casa cuando sentía la necesidad de hacerlo. Y se fué desconsolado por no quedarse allí, en acecho.

Por la noche, al volver, tenía verdadera fiebre de curiosidad.

—¿Y el cura?—preguntó, aun antes de quitarse el sombrero.

Marta trabajaba en su sitio de costumbre, en la terraza.

—¿El cura?—repitió con cierta sorpresa.—¡Ah, sí; el cura!... No le he visto; creo que se ha instalado. Rosa me ha dicho que han traído muebles.

—Esto es lo que yo temía—exclamó Mouret.—Yo hubiera querido estar aquí, porque, al fin y al cabo, los muebles son mi garantía... Ya sabía yo que tú no te moverías de tu silla. Eres una infeliz, hija mía... ¡Rosa, Rosa!

Y cuando se presentó la cocinera:

—¿Han traído muebles para los del segundo?

—Sí, señor, en un carretón. He conocido que es el carretón de Bergasse, el revendedor del mercado. No pesaban mucho, no... Madame Faujas seguía al hombre. Al subir la calle Balande, ella misma ha ayudado a tirar del carretón.

—¿Ha visto usted los muebles al menos? ¿Los ha contado?

—Sí, señor; me había puesto en la puerta. Todos han pasado por delante de mí, lo que me parece no ha hecho mucha gracia a madame Faujas. Espere usted... Primero han subido una cama de hierro, después una cómoda, dos mesas, cuatro sillas... Y nada más... Y no son nada buenos los muebles. Yo no daría por ellos treinta escudos.

—Debía usted haber avisado a la señora; no podemos alquilar el cuarto en esas condiciones...

Voy a tener una explicación con el Padre Bourrette.

Se incomodaba, e iba a salir, cuando Marta consiguió detenerle diciendo:

—Escucha, se me olvidaba... Han pagado seis meses por adelantado.

—¡Ah! ¿Han pagado?—balbuceó Mouret enfadado casi.

—Sí; ha sido la señora la que ha bajado y me ha dado esto.

Metió la mano en el costurero, y dió a su marido setenta y cinco francos en piezas de cien-sueños, envueltas cuidadosamente en un pedazo de periódico. Mouret contó el dinero, murmurando:

—Si pagan, son bien libres... A pesar de todo, es gente muy singular. Claro que no todo el mundo puede ser rico; pero cuando no se tiene un céntimo, no es razón para mostrarse sospechoso.

—Quería decirte también—repuso Marta al verle calmado,—que la señora me ha preguntado si estábamos dispuestos a cederle el catre; le he respondido que nada hacíamos con él y que podía tenerlo tanto tiempo como quisiera.

—Has hecho bien; hay que tenerlos contentos... A mí, ya te lo he dicho, lo que me contraría en esos diablos de curas es que nunca se sabe qué piensan ni qué hacen. Aparte de esto, suele haber hombres muy honorables entre ellos.

El dinero parecía haberle consolado. Bromeó, atormentó a Sergio acerca del relato de las "Misiones de la China", que el muchacho estaba leyendo. Durante la comida, fingió no preocuparse ya más por los del segundo. Mas habiendo contado Octavio que había visto al Padre Faujas saliendo del Obispado, Mouret no pudo contenerse más. A los postres, volvió a la conversación de la víspera. Después sintió cierta vergüenza. Tenía talento bajo la capa de torpeza de comerciante retirado; sobre todo, tenía muy buen sentido y una rectitud de juicio que le hacía, generalmente, encontrar la frase justa en medio de los comadrazgos de la provincia.

—Después de todo—dijo al ir a acostarse,—no está bien que nos metamos en casa ajena... El Padre puede hacer lo que le plazca. Es enojoso hablar siempre de ellos; yo, ahora, me lavo las manos.

Pasaron ocho días. Mouret había vuelto a sus ocupaciones habituales; vagaba por la casa, discutía con sus hijos, pasaba las tardes fuera, ultimando negocios de que no hablaba nunca; comía y dormía como hombre para quien la existencia es una suave pendiente, sin sacudidas ni sorpresas de ninguna clase. La casa parecía muerta de nuevo. Marta estaba en su sitio de costumbre, en la terraza, delante del costurerito. Deseada jugaba a su lado. Los dos chicos traían a las mismas horas la misma turbulencia. Y Rosa, la cocinera, se incomodaba, gruñía a todo el mundo; y entretan-

to el jardín y el comedor conservaban su dormida paz.

—No es ganas de hablar—repetía Mouret a su mujer,—pero ya ves que te engañabas al creer que perturbaría nuestra existencia el alquilar el segundo. Ahora estamos más tranquilos que antes; la casa es más pequeña y feliz.

A veces alzaba la vista a las ventanas del segundo piso, que, al segundo día, había provisto madame Faujas de gruesas cortinas de algodón. Ni un pliegue de las cortinas se movía. Tenían aspecto de beatitud, uno de esos pudores de sacristía, rígidos y fríos. Detrás de ellas parecía espesar un silencio, una inmovilidad de claustro. De vez en cuando se entreabrían las ventanas, dejando ver, entre la blancura de las cortinas, la sombra de los altos techos. Pero fué inútil que Mouret acechara; nunca pudo ver la mano que cerraba y abría, ni siquiera oír el rechinar de la falleba. Ningún ruido humano bajaba de la habitación.

Al final de la primera semana, Mouret no había vuelto a ver al Padre Faujas. Aquel hombre que vivía a su lado, sin que ni siquiera pudiese ver su sombra, acababa por producirle una especie de inquietud nerviosa. A pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarse indiferente, volvió a las preguntas, comenzó un sumario.

—¿Y tú no le ves?—preguntó a su mujer.

—Creí verle ayer, cuando entró, pero no estoy segura... Su madre va siempre de negro... tal vez fuera ella.

Y como su marido le hiciera más preguntas, le dijo todo lo que sabía.

—Rosa asegura que todos los días sale; está largo rato fuera... En cuanto a la madre, vive re-

glamentada como un reloj; baja por la mañana, a las siete, para la compra. Tiene un cesto grande, cerrado siempre, en el que debe de traerlo todo; carbón, pan, vino, alimentos, porque no se ve nunca llegar a su casa ningún proveedor. Son, por otra parte, muy corteses. Rosa dice que la saludan cuando la encuentran... Pero generalmente ni bajar la escalera se les oye.

—Deben de tener una cocina singularísima—refunfuñó Mouret, a quien nada decían tales informes.

Otra noche, al decir Octavio que había visto entrar al Padre Faujas en San Saturnino, le preguntó su padre qué aspecto tenía, cómo le miraban los transeuntes, qué iba a hacer en la iglesia.

—¡Ah! Es usted demasiado curioso—exclamó riendo el joven.—No estaba muy bonito al sol con su sotana roja; esto es lo que sé. He observado también que andaba a lo largo de las casas, por la sombra, en donde la sotana parecía más negra. No tiene aspecto altivo; baja la cabeza, anda deprisa... Al atravesar la plaza, dos muchachas se echaron a reír. El, levantando la cabeza, las miró con mucha dulzura. ¿Verdad, Sergio?

Sergio a su vez contó que varias veces, al volver del colegio, había acompañado de lejos al Padre Faujas, que regresaba de San Saturnino. Atravesaba las calles sin hablar a nadie; parecía no conocer a nadie y sentir cierta vergüenza por la sorda burla que sentía en torno de él.

—Pero ¿se habla de él en la ciudad?—preguntó Mouret, en el colmo del interés.

—A mí nadie me ha hablado del cura—respondió Octavio.

—Sí—repuso Sergio.—Se habla de él. El sobrino del Padre Bourrette me ha dicho que no

está muy bien visto en la iglesia; no les gustan esos curas que vienen de lejos... Además, tiene una facha tan desdichada... Cuando se hayan acostumbrado a él, le dejarán tranquilo, pobre hombre. En los primeros días hay que enterarse.

Entonces Marta encargó a los dos chicos que no respondieran si les preguntaban fuera de casa acerca del cura.

—Oh, ya pueden responder,—exclamó Mouret.—Lo que le comprometa no será de fijo lo que nosotros sabemos de él.

A partir de aquel momento, con la mejor buena fe del mundo y sin pensar mal, convirtió a sus hijos en espías de lo que hacía el cura. Octavio y Sergio tuvieron que repetirle cuanto se decía por la ciudad, y recibieron también orden de seguir al Padre cuando lo encontrasen. Pero este manantial de informes pronto se agotó. El apagado rumor ocasionado por la llegada de un vicario extraño a la diócesis, se había calmado. La ciudad parecía haber concedido gracia "al pobre hombre", a aquella sotana raída que se deslizaba en la sombra de las callejas; la ciudad no conservaba hacia él más que un gran desdén. Por otra parte, el cura se iba directamente a la catedral, y al volver pasaba siempre por las mismas calles.

En casa, quiso Mouret utilizar a Deseada, que no salía nunca. Por la noche se la llevaba al fondo del jardín, escuchándola charlar sobre lo que había hecho, sobre lo que había visto durante el día; y procuraba inducirle a hablar de los del segundo.

—Escucha—le dijo un día.—Mañana, cuando esté la ventana abierta, tiras la pelota al cuarto y subes a pedirla.

Al siguiente día, Deseada tiró la pelota; pero

no estaba aún en la escalinata, cuando la pelota, devuelta por una mano invisible, fué a botar sobre la terraza. Mouret, que había contado con la gentileza de su hija para reanudar unas relaciones rotas desde el primer día, desesperó entonces de conseguirlo; evidentemente, se estrellaba contra la firme voluntad del cura de permanecer en su casa con barricadas. Esta lucha no hacía sino tornar más ardiente la curiosidad. Llegó a comadrear en los rincones con la cocinera, con vivo disgusto de Marta, que le dirigió reproches por su falta de dignidad; pero Mouret se enfadó, mintió. Como comprendía que hacía mal, no habló ya de los Faujas más que con Rosa, a escondidas.

Una mañana, Rosa le hizo seña de que la siguiera a la cocina.

—Señor—le dijo cerrando la puerta.—Hace más de una hora que estoy al acecho esperando que baje usted de su alcoba.

—¿Has averiguado algo acaso?

—Va a usted a ver... Ayer noche estuve hablando más de una hora con madame Faujas.

Mouret sintió un estremecimiento de alegría. Sentóse en una desfondada silla de la cocina, entre los trapos y desperdicios de la víspera.

—Cuenta pronto, cuenta pronto—dijo a media voz.

—Pues—repuso la cocinera,—estaba yo en la puerta de la calle dando las buenas noches a la criada del señor Rastoil, cuando bajó madame Faujas para vaciar un cubo de agua sucia en la alcantarilla. En lugar de subir en seguida sin volver la cabeza, como hace generalmente, se quedó allí un momento mirándome. Entonces creí comprender que quería hablar; yo le dije que había hecho buen día, que el vino sería bueno... Ella

respondía "sí, sí", sin apresurarse, con la voz indiferente de una mujer que no tiene tierras y a quien no interesan esas cosas. Pero había dejado el cubo en el suelo y no se iba; hasta se había apoyado en la pared, al lado mío...

—En fin, ¿qué es lo que te dijo?—preguntó Mouret a quien torturaba la impaciencia.

—Ya comprenderá usted que no fui tan tonta que le hiciera preguntas; se habría escamado... Como quien no hace la cosa, la puse en autos de lo que puede interesarla. Como ví pasar al cura de San Saturnino, a ese buen señor Compan, le dije que estaba muy enfermo, que no duraría mucho, y que costaría reemplazarle en la catedral. Ella era todo oídos, se lo aseguro a usted. Hasta me preguntó qué enfermedad tenía el señor Compan. Luego, de una cosa a otra, le hablé de nuestro obispo. Es un excelente señor monseñor Rousselot. La vieja ignoraba su edad. Le dije que tiene sesenta años, que también está delicado, y que se hace de él lo que se quiere. Bastante que se habla del señor Fenil, el gran Vicario, que hace cuanto se le antoja en el obispado. La vieja estaba cogida; habría estado allí, en la calle, hasta mañana por la mañana.

Mouret hizo un gesto de desesperación.

—En todo eso—exclamó,—veo que hablabas tú sola... Pero ella, ¿qué te dijo ella?

—Espere usted, déjeme usted concluir—continuó Rosa tranquilamente.—Ahora llegamos... Para invitarle a espontanearse, acabé por hablarle de nosotros. Le dije que usted era el señor Francisco Mouret, antiguo negociante de Marsella; que en quince años supo usted ganar una fortuna en el comercio de vinos, aceites y almendras. Añadí que había preferido usted comersé sus rentas en

Plassans, ciudad tranquila en que viven parientes de su esposa. Encontré también medio de decirle que la señora era prima de usted; que tenía usted cuarenta años y ella treinta y siete; que se llevaban ustedes muy bien; que, por otra parte, no se les veía a ustedes mucho en la carrera Sauvaire. En fin, toda su historia... Parecía interesarse mucho. Respondía siempre "sí, sí", sin apresurarse. Cuando me paraba yo, hacía ella una seña con la cabeza para decirme que me oía, que podía continuar... Y hasta la caída de la noche charlamos así, como buenas amigas, apoyadas en la pared.

Mouret se había levantado, lleno de cólera.

—¡Cómo—exclamó.—¿Nada más? ¡La hizo a usted charlar más de una hora y no le dijo nada!

—Me dijo, cuando se hizo de noche: "El aire se pone fresco". Cogió el cubo y volvió a subir...

—¡Es usted una estúpida! Esa vieja se burlaría de diez como usted. ¡No se reirán poco ahora que saben de nosotros todo lo que querían saber!... ¿Oye usted, Rosa? ¡Es usted una estúpida!

La vieja cocinera no era paciente; se puso a andar con violencia, rechazando las sartenes y las cacerolas, arrollando y tirando los trapos.

—Señor, oiga usted—tartamudeaba.—Si ha entrado usted en la cocina para decirme palabras como esas, no valía la pena. Puede usted marcharse... Lo que yo hice era únicamente para contarle a usted. Si la señora nos encontrara aquí juntos, me reiría y tendría razón, porque no está bien. Después de todo, yo no podía sacarle las palabras del cuerpo a esa señora. Hice lo que todo el mundo hace. Hablé de las cosas de ustedes. Peor para usted si ella no me contó las de ellos. Vaya usted a preguntárselas, si tanto le interesan. Quizá no será usted tan tonto como yo, señor.

Había levantado la voz. Mouret creyó prudente escaparse, cerrando la puerta de la cocina para que no le oyese su mujer. Pero Rosa volvió a abrir la puerta detrás de él, gritándole, en el vestíbulo:

—¿Oye usted? Yo no me meto en nada; encargue usted a quien quiera esas cosas tan feas.

Mouret estaba derrotado. Conservó alguna acrimonia de su derrota. Por rencor, se complacía en decir que los del segundo eran muy insignificantes. Poco a poco, divulgó entre sus conocidos una opinión que llegó a ser la de toda la ciudad. El Padre Faujas fué mirado como un cura sin medios, sin ambición alguna, ajeno por completo a las intrigas de la diócesis; se le creyó avergonzado de su pobreza, aceptando los trabajos más pesados de la catedral, borrándose lo más posible en la sombra en que parecía complacerse. Una sola curiosidad quedaba, la de saber por qué había ido de Besançon a Plassans. Circularon delicadas historias. Pero las suposiciones parecieron arriesgadas. El mismo Mouret, que había espiado a sus inquilinos por ocio, por pasar el rato, únicamente como hubiera jugado a los naipes o a los bolos, empezaba a olvidar que tenía su casa alquilada a un cura, cuando un acontecimiento vino de nuevo a ocupar su vida.

Una tarde, al volver a casa, vió delante de él al Padre Faujas, que subía por la calle Balande. Acortó el paso y le examinó a gusto. Desde que el cura vivía en su casa, hacía ya un mes, era la primera vez, que Mouret le pillaba en pleno día. El cura llevaba todavía la sotana vieja; andaba lentamente, con el sombrero en la mano y la cabeza desnuda, a pesar del viento, que era muy vivo. La calle, cuya cuesta es muy pendiente, esta-

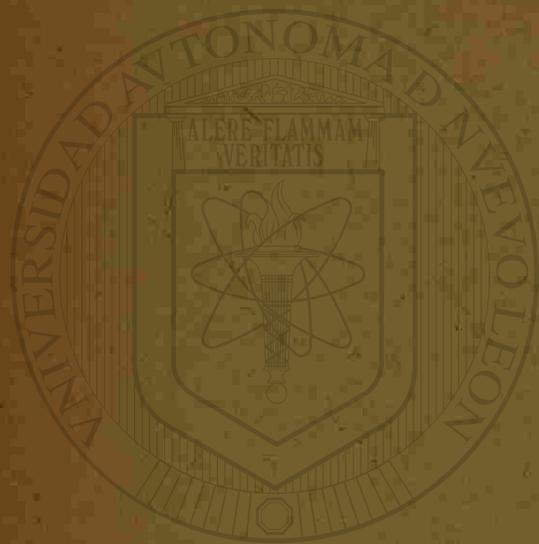
ba desierta, con sus grandes casas desnudas, de persianas cerradas. Mouret, que apresuraba el paso, acabó por andar de puntillas, por miedo a que el cura le oyera y huyese. Pero al acercarse los dos a casa del señor Rastoil, un grupo de gente que desembocaba por la plaza de la Subprefectura, entró en aquella casa. El Padre Faujas había dado un pequeño rodeo para esquivar a aquellos señores. Miró cerrarse la puerta. Después, deteniéndose bruscamente, se volvió hacia su propietario, que llegaba ya a él.

—¡Cuánto celebro encontrarle así!—dijo con su gran cortesía.—Esta noche me habría permitido molestarle... El día de la última lluvia, se formaron en el techo de mi cuarto, unas infiltraciones que deseo enseñar a usted.

Mouret estaba como clavado ante él. balbuceando, diciendo que estaba a su disposición. Y cuando entraban juntos, acabó por preguntar al cura a qué hora podría presentarse para ver el techo.

—Ahora mismo, se lo ruego—respondió el cura,—a no ser que sea para usted demasiada molestia...

Mouret subió detrás de él, sofocado, en tanto que Rosa, en el umbral de la cocina, les seguía con los ojos peldaño por peldaño, estupefacta de asombro.



IV

Llegado al segundo piso, estaba Mouret más emocionado que un colegial que va a entrar por vez primera en la alcoba de una mujer. La inesperada satisfacción de un deseo largo tiempo contenido, la esperanza de ver cosas completamente extraordinarias, le cortaban la respiración. Entretanto el Padre Faujas, ocultando la llave entre sus gruesos dedos, la había introducido en la cerradura sin que se oyera el ruido del hierro. La puerta giró como sobre goznes de terciopelo. El cura, retrocedió, invitó silenciosamente a entrar a Mouret.

Las cortinas de algodón colgadas en las dos ventanas eran tan espesas, que la habitación tenía una palidez gredosa, una media luz de celda tapiada. Aquel cuarto era inmenso, alto de techo, con papel desteñido y limpio, de amarillo borroso. Mouret se aventuró a entrar, andando a pasitos sobre el suelo limpio como un espejo, cuyo frío le parecía sentir bajo las suelas de sus botas. Solapadamente volvió los ojos, y examinó el lecho de hierro, sin cortinas, con sábanas tan estiradas que se le hubiera creído un banco de piedra blanca colocado en un rincón. La cómoda, perdida en el otro extremo de la estancia y una

mesita en medio, con dos sillas, una delante de cada ventana, completaban el mobiliario. Ni un papel sobre la mesa, ni un objeto en la cómoda, ni una prenda de ropa en las paredes; la madera desnuda, el mármol desnudo, la pared desnuda. Encima de la cómoda, un gran crucifijo de madera negra era lo único que con una cruz obscura interrumpía aquella desnudez gris.

—Venga usted por aquí, señor—dijo el cura.

—En este rincón es donde está la mancha del techo.

Pero Mouret no se apresuraba; gozaba. Aun no viendo las cosas singulares que vagamente se había prometido ver, la habitación tenía para él un olor particular. Oía a cura—pensaba,—oía a un hombre hecho de modo distinto de los otros, que apaga la luz para cambiar de camisa, que no deja por medio ni los calzoncillos ni las navajas de afeitar. Lo que le contrariaba era el no ver olvidado sobre los muebles ni en los rincones nada que pudiera darle tela para hipótesis. La pieza era como aquel demonio de hombre, muda, fría, cortés, impenetrable. La viva sorpresa de Mouret fué el no sentir en ella, como esperaba, una impresión de miseria; por el contrario, le producía un efecto que había sentido en otro tiempo, un día que había entrado en el salón, suntuosamente amueblado, de un prefecto de Marsella. El crucifijo parecía llenar la estancia con sus negros brazos.

No obstante, fué preciso que se decidiera a acercarse a la grieta que le decía el Padre Faujas.

—¿Ve usted la mancha, verdad?—dijo éste.—Desde ayer se ha borrado un poco.

Mouret se empinaba, entornaba los ojos, sin ver nada. Cuando el cura descorrió las cortinas, acabó por ver un ligero tinte de humedad.

—No es gran cosa—murmuró.

—Claro que no; pero he creído que debía avisar a usted... La infiltración ha debido de ocurrir en el borde del tejado.

—Sí, tiene usted razón; en el borde del tejado.

Mouret no respondía; miraba la habitación iluminada por la cruda luz del pleno día. Era menos solemne, pero conservaba su silencio absoluto. Decididamente, ni un grano de polvo contaba en ella la vida del cura.

—Además—continuaba este último,—quizá podríamos ver por la ventana... Espere usted.

Y abrió la ventana. Pero Mouret exclamó que no quería molestarle más, que era una bagatela y que los obreros darían con la gotera.

—No incomoda usted en lo más mínimo, se lo aseguro—dijo el cura insistiendo con amabilidad.—Sé que a los propietarios les gusta hacerse cargo... Le ruego que lo examine todo detalladamente... Esta casa es de usted.

Y hasta sonrió al pronunciar esta frase, cosa poco frecuente en él; después, cuando Mouret se inclinó con él sobre la baranda levantando ambos la vista hacia la gotera, entró el cura en explicaciones de arquitecto, diciendo cómo podía haber ocurrido la infiltración.

—Creo que será un ligero hundimiento de las tejas, y quizá alguna rota; a no ser que sea la grieta que se ve allí, a lo largo de la cornisa, prolongándose en la pared de sostén.

—¡Oh! Es muy posible—respondió Mouret.—Le confieso, señor cura, que yo no entiendo una palabra. Ya lo verá el albañil.

Entonces el cura no habló más de reparaciones. Permaneció allí tranquilamente, mirando hacia abajo, a los jardines. Mouret, de codos a su lado,

no se atrevió a retirarse por cortesía. Y se sintió del todo conquistado cuando su inquilino le dijo con su voz dulce, al fin de una pausa:

—Tiene usted un jardín muy bonito, caballero.

—¡Oh! Muy vulgar—respondió.— Había algunos árboles buenos, que tuve que mandar cortar, porque a su sombra nada crecía. ¿Qué quiere usted? Hay que pensar en lo útil. Este rincón nos basta; tenemos legumbres para toda la temporada.

El cura se asombró y pidió detalles. El jardín era uno de esos viejos jardines de provincia, rodeados de glorietas, divididos en cuatro cuadros regulares por medio de grandes bojés. En el centro había una pequeña fuente sin agua. Sólo un cuadro estaba reservado a las flores. En los otros tres, plantados de árboles frutales en las esquinas, crecían coles magníficas, lechugas soberbias. Las calles, enarenadas, estaban conservadas casera-mente.

—Es un paraíso en pequeño—repetía el Padre Faujas.

—Tiene muchos inconvenientes, muchos—dijo Mouret abogando contra la viva satisfacción que sentía al oír hablar tan bien de su finca.—Por ejemplo, ha debido usted de observar que aquí estamos en declive. Los jardines están a nivel distinto. El del señor Rastoil está más bajo que el mío, que a su vez está más bajo que el de la Subprefectura. A menudo las aguas de lluvia hacen deterioros. Además, lo que es aún menos agradable; los de la Subprefectura ven mi casa, y más aún desde que edificaron esa galería que domina mi pared. Es verdad que yo veo la del señor Rastoil, lo cual es una pobre indemnización, se

lo aseguro, porque nunca me preocupa lo que hacen los demás.

El cura parecía escuchar por complacencia, moviendo la cabeza y sin dirigir ninguna pregunta. Con los ojos seguía las explicaciones que su casero le daba con la mano.

—Y hay otro fastidio—continuó Mouret señalando una callejuela a lo largo del fondo del jardín.—¿Ve usted ese caminillo entre dos paredes? Es el callejón de las Chevillottes, que va a parar a una puerta cochera de los terrenos de la Subprefectura. Todas las fincas vecinas tienen una puertecilla falsa al callejón, y sin cesar se ven idas y venidas misteriosas... Yo, como tengo niños, hice condenar la puerta mía con dos buenos clavos.

Guiñó los ojos mirando al cura, esperando tal vez que éste le preguntara cuáles eran aquellas idas y venidas misteriosas. Pero el Padre no chistó; examinó el callejón de las Chevillottes, y sin más curiosidad volvió apaciblemente la vista al jardín de los Mouret. Abajo, en el borde de la terraza, en su sitio de costumbre, Marta dobladillaba servilletas. Al pronto había levantado bruscamente la cabeza al oír las voces; después, asombrada de ver a su marido en compañía del cura en una ventana del segundo piso, se había puesto de nuevo a trabajar. Parecía no saber ya que estaban allí. Sin embargo, Mouret había alzado la voz, por una especie de fanfarronería inconsciente, dichoso por poder mostrar que al fin acababa de penetrar en aquel piso obstinadamente cerrado. Y el cura a ratos posaba tranquilamente los ojos en Marta, en aquella mujer de la que sólo veía la inclinada nuca, con la masa negra del moño.

Hubo una pausa. El Padre Faujas no parecía

aún dispuesto a abandonar la ventana. Ahora se creía que estudiaba los arriates del vecino. El jardín del señor Rastoil estaba dispuesto a la inglesa, con pequeñas callejuelas, con diminutos cuadros de césped, cortados por pequeños macizos de flores. En el fondo, había una rotonda de árboles, en la que se veía una mesa y algunas sillas rústicas.

—El señor Rastoil es muy rico—prosiguió Mouret, que había seguido la dirección de la mirada del cura.—Le cuesta el jardín un sentido; la cascada que no ve usted, allá detrás de los árboles, le sube a más de trescientos francos. Y no tiene ni una legumbre; flores tan sólo. Hasta las señoras hablaron una vez de hacer cortar los árboles frutales; hubiera sido un crimen, porque los perales son soberbios. ¡Bah! Hace bien en arreglar el jardín como quiere. Teniendo posibles...

Y como el padre siguiera callado:

—Ya conocerá usted al señor Rastoil, ¿verdad? —continuó Mouret volviéndose hacia él.—Todas las mañanas se pasea bajo los árboles, de ocho a nueve. Un hombre gordo, algo bajo, calvo, sin barba, con la cabeza redonda como una bola. A primeros de Agosto cumplió sesenta, según creo. Hace cerca de veinte años que es presidente de nuestro tribunal civil. Dicen que es buen hombre. Yo no le trato. Buenos días, buenas noches, y nada más.

Se detuvo, al ver varias personas que bajaban la escalinata de la casa vecina, y se dirigían a la rotonda.

—¡Ah!—dijo bajando la voz.—Hoy es martes... Hay comida en casa del señor Rastoil.

El cura no había podido contener un leve movimiento. Se había inclinado para ver mejor. Dos

curas, que pasaban al lado de dos muchachas, parecían interesarle particularmente.

—¿Sabe usted quiénes son esos señores?—preguntó Mouret.

Y al ver un gesto ambiguo de Faujas:

—Atravesaban la calle Balande cuando nos hemos encontrado... El alto, el joven, el que está entre las dos señoritas Rastoil, es el Padre Surin, el secretario del Obispo. Un joven muy amable, dicen. En verano le veo jugar al volante con las niñas... El viejo, que ve usted un poco atrás, es uno de nuestros grandes vicarios, el Padre Fénil. Es el que dirige el Seminario. Un hombre terrible, plano y puntiagudo como un sable. Siento que no se vuelva para que viera usted sus ojos... Es sorprendente que no conozca usted a esos señores.

—Salgo poco—respondió el cura.—No trato a nadie en la ciudad.

—Pues hace usted mal. Debe usted de aburrirse mucho... ¡Oh! señor cura, hay que hacerle a usted justicia; no es usted curioso. ¡Cómo! ¡Hace un mes que está usted aquí, y no sabe que el señor Rastoil da comidas todos los sábados! Si desde esta ventana todo se ve...

Mouret soltó una risita. Se burlaba del cura. Después, con acento confidencial:

—¿Ve usted aquel viejo alto que acompaña a madame Rastoil? Sí, el flaco, el del sombrero de alas anchas. Es el señor de Baurdeu, el antiguo prefecto del Drôme, que quedó cesante cuando la revolución de 1848. Apuesto a que tampoco le conoce usted... ¿Y al señor Maffre, el juez de paz? Ese señor tan blanco, de ojos saltones, que va el último con el señor Rastoil... En eso no tiene usted perdón. Es canónigo honorario de San Saturnino... Aquí para entre nosotros, le acusan

de haber matado a su mujer por su dureza y avaricia.

Se detuvo, miró al cura de frente y le dijo con brusquedad chocarrera:

—Perdóneme, señor cura, pero yo no soy devoto.

El Padre hizo de nuevo un vago ademán, aquel ademán que respondía a todo dispensándole de explicarse más claro.

—No, no soy devoto — repitió burlescamente Mouret.—Hay que dejar libre a cada cual, ¿verdad? En casa de los Rastoil practican. Debe usted de haber visto a la madre y a las hijas en San Saturnino. Son feligreses de usted... ¡Pobres señoritas! La mayor, Angelina, tiene veintiséis años larguitos; la otra, Aurelia, va a cumplir veinticuatro. Y feitas las pobres; amarillas, de aspecto humano... Lo peor es que hay que casar a la mayor primero... Y acabarán por encontrar marido, gracias al dote... En cuanto a la madre, esa señora regordeta que anda con suavidad de carnero, buenas se las ha hecho pasar al pobre Rastoil...

Guiñó el ojo izquierdo, lo que le era habitual cuando soltaba una chanza algo arriesgada. El Padre había bajado los párpados, esperando la continuación; después, como el otro se callara, los volvió a abrir y miró a la reunión de al lado que se instalaba bajo los árboles, alrededor de la mesa redonda.

Mouret prosiguió sus explicaciones.

—Estarán ahí hasta la hora de comer, tomando el fresco. Todos los martes es lo mismo... Ese Padre Surin tiene gran partido. Mírelo usted cómo se ríe con la señorita Aurelia. ¡Ah! El gran vicario no ha visto. ¿Eh, qué ojos? No me quiere gran cosa, porque tuve una disputa con un pa-

riente suyo... ¿Pero, dónde está el Padre Bourrette? ¿No le hemos visto, verdad? Es sorprendente. No falta ni un martes a casa del señor Rastoil. Debe de estar indispuerto... A ese le conoce usted... ¡Y qué buen señor! Un bendito de Dios.

Pero el Padre Faujas no le escuchaba ya. Su mirada se cruzaba a cada momento con la del Padre Fénil. No volvía la cabeza y con completa frialdad sostenía el examen del vicario. Se había apoyado mejor en la baranda, y los ojos parecían haberle crecido.

—Ahí está la juventud—continuó Mouret al ver llegar a tres jóvenes.—El mayor es el hijo de Rastoil; acaba de salir abogado. Los otros dos son los hijos del juez de paz, que van aún al colegio. Hombre, ¿por qué no han vuelto mis dos chicos?

En aquel momento, Octavio y Sergio se presentaron en la terraza. Se arrimaron a la baranda, dando bromas a Deseada, que acababa de sentarse junto a su madre. Los chicos, al ver a su padre en el segundo piso, bajaron la voz, riéndose con apagadas risas.

—Toda mi familia—dijo Mouret con complacencia.—Nosotros estamos siempre en casa, y no recibimos a nadie. Nuestro jardín es un paraíso cerrado, y desafío al diablo a que venga a tentarnos.

Al decir esto se reía, porque en el fondo continuaba divirtiéndose a costa del cura. Este había fijado lentamente la vista en el grupo que formaba, debajo mismo de la ventana, la familia de su casero. Detúvose en él un instante y examinó el viejo jardín con sus cuadrados de legumbres cercados de grandes bojes; después miró una vez

más las presuntuosas calles del señor Ratoil. Y como si hubiera querido levantar un plano de los lugares, pasó al jardín de la Subprefectura. Allí no había más que un gran cuadro de césped central, un alfombra de hierba de muelles ondulaciones; algunos arbustos de follaje perenne formaban grupos; altos castaños muy frondosos trocaban en parque aquel pedazo de terreno estrangulado entre las casas vecinas.

Entre tanto, el Padre Faujas miraba con afectación bajo los castaños. Y se decidió a decir entre dientes:

—Son muy alegres estos jardines... También hay gente en el de la izquierda.

Mouret levantó los ojos.

—Como todas las tardes—dijo tranquilamente.

—Son los íntimos del señor Péqueur des Soulaies, nuestro subprefecto... En verano se reúnen también de noche, alrededor de la fuente que no puede usted ver, a la izquierda... ¡Ah! El señor Condamin está de regreso. Ese viejo guapo, conservado, de hermosa tez; es nuestro conservador de aguas y bosques, un buen mozo a quien se ve siempre a caballo, enguantado, con pantalón de punto... ¡Y más embustero! No es del país. Hace poco se ha casado con una mujer muy joven... En fin, eso no me concierne, felizmente.

Bajó de nuevo la cabeza, al oír a Deseada, que jugaba con Sergio y se reía con risa de chiquilla. Pero el Padre, cuyo rostro se coloreaba ligeramente, le dijo:

—¿Es el subprefecto aquel caballero de la corbata blanca?

Esta pregunta hizo muchísima gracia a Mouret.

—¡Oh, no!—respondió riendo.—Bien se ve que no conoce usted al señor Péqueur des Soulaies.

No tiene cuarenta años. Es alto, guapo, muy distinguido... Ese señor gordo es el doctor Porquier, el médico de la buena sociedad de Plassans. Un hombre feliz, puede usted asegurarlo. No tiene más pena que su hijo Guillermo... Ahora, mire usted las dos personas sentadas en el banco, y que nos vuelven la espalda. Son el señor Paloque, el juez, y su mujer. El matrimonio más feo del país. No se sabe cuál es más horrible, la mujer o el marido. Afortunadamente no tienen hijos.

Y Mouret se echó a reír más alto. Se enardecía, moviéndose y dando puñetazos en la baranda.

—No—continuó mostrando con doble movimiento de cabeza el jardín de los Rastoil y el de la subprefectura.—No puedo mirar esas dos sociedades sin reírme... Usted no se mete en política, señor cura; si no yo le haría reír de veras. Figúrese usted que, con razón o sin ella, paso por republicano. Corro mucho por los campos, por causa de mis negocios; soy amigo de los aldeanos; hasta se ha hablado de mí para el Consejo General; en fin, que mi nombre es conocido... Pues bien; a la derecha tengo a los Rastoil, la flor y nata de la legitimidad, y ahí, a la izquierda, en casa del subprefecto, a los prohombres del imperio. ¿No tiene gracia? Mi pobre jardín viejo tan tranquilo, mi roncito de felicidad entre esos dos campos enemigos... Siempre temo que se tiren piedras por encima de mis paredes... Figúrese que sus piedras cayeran en mi jardín...

Esta broma acabó de encantar a Mouret. Se acercó más al cura, con el aire de una comadre que va a charlar largo y tendido.

—Plassans es muy curioso, desde el punto de vista político. El golpe de Estado salió bien aquí,

porque la ciudad es conservadora. Pero antes que todo es legitimista y orleanista, tanto que, al día siguiente del imperio, quiso dictar sus condiciones. Como no lo escucharan, se incomodó y se pasó a la oposición. Sí, señor cura, a la oposición. El pasado año, nombramos diputado al marqués de Lagrifoul, un anciano gentilhomme de inteligencia mediocre, pero cuya elección fastidió a la subprefectura. Mire usted; ahí tiene usted al señor Péqueur des Saulaies; está con el señor Delangre, el alcalde.

El cura miró vivamente. El subprefecto, muy moreno, sonreía, con el bigote lleno de cosmético; era hombre de corrección irreprochable; su porte tenía algo de oficial guapo y de diplomático amable. A su lado, el alcalde se explicaba con fiere de ademanes y de palabras. Parecía pequeño, de cuadrados hombros, de rostro que tenía algo de polichinela. Debía hablar demasiado.

—Por poco se pone malo el señor Péqueur des Saulaies—continuó Mouret.—Creía segura la elección del candidato oficial... Yo me divertí la mar. La noche de la elección, el jardín de la subprefectura estuvo negro y siniestro como un cementerio; en casa de los Rastoil había luces bajo los árboles y risas y un gran alboroto de triunfo. En la calle no dejan traslucir nada; en los jardines, por el contrario, no se cohiben, y despotrican... ¡Oh! Yo asisto a cosas muy singulares, sin decir una palabra.

Se detuvo un instante, como si no quisiera hablar más; pero el prurito de hablar fué más fuerte.

—Ahora—prosiguió,—me pregunto qué van a hacer en la subprefectura. Su candidato no triunfará ya nunca más. No conocen el país, y además no tienen fuerzas bastantes... A mí me han ase-

gurado que el señor Péqueur des Saulaies hubiera alcanzado alguna prefectura, de haber salido bien las elecciones. ¡Ya, ya! Ya puede esperar sentado... Le tenemos de subprefecto para mucho tiempo... ¿Eh? ¿Qué inventarán para derribar al marqués? Porque inventarán algo, no me cabe duda, y de una manera o de otra, procurarán realizar la conquista de Plassans.

Había levantado los ojos hasta el rostro del cura, a quien no miraba desde hacía un rato. El ver el semblante atento del Padre Faujas, con los ojos relucientes y las orejas como ensanchadas, se detuvo de pronto. Despertóse toda su prudencia de burgués pacífico, y comprendió que acababa de decir demasiado. Esto le hizo murmurar con enojada voz:

—Al fin y al cabo, yo no sé nada. Se dicen por ahí tantas cosas ridículas... Yo solamente pido que me dejen vivir tranquilo en mi casa.

Bien hubiera querido separarse de la ventana, pero no se atrevía a marcharse bruscamente, después de haber charlado de un modo tan íntimo. Comenzaba a sospechar que, si uno de los dos se había burlado del otro, no era él ciertamente el que había llevado la mejor parte. El cura, con su gran calma, continuaba lanzando miradas a derecha e izquierda, y al centro, entre los dos jardines. No hizo la menor tentativa para animar a Mouret a que continuara. Este, que deseaba con impaciencia que su mujer o uno de sus hijos tuviese la buena idea de llamarle, se sintió aliviado cuando vió a Rosa presentarse en la escalinata. La criada levantó la cabeza.

—Bueno, señor—le gritó.—¿No quiere usted comer hoy?... Hace un cuarto de hora que la sopa está en la mesa.

—Bueno, Rosa, ya bajo—respondió Mouret. Abandonó la ventana, pidiendo mil perdones. La frialdad de la habitación que había olvidado a su espalda, acabó de turbarle. Le pareció como un gran confesionario, con su terrible crucifijo negro, que debía haberlo oído todo.

Cuando el Padre Faujas se despidió de él haciéndole un breve saludo silencioso, no pudo Mouret soportar aquel brusco decaimiento de la conversación; por lo cual volvió, y levantando los ojos al techo:

—¿De modo—dijo,—que en ese rincón?

—¿El qué?—preguntó el cura muy sorprendido.

—La infiltración de que hemos hablado.

El cura no pudo ocultar una sonrisa. De nuevo se esforzó por hacer ver la mancha a Mouret.

—¡Oh! Ahora la veo muy bien—le dijo éste.—Estamos de acuerdo. Mañana mismo haré que vengan los albañiles.

Salió por fin. Aun estaba en el rellano cuando la puerta se cerraba tras él, sin ruido. El silencio de la escalera le irritó profundamente. Y bajó refunfuñando:

—¡El demonio del hombre! ¡No pregunta nada y se le dice todo!

V

Al día siguiente, la vieja madame Rougon, la madre de Marta, fué a visitar a los Mouret. Este era un gran acontecimiento, porque existía algo de tirantez entre el yerno y los padres de su esposa, sobre todo desde la elección del marqués de Legrifoul, a quien aquéllos le acusaban de haber hecho triunfar por su influencia en los campos. Su madre, "aquella negruca de Felicidad", como la llamaban, había llegado a los setenta años, con una delgadez y una vivacidad de muchacha. No llevaba más que trajes de seda, recargadísimos de volantes, y era aficionada sobre todo al amarillo y al marrón.

Aquel día, cuando se presentó en el comedor, estaban solos Marta y Mouret.

—¡Toma!—dijo este último sorprendidísimo.—¡Es tu madre! ¿Qué nos querrá? No hace un mes que vino... Algún enredo nuevo, como si lo viera.

Los Rougon, de quien Mouret había sido dependiente antes de su casamiento, cuando la estrecha tienda del barrio viejo olía a quiebra, eran el tema de su eterna desconfianza. En cambio, ellos le pagaban con rencor sólido y profundo y sobre todo detestaban en él al comerciante que

—Bueno, Rosa, ya bajo—respondió Mouret.

Abandonó la ventana, pidiendo mil perdones. La frialdad de la habitación que había olvidado a su espalda, acabó de turbarle. Le pareció como un gran confesionario, con su terrible crucifijo negro, que debía haberlo oído todo.

Cuando el Padre Faujas se despidió de él haciéndole un breve saludo silencioso, no pudo Mouret soportar aquel brusco decaimiento de la conversación; por lo cual volvió, y levantando los ojos al techo:

—¿De modo—dijo,—que en ese rincón?

—¿El qué?—preguntó el cura muy sorprendido.

—La infiltración de que hemos hablado.

El cura no pudo ocultar una sonrisa. De nuevo se esforzó por hacer ver la mancha a Mouret.

—¡Oh! Ahora la veo muy bien—le dijo éste.—Estamos de acuerdo. Mañana mismo haré que vengan los albañiles.

Salió por fin. Aun estaba en el rellano cuando la puerta se cerraba tras él, sin ruido. El silencio de la escalera le irritó profundamente. Y bajó refunfuñando:

—¡El demonio del hombre! ¡No pregunta nada y se le dice todo!

V

Al día siguiente, la vieja madame Rougon, la madre de Marta, fué a visitar a los Mouret. Este era un gran acontecimiento, porque existía algo de tirantez entre el yerno y los padres de su esposa, sobre todo desde la elección del marqués de Legrifoul, a quien aquéllos le acusaban de haber hecho triunfar por su influencia en los campos. Su madre, "aquella negruca de Felicidad", como la llamaban, había llegado a los setenta años, con una delgadez y una vivacidad de muchacha. No llevaba más que trajes de seda, recargadísimos de volantes, y era aficionada sobre todo al amarillo y al marrón.

Aquel día, cuando se presentó en el comedor, estaban solos Marta y Mouret.

—¡Toma!—dijo este último sorprendidísimo.—¡Es tu madre! ¿Qué nos querrá? No hace un mes que vino... Algún enredo nuevo, como si lo viera.

Los Rougon, de quien Mouret había sido dependiente antes de su casamiento, cuando la estrecha tienda del barrio viejo olía a quiebra, eran el tema de su eterna desconfianza. En cambio, ellos le pagaban con rencor sólido y profundo y sobre todo detestaban en él al comerciante que

había hecho rápidamente buenos negocios. Cuando el yerno decía "Yo no debo mi fortuna más que a mi trabajo", los suegros fruncían los labios, y comprendían perfectamente que los acusaba de haber ganado la suya en negocios inconfesables. Felicidad enviaba en silencio la pequeña y tranquila morada de los Mouret, con los celos feroces de una antigua comerciante que no debe su holgura a las economías de mostrador.

Felicidad besó a Marta en la frente, como si tuviese diez y seis años. En seguida tendió la mano a Mouret. Ambos hablaban de ordinario con agrado dulce tono de burlas.

—¿Y qué—le preguntó la vieja sonriendo.—¿No han venido aún los gendarmes por usted, revolucionario?

—No; todavía no—respondió él riéndose también.— Esperan que su marido de usted se lo ordene.

—¡Ah! Muy bonito es eso que usted dice—replicó Felicidad, cuyos ojos echaron llamas.

Marta dirigió una mirada suplicante a Mouret; éste acababa de decir demasiado. Pero se había lanzado ya, y prosiguió:

—La verdad es que estamos en Babia; la recibimos a usted en el comedor... Pase usted al salón, hágame el obsequio.

Era una de sus bromas habituales. Fingía el aire de importancia de Felicidad, cuando la recibía en su casa. Fué inútil que Marta dijese que allí estaban bien, pues fué preciso que ella y su madre le siguiesen al salón. Allí Mouret se tomó mucho trabajo abriendo los postigos, empujando sillones. El salón, en el que no se entraba nunca, y cuyas ventanas estaban casi siempre cerradas, era una gran pieza abandonada, con mobiliario de

fundas blancas, amarilleadas por la humedad del jardín.

—¡Es insoportable!—refunfuñó Mouret limpiando el polvo de una consolita.—Esa Rosa lo deja todo abandonado...

Y volviéndose hacia su suegra, con voz impregnada de ironía:

—Perdónenos que la recibamos así en nuestra humilde casa... No todo el mundo puede ser rico.

Felicidad se ahogaba. Miró un instante a Mouret fijamente, a punto de estallar; después, haciendo un esfuerzo, bajó lentamente los párpados; cuando los levantó, dijo con amable voz:

—Vengo de visitar a madame de Condamin, y he entrado para saber cómo van los niños... ¿Están buenos, verdad? ¿Y usted también, mi querido Mouret?

—Sí, todos estamos divinamente—respondió éste, asombrado de tanta amabilidad.

Pero la vieja dama no le dió tiempo a volver la conversación a un tono hostil. Afectuosamente preguntó a Marta por una infinidad de nonadas, y se las echó de buena abuelita, riendo a su yerno porque no le enviaba más a menudo a "los niños y la niña". ¡Se alegraba tanto de verlos!

—¡Ah! ¿Sabéis—dijo por fin con indiferencia,—que estamos ya en Octubre?... Voy a empezar otra vez mis jueves, como en las temporadas anteriores... Cuento contigo, ¿verdad, querida Marta?... Y a usted, Mouret, ¿no lo veremos algún día? ¿Seguirá usted chasqueándonos?

Mouret, a quien acababa por turbar la enternecida charla de su suegra, vaciló antes de responder. No esperaba aquel golpe, y no viendo nada malo, se contentó con responder:

—Bien sabe usted que yo no puedo ir a su ca-

sa... Recibe usted a muchos personajes, que se alegrarían la mar de serme desagradables... Además, no quiero meterme en política.

—Se equivoca usted — replicó Felicidad, — se equivoca usted, ¿lo entiende, Mouret? ¡Cualquiera diría que mi salón es un Club! Eso es lo que yo no he querido. Toda la ciudad sabe que procuro hacer agradable mi casa... Si en ella se habla de política, le aseguro a usted que es en los rincones... ¡Ah, la política! Bastante que me fastidió en otro tiempo... ¿Por qué dice usted eso?

—Recibe usted a toda la pandilla de la subprefectura—murmuró Mouret con aire huraño.

—La pandilla de la subprefectura... Claro que recibo a esos señores. Sin embargo, no creo que este invierno se vea con frecuencia en mi casa al señor Péqueur des Soulaies; mi marido se las cantó claras acerca de las últimas elecciones. Se dejó embromar como un chino... En cuanto a sus amigos, son gente de buen tono. El señor Delangre, el señor de Condomin son muy amables; el buen Paloque es la bondad en persona, y creo que no tendrá usted nada que decir del doctor Porquier...

Mouret se encogió de hombros.

—Además—prosiguió Felicidad recalando irónicamente sus palabras,—también recibo a la pandilla del señor Rastoil, al digno señor Maffre y a nuestro sabio amigo el señor Bourdeu, el antiguo prefecto... Ya ve usted que no somos exclusivistas, y que en casa acogemos todas las opiniones... Y comprenda usted que si escogiera mis invitados en un solo partido, no tendría más que a cuatro gatos... Además, nos gusta el talento de cualquiera que se halle, y tenemos la pretensión de congregar en nuestras veladas a cuantas personas

distinguidas hay en Plassans... Mi salón es terreno neutral, fíjese usted bien, Mouret; sí, terreno neutral; esa es la palabra.

Se había animado al hablar. Cada vez que la encarrilaban por semejante tema, acababa por incomodarse. Su salón era su gran gloria; como ella decía, quería reinar en él no como jefe de partido, sino como mujer de mundo. Verdad es que sus íntimos pretendían que obedecía a una táctica de conciliación aconsejada por su hijo Eugenio, el ministro, que la encargaba de personificar, en Plassans, las dulzuras y las amabilidades del imperio.

—Usted dirá lo que quiera—masculló Mouret.

—Pero su Maffre de usted es un curángano, su Bourdeu un imbécil y los otros unos granujas en su mayor parte. Eso es lo que yo pienso... Le agradezco a usted su invitación, pero el aceptarla me molestaría demasiado. Tengo costumbre de acostarme temprano. Me quedo en mi casa.

Felicidad se levantó y volvió la espalda a Mouret, diciendo a su hija:

—Pero cuento contigo; ¿verdad, querida mía?

—Ciertamente—respondió Marta, que quería dulcificar la brutal negativa de su marido.

Se iba ya la vieja dama, cuando pareció pensarlo mejor. Pidió que le dejaran dar un beso a Deseada, a quien había visto en el jardín. No quiso siquiera que llamaran a la niña; bajó hasta la terraza, mojada aún por la ligera lluvia que había caído por la mañana. Hizo mil caricias a su nieta, que se mostraba algo encogida delante de ella; después, levantando la cabeza como por casualidad, y mirando a las cortinas del segundo piso, exclamó:

—¿Hombre, habéis alquilado?... ¡Ah, sí! Ya

me acuerdo; a un cura, según creo. He oído hablar de ello... ¿Qué clase de hombre es ese cura?

Mouret la miró fijamente. Tuvo como una rápida sospecha, y pensó que únicamente se había presentado su suegra para ver al Padre Faujas.

—A fe mía—dijo sin quitarle la vista de encima,—que no sé ni media palabra... Pero quizás usted me va a dar informes.

—¿Yo?—exclamó Felicidad aparentando gran sorpresa.—Si no le he visto en mi vida... Espere, sé que es vicario de San Saturnino; me lo ha dicho el Padre Bourrette. Y mire usted, esto me hace pensar que debería invitarle a mis jueves. Ya recibo al director del gran seminario y al secretario de monseñor.

Después, volviéndose a Marta:

—Cuando veas a tu inquilino, ¿sabes? debes procurar sondearle, para poder decirme si le agrada una invitación.

—No le vemos casi—se apresuró a responder Mouret.—Entra y sale sin abrir la boca... Además yo no me meto en eso.

Y continuaba mirándola con desconfianza. Seguramente sabía del Padre Faujas más de lo que quería decir. Felicidad, por otra parte, ni pestañeaba por el examen atentísimo de su yerno.

—Al fin y al cabo me es igual—respondió con perfecta soltura.—Si es hombre que convenga, siempre encontraré manera de invitarle... Hasta la vista, hijos míos.

Subía la escalinata, cuando un anciano alto y grueso se dejó ver en el dintel del vestíbulo. Llevaba gabán y pantalón de paño azul muy limpios, con una gorra de piel caída sobre los ojos. En la mano llevaba un látigo.

—¡Ah! ¡Es el tío Macquart!—gritó Mouret, lanzando una mirada curiosa a su suegra.

Felicidad había hecho un gesto de viva contradicción. Macquart, hermano bastardo de Rougon, había regresado a Francia, gracias a éste, después de haberse comprometido en el alzamiento de los campos de 1851. Desde su regreso del Piamonte, llevaba vida de burgués gordo y de rentas. Había comprado, no se sabe con qué dinero, una casita situada en la aldea de las Tuilettes, a tres leguas de Plassans. Poco a poco, se había ido equipando; había acabado por comprar incluso una tartanilla y un caballo, de manera que se le veía siempre en las carreteras, fumando su pipa, tomando el sol y sonriendo con aspecto de lobo acomodado. Los enemigos de los Rougon decían, en voz baja, que los dos hermanos habían dado juntos algún golpe, y que Pedro Rougon mantenía a Antonio Macquart.

—Buenos días, tío—repitió Mouret con afectación.—¿Viene usted a hacernos una visita?

—Ah, sí—respondió Macquart con bondadoso acento.—Ya saben que cada vez que paso por Plassans... ¡Oh, Felicidad! No esperaba encontrarla a usted aquí... He venido para ver a Rougon; tenía que decirle una cosa...

—¿Estaba en casa, verdad?—interrumpió ella con vivacidad inquieta.—Está bien, está bien, Macquart.

—Sí, estaba en casa—continuó tranquilamente el tío.—Le he visto y hemos hablado. Rougon es un buen muchacho.

Soltó una risita. Y en tanto que Felicidad daba ansiosos golpecitos en el suelo, Macquart prosiguió con su arrastrada voz, tan extrañamente cortada, que siempre parecía burlarse de la gente:

—Mouret, hijo mío, te he traído dos conejos: están allí en un cesto. Se los he dado a Rosa... También he traído dos para Rougon; los encontrará usted en casa, Felicidad, y ya me dirá cómo le saben. ¡Ah! Están gordos los muy granujas. Los he cebado para vosotros... ¡Qué queréis, hijos míos! A mí me gusta hacer regalos.

Felicidad estaba palidísima, con los labios fruncidos, en tanto que Mouret continuaba mirándola con solapada risa. Bien hubiera querido retirarse, pero temía los chismorreos si dejaba tras sí a Macquart.

—Gracias, tío—dijo Mouret.—Las ciruelas de la última vez eran riquísimas... ¿Quiere usted un trago?

—Eso no se desprecia nunca.

Y cuando Rosa le hubo traído un vaso de vino, Macquart se sentó en la baranda de la terraza. Bebióse el vino con lentitud, chasqueando la lengua y mirando el vaso al trasluz.

—Este procede del barrio de San Eutropio—dijo en voz baja.—A mí no se me puede engañar. Conozco muy bien el país.

Y movió la cabeza, riéndose.

Entonces le preguntó Mouret bruscamente, con singular inflexión de voz:

—Y por las Tulettes, ¿cómo va?

Levantó los ojos y miró a todo el mundo; después, chasqueando por última vez la lengua y poniendo el vaso a su lado, sobre la piedra, respondió con indiferencia:

—No va mal... Tuve noticias anteayer. Sigue lo mismo.

Felicidad había vuelto la cabeza. Hubo una pausa. Mouret acababa de poner el dedo en una de las vivas llagas de la familia, al aludir a la

madre de Rougon y de Macquart, encerrada hacía muchos años como loca en el manicomio de las Tulettes. La pequeña finca de Macquart estaba cerca de él, y parecía que Rougon hubiera apostado allí a su hermano para velar por la vieja.

—Se hace tarde—acabó por decir Macquart levantándose.—He de estar de vuelta antes de que anochezca... Dime, Mouret, si puedo contar contigo un día de estos. Me habías prometido ir.

—Iré, tío, iré.

—No es eso; quiero que vaya todo el mundo, ¿oyes? todo el mundo... Me aburro allí tan solo. Yo os guisaré.

Y volviéndose a Felicidad:

—Diga usted a Rougon que cuento también con él y con usted. El que nuestra anciana madre esté allí al lado no es motivo para que no vayan; entonces no habrá ningún medio de distraerse... Les aseguro que va bien, que la cuidan bien. Pueden ustedes fiarse de mí... Probarán ustedes un vinillo que he encontrado en un ribazo del Seille; un vinillo que emborracha, ya lo verán.

Al hablar se dirigía hacia la puerta. Felicidad le seguía tan de cerca, que parecía empujarle hacia fuera. Todos le acompañaron hasta la calle. Desataba su caballo, cuyas riendas había atado a una persiana, cuando el Padre Faujas, que volvía a casa, pasó por medio del grupo, con un ligero saludo. Se le hubiera creído una sombra negra deslizándose sin ruido. Felicidad se volvió prestamente y le persiguió con la mirada hasta la escalera sin tener tiempo siquiera de verle el rostro. Macquart, mudo de sorpresa, movía la cabeza, murmurando:

—¿Cómo, muchacho? ¿Ahora tienes curas en casa? Tiene un aspecto muy singular ese hom-

bre. Ten cuidado... Las sotanas traen desgracia...

Se sentó en el banco de la tartana, silbando suavemente, y bajó por la calle Balande, al trote corto de su caballo. Su redonda espalda y su gorra de piel desaparecieron en el recodo de la calle Taravelle. Cuando Mouret se volvió, oyó a su suegra que decía a Marta:

—Preferiría que fueras tú, para que la invitación pareciese menos solemne. Si hallas medio de hablarle te lo agradeceré.

Se calló al verse sorprendida por su yerno. Por fin, después de haber besado a Deseada con efusión, partió, lanzando una postrera ojeada, para asegurarse de que Macquart no volvería, al verla partir, para chismorrear sobre ella.

—Ya sabes que te prohibo en absoluto que te metas en las cosas de tu madre—dijo Mouret a su mujer al entrar en casa.—Siempre anda con historias en las que no se ve ni gota. ¿Qué diablos querrá del cura? Por sus lindos ojos no le invitaría, si no tuviera un interés oculto. Por algo habrá venido ese cura de Besançon a Plassans. Alguna intriga hay en esto.

Marta se había vuelto a dedicar a aquel repasar eterno de la ropa blanca de la familia, que se le llevaba días enteros. Mouret dió vueltas un instante en torno de ella, diciendo:

—Me divierten el viejo Macquart y tu madre. ¡Ah! Se aborrecen cordialmente. Ya has visto cómo se sofocaba aquí. Parece que siempre tema oírle contar cosas que no deban saberse. ¡Oh! ¡Y él las contaría buenas y gordas!... Pero no me cogerán en su casa. He jurado no meterme en aquel maremágnum... ¿Tú ves? ¡qué razón tenía mi padre al decir que la familia de mi madre, esos Rougon y esos Macquart, no valían lo que

la cuerda para ahorcarlos! Yo tengo sangre de de ellos, como tú, y no puede ofenderte que te lo diga. Lo digo porque es verdad. Hoy han hecho fortuna, pero no han perdido el pelo de la dehesa, al contrario.

Acabó por irse a dar una vuelta a la carrera Sauvaire, donde encontraba amigos con los que hablaba del tiempo, de las cosechas, de los acontecimientos de la víspera. Un gran negocio de almendras, de que se encargó al siguiente día, le tuvo más de una semana en continuas idas y venidas, lo que casi le hizo olvidar al Padre Faujas. Por otra parte, el cura comenzaba a aburrirle; no hablaba bastante, era demasiado retraído. Por dos veces esquivó su encuentro, creyendo comprender que el otro le buscaba sólo para saber el fin de las historias sobre la pandilla de la subprefectura y de los Rastoil. Habiéndole contado Rosa que madame Faujas había intentado hacerla hablar, Mouret se prometió no volver a abrir los labios. Otra diversión era la que llenaba sus ratos de ocio. Ahora, al mirar las cortinas tan bien corridas del segundo piso, gruñía:

—Sí, sí, escóndete, hijo mío... Ya sé que me espías por detrás de las cortinas; pero no adelantará gran cosa. ¡Si esperas conocer por mí a los vecinos, estás lucido!

Esta idea de que el Padre Faujas estaba al acecho le regocijó extraordinariamente. Procuró por todos los medios posibles no caer en ningún lazo. Pero una noche, al regresar a su casa, vió, a cincuenta pasos delante de él, al Padre Bourrette y al Padre Faujas parados ante la puerta del señor Rastoil. Se ocultó en el hundimiento de una casa. Los dos clérigos le tuvieron allí un cuarto de hora largo. Hablaban vivamente, se separaban y des-

pués se juntaban de nuevo. Mouret creyó comprender que el Padre Bourrette rogaba al otro que le acompañase a casa del presidente. El Padre Faujas se excusaba y acababa por negarse con cierta impaciencia. Era un martes, día de comida. Por fin, Bourrette entró en casa del señor Rastoil. Faujas se coló en su casa con humilde talante. Mouret quedó pensativo. En efecto, ¿por qué no iría el cura a casa del señor Rastoil? Todo San Saturnino comía allí; el Padre Fénil, el Padre Surin y los otros. No había sotana en Plassans que no hubiese tomado el fresco en el jardín, ante la cascada. Aquella negativa del nuevo vicario era cosa verdaderamente extraordinaria.

Cuando entró Mouret en su casa, fué en seguida al fondo del jardín para mirar las ventanas del segundo piso. Al cabo de un instante vió moverse la cortina de la segunda ventana, a la derecha. De fijo que el Padre Faujas estaba allí, espiondo lo que pasaba en casa del señor Rastoil. Por ciertos movimientos de la cortina, creyó comprender Mouret que también miraba hacia la subprefectura.

Al día siguiente, miércoles, al salir le dijo Rosa que el Padre Bourrette estaba en el segundo piso, hacía por lo menos una hora. Entonces Mouret entró de nuevo en su casa, y huroneó por el comedor. Al preguntarle Marta qué buscaba de aquel modo, se puso furioso, hablando de un papel sin el cual no podía salir. Subió a ver si lo habría dejado en el primer piso. Luego, cuando tras larga espera detrás de la puerta de su alcoba, creyó sorprender en el segundo piso ruido de sillas que se movían, bajó lentamente, deteniéndose un instante en el vestíbulo, para dar al Padre Bourrette tiempo de unírsele.

—¡Hola! ¿Es usted, señor cura? ¡Qué feliz encuentro!... ¿Vuelve usted a San Saturnino? Viene usted divinamente. Yo voy hacia allí también. Le acompañaré, si no le incomodo.

Respondió el Padre Bourrette que se alegraría muchísimo. Los dos subieron lentamente por la calle Balande, dirigiéndose hacia la plaza de la Subprefectura. El cura era un hombre gordo, de rostro bondadoso e ingenuo, con grandes ojos azules de niño. Su gran faja de seda, fuertemente estirada, le dibujaba un vientre de redondez suave y reluciente; andaba con la cabeza un poco atrás, los brazos demasiado cortos, las piernas ya pesadas.

—Bueno—dijo Mouret sin buscar transición.—¿Viene usted de ver a ese excelente señor Faujas? He de darle a usted las gracias; me ha encontrado usted un inquilino como pocos.

—Sí, sí—murmuró el cura.—Es un hombre dignísimo.

—¡Oh! Ni el menor ruido. Ni siquiera nos damos cuenta de que tenemos un extraño en casa. Muy fino, muy bien educado... ¿No sabe usted? Me han asegurado que es un espíritu superior, un regalo que se ha querido hacer a la diócesis.

Y, como se encontraran en medio de la plaza de la Subprefectura, Mouret se paró en seco, mirando fijamente al Padre Bourrette.

—¿Ah, sí?—se contentó con responder el cura, con asombro.

—Me lo han afirmado... Parece que nuestro Obispo tiene respecto a él ciertas miras para más adelante. Entretanto, el futuro vicario se mantiene en la sombra para no excitar celos...

El Padre Bourrette había seguido su camino,

volviendo la esquina de la calle de la Banne. Tranquilamente dijo:

—Mucho me sorprende usted... Faujas es hombre sencillo, y hasta demasiado humilde. De modo que en la iglesia se encarga de trabajillos que de ordinario abandonamos a los simples curas. Es un santo, pero no es listo. Yo apenas lo ví en casa de Monseñor. Desde el primer día estuvo frío con el Padre Fénil. Y no obstante, yo le había dicho que debía hacerse amigo del gran vicario, si quería ser bien recibido en el Obispado. No me comprendió... Me temo que tiene muy estrechas las entendederas... Lo mismo que sus continuas visitas al Padre Compan, nuestro pobre cura, que está en cama hace quince días, y a quien seguramente vamos a perder... Pues bueno; las visitas son extemporáneas, y le van a hacer un daño inmenso. Compan no ha podido entenderse nunca con Fénil; es preciso, en verdad, negar de Besançon para ignorar una cosa que sabe toda la diócesis.

Se animaba. A su vez se detuvo en la entrada de la calle Canquoin, plantándose ante Mouret.

—No, querido señor, le han engañado a usted. Faujas es inocente como un recién nacido... Yo no tengo ambición, ¿sabe usted? Y Dios sabe si quiero a Compan, que es un corazón de oro! Pero esto no impide que vaya a estrecharle la mano a escondidas. El mismo me lo ha dicho: "Bourrette, poco me queda ya, viejo amigo. Si quieres ser párroco después de mí, procura que no te vean llamar a mi puerta con frecuencia. Ven de noche y llama tres golpes, y mi hermana te abrirá". Ahora espero que anochezca, ¿comprende usted? Es inútil buscarse quebraderos de cabeza por gusto. ¡Tiene uno tantos!

Su voz se había enternecido. Juntó ambas manos sobre el vientre, y prosiguió su camino, conmovido por un egoísmo ingenuo que le hacía llorar por sí mismo, mientras murmuraba:

—Ese pobre Compan, ese pobre Compan...

Mouret estaba perplejo. El Padre Faujas se le escapaba por completo.

—Pues me habían dado detalles muy precisos —intentó decir.—Parece que se trataba de buscarle un gran empleo...

—¡No; le aseguro a usted que no!—exclamó el cura.—Faujas no tiene porvenir... Otro dato. Ya sabe usted que todos los martes como yo en casa del presidente. La semana pasada me rogó que le llevase a Faujas. Quería conocerle, juzgarle sin duda... Pues ¿a que no adivina usted lo que Faujas ha hecho? Ha rehusado la invitación, querido amigo, la ha rehusado en redondo. Ha sido inútil decirle yo que iba a hacerse la vida imposible en Plassans, que acabaría de enemistarse con Fénil al hacer semejante descortesía al señor Rastoil; se ha obstinado y nada ha querido oír... Hasta creo, Dios me perdone, que en un momento de cólera me ha dicho que no quería comprometerse aceptando una comida semejante.

El Padre Bourrette se echó a reír. Había llegado frente a San Saturnino, y detuvo un instante a Mouret ante la puerta pequeña de la iglesia.

—Es un niño, un niño grande—continuó.—Mire usted que creer que una comida del señor Rastoil puede comprometerle!... Su suegra de usted, la buena madame Rougon, me encargó ayer de una invitación para Faujas, y como es natural, no le oculté que temía mucho ser mal recibido.

Mouret aguzó el oído.

—¡Ah! Mi suegra le encargó a usted que le invitara?

—Sí, fué ayer a la sacristía... Como deseo complacerla, le prometí ver hoy a ese demonio de hombre. Pero estaba seguro de que se me negaría...

—¿Y se ha negado?

—No, y me ha sorprendido mucho. Ha aceptado.

Mouret abrió la boca, y la volvió a cerrar. El cura entornaba los ojos con aire extraordinariamente satisfecho.

—Hay que confesar que he estado muy hábil... Hacía más de una hora que explicaba a Faujas la situación de su señora madre política... El movía la cabeza, no decidiéndose, hablando de su amor al retiro... Ya iba a dejarle, cuando me acordé de una recomendación de aquella buena señora. Me había rogado que insistiera acerca del carácter de su salón, que es, como sabe toda la ciudad, un terreno neutral... Entonces fué cuando me pareció que hacía un esfuerzo, y ha aceptado. Me ha prometido formalmente que irá mañana. Voy a escribir dos líneas a la excelente madame Rougon para anunciarle nuestra victoria.

Permaneció allí un momento más, hablándose a sí mismo, y haciendo rodar sus grandes ojos azules.

—El señor Rastoil se ofenderá mucho, pero no es culpa mía... Hasta la vista, querido señor Mouret, hasta la vista... Mis respetos a su familia...

Y entró en la iglesia, dejando cerrarse dulcemente tras sí la doble puerta forrada. Mouret miró la puerta encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Otro charlatán!—gruñó.—Otro hombre de

esos que no le dejan a uno meter baza, y que hablan y hablan sin decir nada... ¡Ah! El tal Faujas va mañana a casa de la negrucha... ¡Lástima estar yo peleado con ese imbécil de Rougon!

Toda la tarde estuvo correteando por sus negocios. Por la noche, al acostarse, preguntó a su mujer con indiferencia:

—¿Vas a casa de tu madre mañana por la noche?

—No—respondió Marta.—Tengo demasiadas cosas que terminar. Iré el jueves próximo.

Mouret no insistió. Pero, antes de apagar la vela:

—Haces mal en no salir más a menudo—prosiguió.—Ve a casa de tu madre mañana por la noche; te distraerás un poco. Yo cuidaré de los niños.

Marta le miró asombrada. De ordinario, su marido la retenía en casa, pues la necesitaba para mil pequeños servicios y refunfuñaba cuando estaba ausente una hora.

—Iré si lo deseas—dijo.

Mouret apagó la vela y recostó la cabeza sobre la almohada, murmurando:

—Eso es, y nos contarás lo que ocurra. Eso divertirá a los niños.

—¡Ah! Mi suegra le encargó a usted que le invitara?

—Sí, fué ayer a la sacristía... Como deseo complacerla, le prometí ver hoy a ese demonio de hombre. Pero estaba seguro de que se me negaría...

—¿Y se ha negado?

—No, y me ha sorprendido mucho. Ha aceptado.

Mouret abrió la boca, y la volvió a cerrar. El cura entornaba los ojos con aire extraordinariamente satisfecho.

—Hay que confesar que he estado muy hábil... Hacía más de una hora que explicaba a Faujas la situación de su señora madre política... El movía la cabeza, no decidiéndose, hablando de su amor al retiro... Ya iba a dejarle, cuando me acordé de una recomendación de aquella buena señora. Me había rogado que insistiera acerca del carácter de su salón, que es, como sabe toda la ciudad, un terreno neutral... Entonces fué cuando me pareció que hacía un esfuerzo, y ha aceptado. Me ha prometido formalmente que irá mañana. Voy a escribir dos líneas a la excelente madame Rougon para anunciarle nuestra victoria.

Permaneció allí un momento más, hablándose a sí mismo, y haciendo rodar sus grandes ojos azules.

—El señor Rastoil se ofenderá mucho, pero no es culpa mía... Hasta la vista, querido señor Mouret, hasta la vista... Mis respetos a su familia...

Y entró en la iglesia, dejando cerrarse dulcemente tras sí la doble puerta forrada. Mouret miró la puerta encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Otro charlatán!—gruñó.—Otro hombre de

esos que no le dejan a uno meter baza, y que hablan y hablan sin decir nada... ¡Ah! El tal Faujas va mañana a casa de la negrucha... ¡Lástima estar yo peleado con ese imbécil de Rougon!

Toda la tarde estuvo correteando por sus negocios. Por la noche, al acostarse, preguntó a su mujer con indiferencia:

—¿Vas a casa de tu madre mañana por la noche?

—No—respondió Marta.—Tengo demasiadas cosas que terminar. Iré el jueves próximo.

Mouret no insistió. Pero, antes de apagar la vela:

—Haces mal en no salir más a menudo—prosiguió.—Ve a casa de tu madre mañana por la noche; te distraerás un poco. Yo cuidaré de los niños.

Marta le miró asombrada. De ordinario, su marido la retenía en casa, pues la necesitaba para mil pequeños servicios y refunfuñaba cuando estaba ausente una hora.

—Iré si lo deseas—dijo.

Mouret apagó la vela y recostó la cabeza sobre la almohada, murmurando:

—Eso es, y nos contarás lo que ocurra. Eso divertirá a los niños.

VI

A la siguiente noche, a eso de las nueve, el Padre Bourrette fué por el Padre Faujas; le había prometido ser su acompañante y presentarle en casa de los Rougon. Al verle preparado, en medio de su gran habitación desahajada, poniéndose unos guantes negros, blanqueados ya en las yemas de los dedos, le miró haciendo una ligera mueca.

—¿No tiene usted otra sotana?—le preguntó.

—No — respondió tranquilamente el Padre Faujas.—Creo que está decente todavía.

—Sin duda, sin duda—balbuceó el viejo cura.

—Hace mucho frío. ¿No se pone usted nada encima? Pues entonces, vámonos.

Estaban en las primeras heladas. El padre Bourrette, cálidamente envuelto en un gabán de seda enguatada, jadeó siguiendo al Padre Faujas, que no llevaba encima más que su delgada y raída sotana. Detuviéronse en el cruce de la plaza de la Subprefectura con la calle de la Banne, ante una casa toda de piedras blancas, uno de los hermosos edificios de la ciudad nueva, con rosetones esculpidos en cada piso. Un criado, con frac azul les recibió en el vestíbulo; sonrió al Padre Bourrette al quitarle el gabán, y pareció muy sorprendido al ver al otro cura, a aquel diablazo

cortado a hachazos, que había salido sin manteo con semejante frío. El salón estaba en el primer piso.

El Padre Faujas entró con la cabeza alta, con grave soltura, en tanto que el Padre Bourrette, muy emocionado cuando iba a casa de los Rougon, aunque no perdía ni una sola de sus veladas, salía del paso escapándose a una pieza vecina. Faujas atravesó lentamente todo el salón para ir a saludar a la dueña de la casa, a la que había adivinado en medio de un grupo de cinco o seis damas. Tuvo que presentarse a sí mismo, y lo hizo en tres palabras. Felicidad se había levantado vivamente. Le examinaba de pies a cabeza, con una mirada rápida, volviendo el rostro y escudriñándole los ojos con su mirada de garduña, mientras murmuraba sonriendo:

—Celebro infinito, señor cura, celebro infinito...

Entretanto, el paso del cura por el centro del salón, había causado asombro. Una joven, al levantar la cabeza de repente, hizo hasta un contenido ademán de terror, al ver ante sí aquella masa negra. La impresión fué desfavorable; Faujas era demasiado alto, demasiado ancho de espaldas; tenía el rostro demasiado duro, demasiado gruesas las manos. Bajo la cruda luz de la araña, su sotana pareció tan deplorable, que las damas sintieron una especie de vergüenza al ver a un cura tan mal vestido. Acercaron los abanicos y se pusieron de nuevo a cuchichear, fingiendo volver la espalda. Los hombres habían cambiado miradas, con mohines significativos.

Felicidad comprendió la poca benevolencia de la acogida. Pareció enfadada; se quedó en pie en medio del salón, levantando la voz y obligando

a sus invitados a oír los cumplidos que dirigía al Padre Faujas.

—Mi querido Padre Bourrette me ha contado—decía con zalamería de voz,—el trabajo que le ha costado decidir a usted... Le guardo a usted rencor, señor mío. No tiene usted derecho a huir así de la gente.

El cura se inclinaba sin responder. La vieja señora continuó riendo, con particular intención en algunas palabras:

—Le conozco a usted más de lo que se cree, a pesar de su cuidado por ocultarnos sus virtudes... Me han hablado de usted; es usted un santo y yo quiero ser su amiga... Hablaremos de esto, ¿verdad? Porque ahora es usted de los nuestros.

El Padre Faujas la miró fijamente, como si hubiera visto algún signo masónico en su manera de mover el abanico. Y respondió bajando la voz:

—Señora, estoy por completo a su disposición.

—Así lo espero—contestó Felicidad riendo más alto.—Ya verá usted que aquí queremos el bien de todo el mundo... Pero venga usted, le presentaré al señor Rougon.

Atravesó el salón, incomodó a varias personas para abrir paso al Padre Faujas, y le dió cierta importancia que acabó de predisponer contra él a todos los presentes. En la pieza vecina había mesas de "whist". Felicidad se acercó a su marido, que jugaba con el grave aspecto de un diplomático. Rougon hizo un gesto de enojo cuando su mujer se inclinó a hablarle al oído; pero en cuanto le hubo dicho unas palabras, se levantó con viveza.

—¡Muy bien, muy bien!—dijo a media voz!

Y después de pedir permiso a los jugadores,

fué a estrechar la mano del Padre Faujas. Rougon era entonces un hombre gordo y descolorido, de sesenta años; había adquirido un talante solemne de millonario. En Plassans solían decir que tenía una hermosa cabeza, una cabeza blanca y muda de personaje político. Después de haber cambiado algunos cumplidos con el cura, volvió a su puesto en la mesa de juego. Felicidad, sonriendo siempre, acababa de entrar de nuevo en el salón.

Al quedarse por fin sólo el Padre Faujas, no pareció cortado ni por asomo. Permaneció un instante en pie, mirando a los jugadores; en realidad, estaba examinando las colgaduras, la alfombra, el mobiliario. Era un saloncito color de madera, con tres cuerpos de biblioteca de peral ennegrecido, adornados con varillas de cobre, y que ocupaban los tres grandes testers de la habitación. Se le hubiera creído el despacho de un magistrado. El cura, que se proponía sin duda hacer una inspección completa, atravesó de nuevo el gran salón. Este era verde, muy serio también, pero más cargado de dorados, participando a la vez de la gravedad administrativa de un ministerio y el lujo chillón de un gran restaurant. Al otro lado había un gabinete, en él recibía Felicidad durante el día; un gabinete de color de paja, con muebles bordados de ramaje violeta, y tan lleno de sillones, de marquesitas, de canapés, que apenas se podía dar un paso.

El Padre Faujas se sentó en el rincón de la chimenea, fingiendo que se calentaba los pies. Estaba colocado de modo que veía por una puerta, abierta de par en par, más de la mitad del salón verde. La graciosa acogida de madame Rougon le preocupaba; cerraba los ojos a medias, consagra-

do a algún problema cuya solución no adivinaba. Al cabo de un rato, en su meditación, oyó detrás de sí ruido de voces; su sillón, de enorme respaldo, le ocultaba por completo. Bajó más aún los párpados, y escuchó, como si estuviera adormecido por el calor del fuego.

—En aquella época fuí una sola vez a casa de ellos—continuaba una voz gruesa;—vivían enfrente, en el otro lado de la calle de la Banne. Debía usted de hallarse en París, porque todo Plassans conocía el salón rojo de los Rougon en aquella época; un salón lamentable, con papel color limón, de setenta y cinco céntimos el rollo, unos muebles de terciopelo de Utrecht, con los sillones paticojos... Mire usted ahora esa negrucha, con traje de raso marrón, en aquella marquesita... Mire usted cómo tiende la mano al pequeño Delangre... ¿A que se la da a besar?

Una voz más joven se rió, murmurando:

Mucho han debido de robar para tener tan buen salón verde, porque ya sabe usted que es el mejor salón de la ciudad.

—La dama—contestó el otro,—ha tenido siempre la manía de recibir. Cuando no tenía un céntimo, bebía agua, con tal de poder ofrecer por la noche un refresco a sus invitados... ¡Oh! Yo me sé de memoria a los Rougon; les he seguido. Son gente muy ambiciosa, de apetitos desenfrenados... El golpe de Estado le ayudó a satisfacer un ensueño de gocas que les torturaba hacía cuarenta años. ¡Qué glotonería entonces, qué indigestión de cosas buenas!... Esta casa que hoy habitan, había pertenecido a un señor Peirotte, cajero particular, que fué muerto en el asunto de Sainte-Roure, cuando la insurrección del 51... Sí, a fe mía; han tenido la mar de suerte; una bala per-

didada les libró de aquel molesto individuo, al cual heredaron... Pues bueno; entre la casa y el cargo de cajero, Felicidad habría elegido con toda seguridad la casa. La codiciaba hacía cerca de diez años, con furioso antojo de embarazada, y enfermando al ver las ricas cortinas que colgaban tras los vidrios de sus ventanas... Eran sus Tullerías, como se dijo en Plassans después del 2 de Diciembre.

—Pero ¿de dónde sacaron el dinero para comprar la casa?

—¡Ah! Eso, querido, es un misterio... Su hijo Eugenio, ese que ha hecho en París una fortuna política tan asombrosa, diputado, ministro, consejero familiar de las Tullerías, obtuvo fácilmente un destino particular y una cruz para su padre, que había representado aquí una lindísima comedia... En cuanto a la casa, la habrán pagado haciendo algún arreglo. Habrán pedido prestado a algún banquero... En todo caso, hoy son ricos, e intrigan, y recuperan el tiempo perdido. Yo creo que su hijo ha seguido en correspondencia con ellos, porque aun no han hecho ninguna majadería.

La voz se calló, para continuar casi en seguida con ahogada risa:

—No me río sin querer, cuando veo esos ademanes de duquesa que me gasta esa vieja cigarra de Felicidad... Siempre recuerdo el salón amarillo, con su desgastada alfombra, sus consolas sucias, la muselina de la araña llena de cagadas de mosca... Ahora recibe a las señoritas Rastoil... ¿Eh, cómo maneja la cola del vestido? Esa vieja, amigo mío, reventará de triunfo una noche, en medio de su salón verde.

El Padre Faujas había movido suavemente la

cabeza, para poder ver lo que pasaba en el gran salón. En él vió a madame Rougon, verdaderamente soberbia, en medio del círculo que la rodeaba; parecía crecer sobre sus piés de enana, y encorvar todas las espaldas a su alrededor, con mirada de reina victoriosa. A ratos, un corto estremecimiento hacía latir sus párpados, entre los reflejos de oro del techo, entre la grave suavidad de las colgaduras.

—¡Ah! Aquí está su padre de usted—dijo la voz gruesa.—Ahí entra el bueno del doctor... Es muy sorprendente que el doctor no le haya contado a usted todo eso... El sabe más que yo.

—¡Oh! Mi padre teme que yo le comprometa—repuso el otro alegremente.—Ya sabe usted que me ha maldecido, jurando que yo le haría perder su clientela... Perdoneme, pero veo ahí a los hijos de Maffre y voy a estrecharles la mano.

Sintióse ruido de sillas, y el Padre Faujas vió a un joven fornido, de rostro ya cansado, que atravesaba el salón. El otro personaje, el que tan alegremente criticaba a los Rougon, se levantó también. Una señora que pasaba se dejó decir por él muy dulces cosas; reía y le llamaba "este buen señor de Condamin". El cura conoció entonces al guapo señor de sesenta años que Mouret le había enseñado en el jardín de la subprefectura. El señor de Condamin fué a sentarse al otro lado de la chimenea. Allí se quedó muy sorprendido al ver al Padre Faujas, al que le había ocultado el respaldo del sillón; pero no se desconcertó ni por asomo; sonrió, y con aplomo de hombre amable:

—Señor cura—dijo,—creo que acabamos de confesarnos sin querer... Es un gran pecado, ¿ver-

dad? el murmurar del prójimo... Felizmente estaba usted ahí para absolvernó.

El cura, por dueño que fuese de su rostro, no pudo menos de ruborizarse ligeramente. Entendió muy bien que el señor de Condamín le reprochaba el haber contenido el aliento para escucharles. Pero no era hombre que guardase rencor a un curioso, al contrario. Le encantó aquel punto de complicidad que acababa de poner entre el cura y él. Esto le autorizaba a hablar libremente, a matar la velada refiriendo la historia escandalosa de las personas que allí se encontraban. Era su mayor placer. Aquel cura recién llegado a Plassans le parecía un auditor excelente; tanto más cuanto que tenía muy fea facha, una facha de hombre que puede oírlo todo, y que llevaba una sotana demasiado raída para que las confidencias que con él se tuviesen pudieran acarrear malas consecuencias.

Al cabo de un cuarto de hora, el señor de Condamín se había soltado. Explicaba todo Plassans al Padre Faujas, con su gran finura de hombre de mundo.

—Usted es un extraño entre nosotros, señor cura—decía.—Me alegraré mucho de poder servirle a usted en algo... Plassans es una ciudad pequeña en donde a la larga se abre uno camino. Yo soy de las cercanías de Dijon. Pues bueno; cuando me nombraron aquí conservador de aguas y bosques, yo detestaba el país y me aburría mortalmente. Era en vísperas del imperio. Sobre todo, después del 51, la provincia no ha tenido nada de alegre, se lo aseguro a usted. En este departamento, los habitantes tenían un miedo de perros... La vista de un gendarme les habría hecho meterse bajo tierra... Poco a poco se ha calmado

la cosa, y han vuelto a su vida habitual; y yo... yo he acabado por resignarme. Vivo en las afueras, doy largos paseos a caballo, y me he creado algunas relaciones.

Bajó la voz, y prosiguió con tono confidencial:

—Si quiere usted creerme, señor cura, sea usted prudente. No imaginaría usted en qué avispero estuve a punto de caer... Plassans está dividido en tres barrios completamente distintos; el barrio viejo, a donde sólo limosnas y consuelos tiene usted que llevar; el barrio de San Marcos, habitado por la nobleza del país, lugar de aburrimiento y de rencor del que nunca desconfiará usted bastante; y la ciudad nueva, el barrio que hoy se está aún construyendo alrededor de la subprefectura, el único posible, el único decente... Yo había hecho la tontería de ir al barrio de San Marcos, al que creí que me llamaban mis relaciones. Pues bueno, sí, no encontré más que viudas secas como rodrigones y marqueses conservados entre paja. Todo el mundo llora los tiempos de Maricastaña... Ni una sola reunión, ni un resquicio de fiesta; una conspiración sorda contra el dichoso sosiego en que vivimos. Por poco me comprometo, palabra de honor. Péqueur se burló de mí... el señor Péqueur des Saulaies, nuestro subprefecto, ¿le conoce usted? Entonces, me fui a la carrera Sauvaire y tomé una habitación allí, en la plaza. En Plassans, ¿sabe usted? el pueblo no siente y la nobleza es incivilizable; no se pueden tolerar más que algunos enriquecidos, gentes encantadoras que hacen muchos gastos... Nuestro reducido número de funcionarios es muy feliz. Vivimos entre nosotros, a nuestro modo, sin cuidarnos de los habitantes, como si hubiésemos plantado nuestra tienda en país conquistado.

Soltó una risita de satisfacción, estirándose más, presentando las suelas a la llama; después tomó un vaso de ponche de la bandeja de un criado que pasaba, y bebió lentamente, sin dejar de mirar al Padre Faujas con el rabillo del ojo. El cura comprendió que la cortesía le exigía dar con alguna frase.

—Esta casa parece muy agradable—dijo volviéndose a medias hacia el salón verde, en el que las conversaciones se animaban.

—Sí, sí—respondió el señor de Condamín, que se detenía de cuando en cuando para tomar un sorbito de ponche.—Los Rougon nos hacen olvidarnos de París. Aquí no se creería uno en Plassans. Es el único salón en que se divierte uno, porque es el único en que se codean todas las opiniones... Péqueur da también reuniones muy agradables... Mucho les debe de costar a los Rougon, que no tienen gastos de representación como Péqueur; pero tienen algo mejor, los bolsillos de los contribuyentes.

Esta broma le encantó. Dejó sobre la chimenea el vaso vacío que tenía en la mano, y acercándose más e inclinándose:

—Lo más divertido son las continuas comedias que se representan aquí—dijo.—Si conociera usted a los personajes... Mire usted allí a madame Rastoil, en medio de sus dos hijas; aquella señora de unos cuarenta y cinco años, la que tiene cabeza de oveja que bala... Bueno. ¿Ha observado usted sus párpados cuando Delangre se le ha sentado enfrente? Este señor que parece un polichinela, a la izquierda... Se trataron muy íntimamente hace unos diez años... Se dice que una de las señoritas es suya, pero de fijo no se sabe cuál... Lo más gracioso es que Delangre, en la

misma época, tuvo algunos disgustos con su esposa; se dice que su hija es de un pintor a quien conoce todo Plassans.

Había creído el Padre Faujas que debía adoptar una actitud grave para recibir tales confidencias; cerraba por completo los párpados, y parecía no oír. El señor de Condamín prosiguió, como para justificarse:

—Si me permito hablar así de Delangre, es que le conozco mucho. Es fuerte como un demonio ese hombre. Creo que su padre era albañil. Hace unos quince años defendía los pleitos pequeños que no querían los otros abogados. Madame Rastoil le sacó materialmente de la miseria; hasta leña le mandaba en invierno; para que no tuviese frío. Gracias a ella ganó sus primeros asuntos... Observe usted que Delangre tenía entonces la habilidad de no meterse en política. De modo que, en el 52, cuando se buscó un alcalde, se pensó inmediatamente en él; él sólo podía aceptar semejante puesto sin asustar a ninguna de los tres barrios de la ciudad. Desde entonces, todo le ha salido a pedir de boca. Tiene un brillante porvenir. La desgracia es que no se entiende gran cosa con Péqueur; siempre están discutiendo de majaderías.

Se detuvo, al ver acercarse al mocetón con quien hablaba un momento antes.

—El señor Guillermo Porquier—dijo presentándole al cura.—El hijo del doctor Porquier.

Y cuando Guillermo se hubo sentado, le preguntó riendo:

—Bien ¿y qué ha visto usted de bueno por ahí?

—Nada absolutamente—respondió el joven con agradable acento.—He visto a los Paloque. Ma-

dame Rougon sigue procurando ponerles detrás de una cortina para evitar desgracias... Una mujer en cinta que les vió un día en la Carrera, estuvo a punto de abortar... Paloque no quita los ojos del presidente Rastoil, esperando sin duda matarle de susto... Ya sabe usted que ese monstruo de Paloque cuenta con morir presidente.

Ambos se regocijaron. La fealdad de los Paloque era un tema de eternas burlas en el pequeño mundo de los funcionarios. El hijo de Porquier continuó bajando la voz:

—También he visto al señor de Bourdeu. ¿No le parece a usted que ha enflaquecido más aún desde la elección del marqués de Lagrifoul? Bourdeu no se consolará nunca de no ser ya prefecto; había puesto su rencor de orleanista al servicio de los legitimistas, con la esperanza de que esto le llevaría a la Cámara, en donde cogería la suspirada prefectura... De modo que está ofendidísimo por que han preferido al marqués, un majadero, un asno que no entiende dos palabras de política; en tanto que él, Bourdeu, es muy inteligente, mucho.

—Es insoportable Bourdeu con su levita abrochada y su sombrero plano de doctrinario—dijo el señor de Condamin, encogiéndose de hombros.

—Si les dejaran, esos fulanos harían de Francia una Sorbona de abogados y diplomáticos, en donde se aburriría uno de firme, yo se lo fío... ¡Ah! se me olvidaba, Guillermo. Me han hablado de usted; parece que lleva usted una vidita...

—¡Yo!—exclamó el joven riendo.

—Usted, usted, amiguito. Y observe usted que lo sé por su padre. Está desconsolado; le acusa a usted de jugar, de pasar la noche en el círculo y en otras partes... ¿Es cierto que ha descubierto

usted un cafetucho, detrás de la cárcel, a donde va usted con una pandilla de vagos, a armar unos escándalos infernales? Me han contado también...

El señor de Condamin, al ver entrar dos señoras, continuó muy bajito al oído de Guillermo, que hacía signos significativos, desternillándose de risa. El joven se inclinó también, sin duda para añadir algunos detalles. Y los dos, aproximándose, con los ojos encendidos, se regocijaron largo rato con aquella anécdota, que no se podía contar ante las señoras.

Entretanto, el Padre Faujas se había quedado allí. Ya no escuchaba; seguía los movimientos del señor Delangre, que se agitaba mucho en el salón verde, prodigando amabilidades. Tal espectáculo absorbió tanto al cura que no vió al Padre Bourrette que le llamaba con la mano. El Padre tuvo que tocarle en el brazo rogándole que le siguiera. Llevóle hasta la sala del juego, con las precauciones de un hombre que tiene algo delicado que decir.

—Amigo mío—murmuró cuando estuvieron solos en un rincón,—tiene usted excusa, porque es la primera vez que viene usted; pero debo advertirle que se ha comprometido usted mucho hablando tanto tiempo con las personas de quienes se separa usted.

Y como el Padre Faujas le mirase muy sorprendido:

—Esas personas no están bien vistas... Cierto que yo no pretendo juzgarlas, ni quiero ser maldeciente. Por amistad le prevengo a usted y nada más.

Quería alejarse, pero el otro le retuvo, diciéndole vivamente:

—Me asusta usted, querido señor Bourrette. Ex-

plíquese, se lo ruego. Me parece que, sin maldecir, puede usted aclararme sus palabras...

—Pues bien—repuso el viejo cura después de un momento de vacilación.—El joven, el hijo del doctor Porquier, es la desesperación de su honrado padre y da los peores ejemplos a la juventud estudiosa de Plassans. No dejó más que deudas en París, y aquí revuelve toda la ciudad. En cuanto al señor de Condamín...

Se detuvo de nuevo, embarazado por las cosas enormes que tenía que contar; después, bajando los párpados:

—El señor de Condamín habla más de la cuenta, y me temo que carece de sentido moral. No perdona a nadie, y escandaliza a todas las almas honradas... En fin, no sé cómo decírselo a usted; parece que hizo una boda un tanto deshonrosa. ¿Ve usted esa señora que no tiene aún treinta años, esa que está tan rodeada?... Pues bueno, un día nos la trajeron a Plassans, no se sabe de dónde. Desde el día siguiente a su llegada, era todopoderosa aquí. Ella es la que hizo condecorar a su marido y al doctor Porquier. En París tiene amigos... Le suplico que no repita estas cosas. Madame de Condamín es muy amable, muy caritativa... Yo voy algunas veces a su casa, y me desconsolaría que me creyese enemigo suyo. Si tiene faltas que necesitan perdón, nuestro deber, ¿verdad? es ayudarla a volver al buen camino. En cuanto al marido, entre los dos, es un mal hombre. Esté usted frío con él.

El Padre Faujas miraba al digno Bourrette a los ojos. Acababa de observar que madame Rougon seguía de lejos su conversación, con aire preocupado.

—¿Es madame Rougon quien ha rogado a us-

ted que me dé un buen consejo?—preguntó bruscamente al viejo cura.

—¡Hombre! ¿Cómo lo sabe usted?—exclamó éste muy asombrado.—Me había rogado que no le hablara de ella; pero ya que usted lo ha adivinado... Es una buena señora, que sentiría muchísimo ver que un cura hiciera mal papel en su casa. Desgraciadamente, se ve obligada a recibir a toda clase de gente.

El Padre Faujas dió las gracias, prometiendo ser prudente. Los jugadores, alrededor de ellos, no habían levantado la cabeza. El cura entró en el gran salón, en el que de nuevo se halló en un ambiente hostil; pudo observar mayor frialdad aún, más desprecio mudo. Las faldas se separaban a su paso, como si fueran a mancharlas; los trajes negros se volvían con ligeras risas. El conservó una serenidad soberbia. Habiendo creído oír pronunciar afectadamente la palabra Besançon, en el rincón de la estancia en que reinaba madame de Condamín, se fué en derechura al grupo formado en torno de ella; pero al acercarse, la conversación paró en seco, y todos los ojos se clavaron en él, reluciendo de perversa curiosidad. Seguramente se hablaba de él, y se refería alguna historia fea. Entonces, mientras estaba en pie, detrás de las señoritas de Rastoil, que no le habían visto oyó que la más joven preguntaba a la otra:

—Pero ¿qué ha hecho en Besançon ese cura de quien todo el mundo habla?

—No lo sé—respondió la mayor.—Creo que por poco ahoga a otro cura en una disputa. Papá dice también que se metió en un gran negocio industrial que fracasó.

—Pero ¿está allí, verdad? En el salón peque-

ño... Acaban de verle reír con el señor de Condamín.

—Entonces, si ríe con el señor de Condamín, hay razón para desconfiar de él.

Este chismorreó de las dos señoritas, llenó de sudor las sienes del Padre Faujas. Pero no pestañeó; frunció más los labios, y sus mejillas adquirieron un matiz terroso. Ahora oía ya a todo el salón hablando del cura a quien había estrangulado, de los negocios sucios en que se había metido. Enfrente de él, el señor Delangre y el doctor Porquier permanecían severos; el señor de Bourdeu ponía mohín de desdén, hablando en voz baja con una dama; el señor Maffre, el juez de paz, le miraba de reojo devotamente olfateándole de lejos antes de decidirse a morder; y en el otro extremo de la estancia, el matrimonio Paloque, los dos monstruos alargaban los rostros, costuroneados por la hiel en los que se encendía la perversa alegría de todas las crueldades divulgadas en voz baja. El Padre Faujas retrocedió lentamente, al ver que madame Rastoil, que estaba en pie a algunos pasos de allí, se acercaba a sentarse entre sus dos hijas, como para ponerlas bajo sus alas y protegerlas del contacto de él. Se acercó al piano que vió detrás de sí y permaneció allí, alta la frente, el rostro duro y mudo como de piedra. Decididamente, había complot, le trataban como paria.

En su inmovilidad, el cura, cuyas miradas escudriñaban el salón bajo los medio cerrados párpados, hizo un gesto reprimido al punto. Acababa de ver, detrás de una verdadera barricada de faldas, al padre Fénil arrellenado en un sillón y sonriendo discretamente. Sus ojos se encontraron y se miraron algunos segundos, con el aire terrible

de dos duelistas, que empeñan un combate a muerte. Después, hubo un ruido de telas, y el gran vicario desapareció de nuevo entre los bordados de las damas.

Entretanto, Felicidad había maniobrado hábilmente para acercarse al piano. En él instaló a la mayor de las señoritas Rastoil, que cantaba agradablemente algunas romanzas. Después, cuando pudo hablar sin ser oída, llevándose al Padre Faujas al hueco de una ventana:

—¿Qué ha hecho usted al Padre Fénil?— le preguntó.

Continuaron en voz muy baja. El cura al pronto fingió sorpresa; pero cuando madame Rougon hubo murmurado algunas palabras que dijo encogiéndose de hombros, Faujas pareció entregarse y habló. Los dos sonreían y parecían cambiarse cumplidos, en tanto que el brillo de sus ojos desmentía la apariencia de trivialidad. El piano calló, y fué preciso que la mayor de las señoritas Rastoil cantara la "Paloma del Soldado", que estaba entonces muy en boga.

—Su estreno de usted es completamente desdichado—murmuró Felicidad.—Se ha hecho usted imposible, y le aconsejo que no vuelva en mucho tiempo... Debe usted hacerse querer, ¿oye? Los golpes de fuerza le perderían.

El Padre Faujas se quedó pensativo.

—¿Dice usted que esos chismes han debido de ser contados por el Padre Fénil?—preguntó.

—¡Oh! Es demasiado astuto para descubrirse; lo debe de haber dicho a alguna de sus penitentes. No sé si le ha adivinado a usted, pero lo cierto es que le tiene miedo, y le va a combatir a usted con todas las armas imaginables... Lo peor es que confiesa a la gente más distinguida de la

ciudad. El fué el que hizo nombrar al marqués de Lagrifoul.

—He hecho mal en venir a esta reunión—dejó escapar el cura.

Felicidad frunció los labios y contestó vivamente:

—Ha hecho usted mal en comprometerse con un hombre como Condamin. Yo he hecho cuanto he podido. Cuando la persona que usted sabe me escribió desde París, creí serle a usted útil invitándole. Creí que sabría usted ganar amigos aquí. Era el primer paso; pero en lugar de procurar ser agradable, deja usted enojado a todo el mundo... Perdone usted mi franqueza, pero me parece que vuelve usted la espalda al triunfo. No ha cometido usted más que faltas, yendo a vivir a casa de mi yerno, encastillándose en su casa, y llevando una sotana que hace reír a los pilluelos de las calles.

El Padre Faujas no pudo retener un gesto de impaciencia. Se contentó con responder:

—Aprovecharé sus buenos consejos. Pero no me ayude usted, porque esto lo estropearía todo.

—Sí, esa táctica es prudente—dijo la vieja dama.—No vuelva usted a este salón como no sea triunfante... La última palabra, querido señor. La persona de París desea en gran manera el triunfo de usted, y por eso me intereso yo. Pues bien; créame, no se haga usted el terrible; sea usted amable, agrada a las mujeres, si quiere usted que Plassans sea suyo.

La mayor de las señoritas Rastoil terminaba su romanza, arrancando al piano su último acorde. Se aplaudió discretamente. Madame Rougon se había separado del Padre Faujas para felicitar a la cantora. En seguida se puso en medio del salón,

repartiendo apretones de manos a los invitados que empezaban a retirarse. Eran las once. El cura se sintió muy contrariado, al percatarse de que el digno Bourrette se había aprovechado de la música para desaparecer. Pensaba irse con él, lo cual le proporcionaría una salida decente. Ahora partía solo, lo cual era un fracaso absoluto; al día siguiente se contaría en la ciudad que le habían echado a la calle. De nuevo se refugió en el hueco de una ventana, esperando una ocasión, buscando el medio de hacer una retirada honrosa.

Entretanto el salón se vaciaba, y ya no quedaban más que algunas señoras. Entonces observó el cura a una dama vestida con gran sencillez. Era madame Mouret, rejuvenecida por unos bandos ligeramente ondulados. La dama le sorprendió mucho por su tranquilo rostro, en el que parecían dormir dos grandes ojos negros. No la había visto en toda la noche; sin duda se había quedado en un rincón, contrariada por perder de aquel modo el tiempo, con las manos sobre las rodillas, sin hacer nada. Cuando la estaba contemplando, se levantó ella para despedirse de su madre.

Esta experimentaba una de sus mayores alegrías al ver a la mejor sociedad de Plassans que se iba haciendo reverencias, dándole las gracias por su ponche, por su salón verde, por las horas agradables que se acababan de pasar en su casa; y pensaba que en otro tiempo el mundo la pisoteaba, según su cruda expresión, en tanto que, en aquel momento, los más ricos no encontraban sonrisas bastante tiernas para aquella querida madame Rougon.

—¡Ah, señora! ¡señora!—decía el juez de paz Maffre.—Aquí olvida uno que las horas huyen.

—Sólo usted sabe recibir en este país de lobos —cuchicheaba la linda señora de Condamin.

—La esperamos a comer mañana—decía el señor Delangre.—Pero como de casa; nosotros no hacemos cumplidos como usted.

Marta tuvo que atravesar aquella ovación para poder acercarse a su madre. La besó, e iba a retirarse, cuando Felicidad la retuvo, buscando a alguien con la vista a su alrededor. Después, habiendo visto al Padre Faujas:

—Señor cura—le dijo riendo,—¿es usted galante?

El cura se inclinó.

—Entonces, tenga usted la bondad de acompañar a mi hija, ya que vive usted en su misma casa; no le molestará a usted, y hay un extremo de callejuela negra que no es muy tranquilizador que digamos.

Marta, con su apacible aspecto, aseguraba que no era una niña, que no tenía miedo; pero como su madre insistiese, diciendo que estaría más tranquila, aceptó la compañía del cura. Y al irse éste con ella, Felicidad, que les había acompañado hasta el rellano, le repitió al oído con una sonrisa:

—Recuerde usted lo que le he dicho... Procure usted agradar a las mujeres, si quiere que Plassans sea suyo.

VII

Aquella misma noche, Mouret, que no dormía, abrumó a Marta con preguntas, queriendo saber lo sucedido en la velada. Ella respondió que había pasado lo de costumbre, y que nada de extraordinario había observado. Añadió sencillamente que el Padre Faujas la había acompañado, hablando de cosas insignificantes. Mouret se sintió muy contrariado por lo que llamaba la "indolencia" de su mujer.

—Ya podrían asesinarse en casa de tu madre—dijo hundiendo con furia la cabeza en la almohada,—que no serás tú la que me trajeses la noticia.

Al día siguiente, cuando se presentó a comer, gritó a Marta, tan pronto como la vió:

—Ya sabía yo que tienes ojos para no ver nada, hija mía. ¡Ah! ¡Qué bien te conozco en eso! ¡Estás toda la noche en un salón, sin sospechar siquiera lo que se dice y hace a tu alrededor! Toda la ciudad habla de ello, ¿lo oyes? No he podido dar un paso sin que me hablara alguien.

—Pero ¿de qué hijo mío?—preguntó Marta asombrada.

—¡Del triunfo del Padre Faujas, caramba! Le pusieron de patitas en la puerta del salón verde.

—Te aseguro que no; no vi nada de eso.

—Sólo usted sabe recibir en este país de lobos—
—cuchicheaba la linda señora de Condamin.

—La esperamos a comer mañana—decía el señor Delangre.—Pero como de casa; nosotros no hacemos cumplidos como usted.

Marta tuvo que atravesar aquella ovación para poder acercarse a su madre. La besó, e iba a retirarse, cuando Felicidad la retuvo, buscando a alguien con la vista a su alrededor. Después, habiendo visto al Padre Faujas:

—Señor cura—le dijo riendo,—¿es usted galante?

El cura se inclinó.

—Entonces, tenga usted la bondad de acompañar a mi hija, ya que vive usted en su misma casa; no le molestará a usted, y hay un extremo de callejuela negra que no es muy tranquilizador que digamos.

Marta, con su apacible aspecto, aseguraba que no era una niña, que no tenía miedo; pero como su madre insistiese, diciendo que estaría más tranquila, aceptó la compañía del cura. Y al irse éste con ella, Felicidad, que les había acompañado hasta el rellano, le repitió al oído con una sonrisa:

—Recuerde usted lo que le he dicho... Procure usted agradar a las mujeres, si quiere que Plassans sea suyo.

VII

Aquella misma noche, Mouret, que no dormía, abrumó a Marta con preguntas, queriendo saber lo sucedido en la velada. Ella respondió que había pasado lo de costumbre, y que nada de extraordinario había observado. Añadió sencillamente que el Padre Faujas la había acompañado, hablando de cosas insignificantes. Mouret se sintió muy contrariado por lo que llamaba la "indolencia" de su mujer.

—Ya podrían asesinarse en casa de tu madre—dijo hundiendo con furia la cabeza en la almohada,—que no serás tú la que me trajeses la noticia.

Al día siguiente, cuando se presentó a comer, gritó a Marta, tan pronto como la vió:

—Ya sabía yo que tienes ojos para no ver nada, hija mía. ¡Ah! ¡Qué bien te conozco en eso! ¡Estás toda la noche en un salón, sin sospechar siquiera lo que se dice y hace a tu alrededor! Toda la ciudad habla de ello, ¿lo oyes? No he podido dar un paso sin que me hablara alguien.

—Pero ¿de qué hijo mío?—preguntó Marta asombrada.

—¡Del triunfo del Padre Faujas, caramba! Le pusieron de patitas en la puerta del salón verde.

—Te aseguro que no; no vi nada de eso.

—¡Oh, ya te lo he dicho, tú no ves nada! ¿Sabes lo que ha hecho en Besançon el curita? Estranguló a otro o cometió falsificaciones. No se puede afirmar con exactitud... No importa, parece que le han dado su merecido. Estaba verde. Se ha caído ya.

Marta había bajado la cabeza, dejando a su marido que triunfase con el fracaso del cura. Mouret estaba entusiasmado.

—Sigo con mi primera idea — prosiguió. — Tu madre debe de urdir algo con él. Me han contado que estuvo muy amable. ¿Fué ella, verdad, la que le rogó que te acompañase? ¿Por qué no me lo has dicho?

Ella se encogió suavemente de hombros, sin responder.

—¡La verdad que eres asombrosa! — exclamó. — Todos esos detalles tienen gran importancia... También me ha dicho madame Paloque, a quien acabo de encontrar, que se quedó con algunas señoras para ver cómo salía el cura. Tu madre se sirvió de ti para proteger su retirada, ¿no lo comprendes?... Vamos, procura recordar... ¿Qué te dijo al acompañarte hasta aquí?

Se había sentado delante de su mujer, y la tenía bajo la aguda interrogación de sus ojillos.

—Hombre — respondió Marta pacientemente, — me dijo cosas sin importancia, como puede decir las todo el mundo... Habló del frío, que era muy vivo, de la tranquilidad de la ciudad durante la noche, y después, creo que de la agradable velada que acababa de pasar.

—¡Ah, Tartufo!... ¿Y no te preguntó acerca de tu madre, de las personas que recibe?

—No; además, el camino no es largo; desde la calle de la Banne hasta aquí no echamos ni tres

minutos. Andaba a mi lado, sin darme el brazo, y con zancadas tan grandes que casi me obligaba a correr... No sé por qué les da por encarnizarse de ese modo con él. No parece ser dichoso. El pobre tiritaba bajo su sotana vieja.

Mouret no era malo.

—Eso es verdad — dijo entre dientes. — No debe de tener calor desde que hiela.

—Además — continuó Marta, — nosotros no podemos quejarnos de él; paga puntualmente, no arma ruido... ¿Dónde encontrarías mejor inquilino?

—En ninguna parte, ya lo sé... Lo que te he dicho sólo ha sido para hacerte ver la poca atención que prestas cuando vas a alguna parte. Por lo demás, demasiado conozco a la pandilla que recibe tu madre, para hacer caso de lo que sale del famoso salón verde. Siempre chismes, embustes, cuentos de las mil y una noches. Ni el padre ha estrangulado a nadie, ni probablemente ha hecho tampoco bancarrota... Ya se lo he dicho a madame Palomeque... “Antes de ver la paja en el ojo ajeno, hay que mirar la viga en el propio”... Y si se ha dado por aludida, peor para ella.

Mouret mentía; no había dicho tal cosa a madame Palomeque. Pero la dulzura de Marta le avergonzaba un tanto de la alegría que acababa de demostrar por las desgracias del cura. En los días siguientes, se puso resueltamente al lado del Padre Faujas. Habiendo encontrado a varios personajes a quienes detestaba, el señor de Bourdeu, el señor Delangre, el doctor Porquier, les hizo un magnífico elogio del Padre Faujas, por llevarles la contraria y por asombrarles. Al oírle a él, el cura era un hombre notabilísimo, de gran valor, de gran sencillez en su pobreza. Preciso

era que hubiera gentes muy malas. Y deslizaba alusiones a las personas que recibían los Rougon, un hatajo de hipócritas, de chismosos, de vanidosos majaderos, que tenían el esplendor de la verdadera virtud. Al cabo de algún tiempo, había hecho absolutamente suya la causa del cura, y se servía de él para aplastar a la pandilla del señor Rastoil y la pandilla de la subprefectura.

—¿No daba rabia esto?—decía a veces a su mujer, olvidando que Marta había oído otro lenguaje en sus labios.—¡Ver a gentes que han robado su fortuna quién sabe dónde, encarnizarse así con un pobre hombre que ni siquiera tiene veinte francos para comprar una carretada de leña! ¿Tú ves? Esas cosas me sublevan. Yo, ¡qué diablo! puedo salir por fiador suyo. Yo sé lo que hace, yo sé lo que es, porque en mi casa vive. De modo que no les oculto la verdad, y les trato como se merecen, cuando les encuentro... Y no me limitaré a eso. Quiero que el Padre llegue a ser mi amigo. Quiero pasearle de mi brazo, por la Carrera, para mostrarles que no temo ser visto con él, a pesar de ser honrado y rico como soy... Por primera providencia te recomiendo que estés amable con esa pobre gente.

Marta sonreía discretamente. Le complacía mucho la buena disposición de su marido respecto a sus inquilinos. Rosa recibió orden de mostrarse complaciente. Por la mañana, cuando llovía, podía ofrecerse a hacer los encargos de madame Faujas. Pero ésta rehusó siempre la ayuda de la cocinera. No obstante, no tenía ya la fría tiesura de los primeros tiempos. Una mañana, habiendo encontrado a Marta, que bajaba del granero en que conservaban la fruta, habló un instante con ella, y se humanizó hasta el punto de aceptar dos pe-

ras magníficas. Aquellas dos peras fueron la ocasión de más estrechas relaciones.

El Padre Faujas, por su parte, no se marchaba ya tan de prisa por la escalera. El roce de su sotana en los peldaños advertía a Mouret que, a la sazón, casi cada día se encontraba al pie de la escalera, muy contento, como decía, de andar un poquito con él. Le había dado las gracias por el servicio hecho a su mujer, al mismo tiempo que le preguntaba hábilmente, para saber si volvería a casa de los Rougon. El cura había sonreído; sin turbación, confesaba que no servía para estar en sociedad. Mouret quedó encantado, imaginando que él había influido de algún modo en la determinación de su inquilino. Entonces, meditó arrebatarlo por completo al salón verde, guardarlo para él solo. De modo que la noche en que Marta le contó que madame Faujas había aceptado dos peras, vió una feliz circunstancia que iba a facilitar sus proyectos.

—Pero ¿realmente no encienden fuego, en el segundo, con el frío que hace?—preguntó delante de Rosa.

—¡Caramba, señor!—respondió la cocinera, que comprendió que a ella iba dirigida la pregunta.—Será difícil, porque nunca he visto que traigan nada de leña. A no ser que quemen sus cuatro sillas, o que madame Faujas se traiga leña en el cesto.

—Hace usted mal en reirse, Rosa—dijo Marta.

—Esos desgraciados deben de tiritar en esas grandes habitaciones.

—¡Ya lo creo!—dijo Mouret.—La pasada noche hemos tenido diez grados bajo cero, y hay quien teme por los olivos. Arriba se ha helado el

depósito del agua... Esto es pequeño y se calienta en seguida.

En efecto, el comedor estaba cuidadosamente provisto de burletes, de manera que ni un soplo de aire pasaba por las hendiduras del maderamen. Una gran estufa mantenía un calor de bañera. En invierno los niños leían o jugaban alrededor de la mesa; en tanto que Mouret, esperando la hora de acostarse, obligaba a su mujer a jugar al tute, lo que era un verdadero suplicio para ella. Mucho tiempo se había negado a tocar los naipes, diciendo que no sabía ningún juego; pero su marido le había enseñado el tute, y desde entonces se había resignado.

—¿Sabes?—continuó Mouret.—Hemos de invitar a los Faujas a que vengan a pasar la velada aquí. De ese modo se calentarán por lo menos dos o tres horas. Además, tendremos compañía, y nos aburrirémos menos... Invítalos tú, y no se atreverán a rehusar.

Al día siguiente, Marta se encontró en el portal a madame Faujas, e hizo la invitación. La vieja señora aceptó al punto en nombre de su hijo, sin el menor embarazo.

—Es muy raro que no haya hecho muecas—dijo Mouret.—Creía yo que habríamos tenido que rogarle más. El Padre comienza a comprender que hace mal en vivir como un lobo.

Por la noche, quiso Mouret que quitaran pronto la mesa. Había sacado una botella de vino rancio y comprado un plato de pastelillos. Aunque no era muy liberal, quería demostrar que los Rougon no eran los únicos que sabían hacer las cosas. Los del segundo piso bajaron a eso de las ocho. El Padre Faujas llevaba sotana nueva. Esto sorprendió tanto a Mouret, que sólo pudo balbucear

algunas palabras, en respuesta a los cumplidos del sacerdote.

—Señor cura, realmente el honor es todo nuestro... Vamos, niños, acercad sillas.

Sentáronse alrededor de la mesa. Hacía demasiado calor, porque Mouret había llenado con exceso la estufa, para probar que no le importaba tizón más o menos. El Padre Faujas se mostró muy amable; acarició a Deseada, y preguntó a los dos niños por sus estudios. Marta, que hacía calceta, levantaba a ratos la vista, asombrada por las dulces inflexiones de aquella voz extraña, que no estaba acostumbrada a oír en el pesado sosiego del comedor. Miraba de frente al duro rostro del cura; sus pronunciadas facciones; después, bajaba de nuevo la cabeza, sin tratar de ocultar el interés que le inspiraba aquel hombre tan robusto y tierno, que sabía era muy pobre. Mouret con poca destreza devoraba la sotana nueva con los ojos; y no pudo menos de decir con solapada sonrisa:

—Señor cura, ha hecho usted mal en vestirse para venir aquí. Somos muy a la pata la llana, ya lo sabe usted.

Marta se puso colorada. Pero el cura contó alegremente que aquel mismo día había comprado la sotana. La llevaba aún por dar gusto a su madre, que le creía más hermoso que un rey, con traje nuevo.

—¿Verdad madre?

Madame Faujas hizo un signo afirmativo, sin separar los ojos de su hijo. Se había sentado frente a él, y le miraba extática, bajo la cruda claridad de la lámpara.

Después se habló de muchas cosas. Parecía que el Padre Faujas hubiera perdido su fría tristeza. Estaba grave, pero con gravedad complaciente, lle-

na de bondad. Escuchó a Mouret, le respondió sobre las cosas más insignificantes, pareció interesarse por sus comadrazgos. Mouret había acabado por contarle cómo vivía.

—Pasamos la noche—acabó por decir,—como usted ve; no invitamos a nadie porque siempre se está mejor en familia. Cada noche juego al tute con mi mujer. Es una costumbre añeja, y me costaría dormirme sin ella.

—No queremos incomodar a ustedes—exclamó el Padre Faujas.—Le ruego que no hagan cumplidos por nosotros.

—¡No, no, caramba! No soy maniático. Por una vez no me moriré.

El cura insistió. Al ver que Marta se defendía con más vivacidad que su marido, se volvió a su madre, que permanecía silenciosa, con las manos cruzadas.

—Madre—le dijo;—juegue usted unos tutes con el señor Mouret.

La anciana le miró a los ojos atentamente. Mouret continuaba agitándose, rehusando, declarando que no quería turbar la velada; pero cuando el cura le hubo dicho que su madre jugaba muy bien, flaqueó y dijo:

—¿De veras?... Entonces, si la señora quiere, si no contraría a nadie...

—Vamos, madre, juegue usted una partida—repitió el Padre Faujas con voz más rotunda.

—Sí por cierto—respondió por fin la dama.—Me agradará. Sólo que necesito cambiar de sitio.

—¡Caramba, no es difícil!—dijo Mouret encantado.—Cambiará usted de sitio con su hijo... Señor cura, tenga usted la bondad de pasar al lado de mi mujer; la señora se sentará aquí, a mi lado... Muy bien, ajajá.

El cura, que primero se había sentado frente a Marta, al otro lado de la mesa, se halló de esta suerte a su lado. Hasta quedaron como aislados en una esquina, porque los jugadores acercaron sus sillas para empeñar la lucha. Octavio y Sergio acababan de subir a su cuarto. Deseada, como de costumbre, dormía sobre la mesa. Cuando dieron las diez, Mouret, que había perdido la primera partida, no quiso acostarse de ningún modo; exigió el desquite. Madame Faujas consultó a su hijo con la mirada; después se puso a barajar con tranquilidad. Entre tanto, el cura cambiaba apenas unas palabras con Marta. Aquella primera noche habló de cosas indiferentes, de la casa, del precio de los víveres en Plassans, de los desvelos que ocasionan los niños. Marta respondía complaciente, levantando de vez en cuando su clara mirada, y comunicando a la conversación algo de su prudente lentitud.

Eran cerca de las once cuando Mouret tiró los naipes con cierto despecho.

—Bueno, he vuelto a perder—dijo.—Nunca he tenido una buena carta. Mañana tendré quizá mejor suerte. Hasta mañana, ¿verdad señora?

Y como el Padre Faujas se excusara diciendo que no querían abusar, que no podían molestarles así cada noche:

—No nos molestan ustedes—exclamó.—Nos hacen un favor... Además, estoy perdiendo, caramba, y la señora no me puede negar una partida.

Cuando hubieron aceptado y se fueron, Mouret refunfuñó, defendiéndose de haber perdido. Estaba furioso.

—La vieja sabe menos que yo, estoy seguro—dijo a su mujer.—Sólo que tiene unos ojos... Me

parece que hace trampas, palabra de honor. Mañana veremos.

Desde entonces, cada día, con regularidad, los Faujas bajaron a pasar la velada con los Mouret. Se había empeñado una batalla formidable entre la anciana señora y su casero. Ella parecía burlarse de él, y dejarle ganar sólo lo preciso para no desanimarle; lo cual le mantenía lleno de rabia sorda, pues alardeaba de gran jugador de tute. Soñaba con ganarle, durante semanas enteras, sin dejar que se llevara una sola partida. Ella conservaba una sangre fría maravillosa; su pronunciado rostro de aldeana permanecía mudo, y sus gruesas manos tiraban los naipes con fuerza y regularidad de máquina. Desde las ocho se sentaban ambos en su esquina de la mesa, absorbiéndose en el juego sin moverse.

En la otra esquina, a ambos lados de la estufa, el Padre Faujas y Marta estaban como solos. El cura sentía por la mujer un desprecio de hombre y de clérigo; la separaba como un obstáculo vergonzoso, indigno de los fuertes. A su pesar, el desprecio se traslucía con frecuencia en una palabra algo áspera. Y Marta, entonces, asaltada de extraña ansiedad, levantaba los ojos, con uno de esos temores bruscos que hacen mirar hacia atrás para ver si algún enemigo oculto va a levantar el brazo. Otras veces, en medio de una risa, se detenía bruscamente al ver su sotana; se detenía, turbada, asombrada de hablar de aquel modo con un hombre que no era como los demás. La intimidad tardó mucho a establecerse entre ellos.

El Padre Faujas no preguntó nunca a Marta claramente sobre su marido, sus hijos, su casa. Pe-en los menores detalles de su pasado y de su exis-ro no por eso dejó, poco a poco, de ir penetrando

tencia actual. Cada noche, mientras Mouret y madame Faujas se batían desesperadamente, averiguaba algún dato nuevo. Una vez, observó que ambos esposos se parecían extraordinariamente.

—Sí—respondió Marta sonriendo.—Cuando teníamos veinte años, nos tomaban por hermano y hermana. Eso es lo que decidí en parte nuestra boda; bromeaban, nos ponían siempre a uno al lado del otro, nos decían que haríamos muy buena pareja. El parecido era tan sorprendente, que el digno señor Compan, y eso que nos conocía, titubeaba para casarnos.

—¿Pero son ustedes primos?—preguntó el cura.

—En efecto—dijo ella sonrojándose ligeramente.—Mi marido es Macquart y yo soy Rougon.

Se calló un instante, molesta, adivinando que el cura sabía la historia de su familia, célebre en Plassans. Los Macquart eran una rama bastarda de los Rougon.

—Lo más singular—prosiguió Marta para ocultar su turbación,—es que los dos nos parecemos a nuestra abuela. La madre de mi marido le ha transmitido esa semejanza, al paso que en mí se ha reproducido la distancia. Se diría que ha saltado por encima de mi padre.

Entonces el cura citó un ejemplo semejante en su familia. Tenía una hermana que era, parecía, el vivo retrato del abuelo de su madre. El parecido, en aquel caso, había saltado dos generaciones. Y su hermana recordaba en todo al buen señor por su carácter, sus costumbres, sus gestos, y hasta su voz.

—Es como yo—dijo Marta.—Cuando era niña, oía decir: "Es tía Dida clavada". La pobre señora está hoy en las Tulettes; nunca tuvo muy firme la cabeza... Con la edad, yo me he tornado más

tranquila, se me ha compuesto la salud; pero recuerdo que a los veinte años no era muy robusta; tenía vértigos, ideas extravagantes... Aun me río cuando pienso en lo extraña chicuela que era.

—¿Y su marido de usted?

—¡Oh! El ha salido a su padre, un oficial de sombrerero, de naturaleza equilibrada y metódica... Nos parecemos de rostro, pero por dentro éramos distintos... A la larga nos hemos vuelto parecidísimos. ¡Estábamos tan tranquilos, en nuestros almacenes de Marsella! Allí pasé quince años que me enseñaron a ser feliz, en mi casa, en medio de mis hijos.

El Padre Faujas, cada vez que la inducía a hablar de este asunto, percibía en ella una ligera amargura. Seguramente era feliz, como decía, pero el cura creía adivinar antiguos combates en aquella naturaleza nerviosa, apaciguada al aproximarse a los cuarenta. Y se imaginaba aquel drama, aquella mujer y aquel marido, parecidos de rostro, a quienes todos sus conocidos juzgaban el uno para el otro, en tanto que, en el fondo de su ser, la levadura de la bastardía, la riña de sangres mezcladas y sublevadas siempre, irritaban el antagonismo de dos temperamentos diferentes. Después se explicaba los desgastes fatales de una vida reglamentada, el uso de los caracteres por los cotidianos cuidados del comercio, el aletargamiento de las dos naturalezas en aquella fortuna ganada en quince años y comida modestamente en el fondo de un barrio desierto de ciudad pequeña. Hoy, por más que fuesen aún jóvenes los dos, no parecía quedar en ellos más que ceniza. El cura trató hábilmente de saber si Marta estaba resignada. La encontraba muy razonable.

—No—decía ella.—Me gusta mi casa; mis hi-

jos me bastan. Nunca he sido muy alegre. Me aburría un poco; habría necesitado una ocupación de espíritu que no he encontrado... Pero ¿para qué? Quizá me hubiera roto la cabeza... No podía ni siquiera leer una novela sin tener jaquecas espantosas; por espacio de tres noches me bailaban en la cabeza todos los personajes. Lo único que no me ha cansado nunca es la costura. Me quedo en casa para evitar esos ruidos de la calle, esos chismes, esas tonterías que me fatigan.

Deteníase a veces, y miraba a Deseada dormida sobre la mesa, sonriendo en sueños con su sonrisa inocente.

—¡Pobre niña!—murmuraba.—Ni siquiera puede coser; en seguida le dan vértigos... No le gustan más que los animales. Cuando va un mes a casa de su nodriza, vive en el corral y me vuelve con las mejillas coloradas, llenas de salud.

Y volvía a hablar con frecuencia de las Tulettes, con sordo temor a la locura. El Padre Faujas sintió también un extraño miedo, en el fondo de aquella casa tan sosegada. Seguramente Marta amaba a su marido con buena amistad; pero su afecto tenía algo de temor a las chanzas de Mouret, a sus chinchorrerías continuas. También le ofendía su egoísmo, el abandono en que él la dejaba; le guardaba cierto rencor vago por aquella paz que había hecho en torno de ella, por aquella felicidad de que se sentía dichosa. Cuando hablaba de su marido repetía:

—Es muy bueno para nosotros... Debe usted de oírle gritar algunas veces; es que le gusta el orden en todo, muchas veces hasta llegar a la ridiculez, ¿sabe usted? Se incomoda por una macesta mal colocada en el jardín, por un juguete que anda por el suelo... Por otra parte, hace muy bien

en hacer lo que se le antoja. Ya sé que no le pueden ver, porque ha reunido algún dinero, y porque, de cuando en cuando, continúa haciendo buenos negocios, burlándose de los chismes... También le dan bromas por causa mía. Dicen que es avaro, que me guarda en casa, que me niega hasta unas botinas... No es verdad. Yo soy absolutamente libre. Claro que prefiero encontrarme aquí, cuando llega, en lugar de saber que estoy callejeando, paseándome o haciendo visitas. Además, él sabe mis gustos. ¿Qué voy a buscar fuera de casa?

Cuando defendía a Mouret contra los enredos de Plassans, ponía en sus palabras una vivacidad súbita, como si sintiera la necesidad de defenderle también de las acusaciones secretas que subían de ella misma; y volvía con inquietud nerviosa a aquella vida de fuera. Parecía refugiarse en el estrecho comedor, en el viejo jardín de grandes bojés, asaltada por el temor a lo desconocido, dudando de sus fuerzas, temiendo alguna catástrofe. Después sonreía por este espanto infantil, se encogía de hombros y volvía lentamente a hacer calceta o a remendar alguna camisa vieja. Entonces, el Padre Faujas no tenía delante más que una burguesa fría, de tez reposada, de ojos pálidos, que ponía en la casa un olor de ropa limpia y de ramo cogido a la sombra.

Así transcurrieron dos meses. El Padre Faujas y su madre habían penetrado en las costumbres de los Mouret. Por la noche, cada cual tenía su puesto señalado alrededor de la mesa; la lámpara estaba en el mismo sitio, las mismas palabras de los jugadores caían en los mismos silencios, en las mismas palabras dulcificadas del cura y de Marta. Mouret, cuando madame Faujas no le ha-

bía derrotado ignominiosamente, hallaba a sus inquilinos "muy decentes".

Toda su curiosidad de burgués desocupado se había calmado con los desvelos de las partidas nocturnas; ya no espiaba al cura, diciendo que ya le conocía, y que le tenía por un excelente hombre.

—¡Déjenme en paz!—gritaba a los que atacaban al Padre Faujas delante de él.—Siempre están ustedes con enredos, cuando tan fácil es explicar sencillamente las cosas... ¡Qué diablo! Yo lo conozco al dedillo... Me hace el obsequio de bajar a pasar las veladas con nosotros... ¡Ah! Como no es hombre que se prodigue, comprendo que no le quieran y que le acusen de altivez.

Mouret gozaba por ser el único en Plassans que pudiera jactarse de conocer al Padre Faujas; hasta abusaba un poquito de esta ventaja. Cada vez que se topaba con madame Rougon, triunfaba y le daba a entender que le había robado a su invitado. La dama se contentaba con sonreír astutamente. Entre sus íntimos, Mouret llevaba más allá las confidencias; murmuraba que esos demonios de curas no pueden hacer nada del mismo modo que los demás hombres; entonces contaba detallitos, la manera como el cura bebía, cómo hablaba a las mujeres, cómo tenía las rodillas separadas sin cruzar nunca las piernas; ligeras anécdotas en las que ponía su inquieto sobresalto de librepensador frente a aquella misteriosa sotana que caía hasta los talones de su inquilino.

Velada tras velada, habían llegado hasta los primeros días de Abril. En sus conversaciones, parecía que el Padre Faujas evitara cuidadosamente hablar de la religión con Marta. Esta le había dicho una vez alegremente:

—No, señor cura, no soy devota; no voy con frecuencia a la iglesia... ¿Qué quiere usted? En Marsella estaba siempre ocupadísima; ahora me da pereza salir... Además, debo confesárselo, no me han educado con ideas religiosas... Mi madre decía que Dios iba a nuestra casa.

El cura se había inclinado sin responder, queriendo dar a entender con esto que prefería no hablar del asunto en aquellas circunstancias. No obstante, una noche, dibujó el cuadro del inesperado socorro que las almas que padecen hallan en la religión. Se trataba de una pobre mujer a quien toda clase de reveses acababa de impulsar al suicidio.

—Ha hecho mal en desesperarse—dijo el cura con profunda voz.—Sin duda ignoraban los consuelos de la plegaria. Muchas veces he visto llegar a nosotros personas llorosas, desgarradas, y se iban con una resignación inútilmente buscada en otra parte, con la alegría de vivir. Es que se habían probado el goce de humillarse en un rincón extraviado de la iglesia. Volvían y lo olvidaban todo. Eran ya de Dios.

Marta había escuchado pensativa estas palabras, las últimas de las cuales se perdieron lánguidamente en un acento de felicidad sobrehumana.

—Sí, debe de ser una dicha—murmuró como hablándose a sí misma.—Muchas veces lo he pensado, pero siempre he tenido miedo.

El cura no hablaba sino muy raras veces de tales asuntos; en cambio, con frecuencia hablaba de la caridad. Marta era buenísima; las lágrimas se asomaban a sus ojos al oír contar el menor infortunio. El parecía complacerse en verla temblando de compasión; cada noche contaba alguna historia conmovedora, y la destrozaba con una

compasión continua que le hacía abandonarse. Marta dejaba caer la labor, juntaba las manos, con el rostro impregnado de dolor, en tanto que el cura entraba en desconsoladores detalles sobre los seres que se mueren de hambre, sobre los desgraciados a quienes la miseria impulsa a las malas acciones. Entonces Marta le pertenecía, y hubiera hecho de ella lo que se hubiese querido. Y a menudo, en el otro lado de la mesa, estallaba una disputa entre Mouret y madame Faujas, sobre un acuse mal anunciado o una carta mal tirada.

Hacia mediados de Febrero fué cuando una deplorable aventura consternó a Plassans. Se descubrió que una colección de muchachas muy jóvenes, casi niñas, se habían entregado a la corrupción pilleando por las calles; y el asunto no sólo estaba entre muchachos de la misma edad, sino que se decía que iban a verse comprometidos graves personajes. Por espacio de ocho días, Marta se sintió conmovida por el suceso, que armó el gran escándalo; conocía a algunas de las desgraciadas, a una rubilla a quien había acariciado a menudo y que era sobrina de su cocinera Rosa; no podía pensar en la pobre niña—decía,—sin sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

—Es una vergüenza—le dijo una noche el Padre Faujas,—que no haya en Plassans una casa de caridad como la de Besançon.

Y, a preguntas de Marta, le dijo lo que era aquel establecimiento. Se trataba de una especie de asilo para hijas de obreros, desde los ocho a los quince años, a quienes los padres, al ir al trabajo, se ven obligados a dejar solas en casa. Durante el día, las empleaban en trabajos de costura; después, por la noche, las devolvían a sus padres, cuando éstos regresaban a sus casas. De esta manera, las

pobres niñas crecían lejos del vicio, en medio de los mejores ejemplos. Marta halló muy generosa la idea. Poco a poco, llegó a dominarla hasta tal punto que no hablaba más que de la necesidad de crear en Plassans una casa semejante.

—Se pondría bajo la advocación de la Virgen —insinuaba el Padre Faujas.— ¡Pero cuántas dificultades hay que vencer! No sabe usted el trabajo que cuesta la buena obra más sencilla. Sería preciso, para salir bien de semejante empresa, un corazón maternal, ardiente, abnegadísimo.

Marta bajaba la cabeza, y miraba a Deseada dormida a su lado, sintiendo las lágrimas al borde de sus párpados. Se informaba de los pasos que había que dar, de los gastos del establecimiento, del presupuesto anual.

—¿Quiere usted ayudarme?—preguntó una noche al cura.

El Padre Faujas, gravemente, le tomó una mano, que conservó entre las suyas un instante, murmurando que tenía una de las almas más hermosas que había visto. Aceptaba, pero contaba en absoluto con ella; él podía muy poco. Ella sería la que hallase en la ciudad señoras que formaran una junta, la que reuniera suscripciones, la que se encargara, en una palabra, de los detalles tan delicados y laboriosos de una llamada a la caridad pública. Y le dió una cita, al día siguiente, en San Saturnino, para ponerla en relación con el arquitecto de la diócesis, que podría informarle de los gastos mucho mejor que él.

Aquella noche, al acostarse, Mouret estaba contentísimo. No había dejado ganar ni una partida a madame Faujas.

—Muy feliz pareces, hija mía—dijo a su mujer.

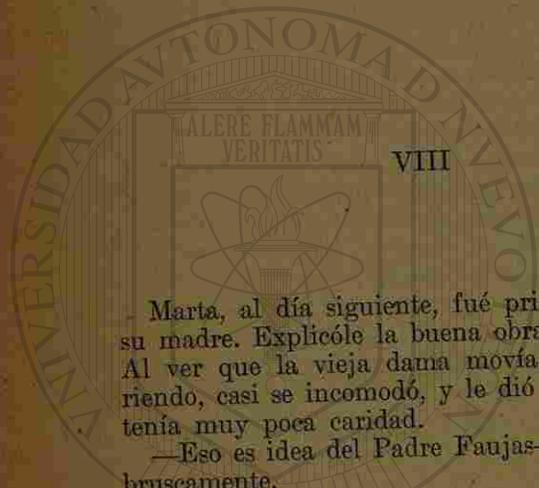
—¿Eh? ¿Has visto cómo le he ganado? La vieja estaba enfadadísima.

Y como Marta sacara de un armario un vestido de seda, el marido le preguntó con sorpresa si pensaba salir al día siguiente. Abajo no había oído nada.

—Sí—respondió ella,—tengo que hacer; me he citado en la iglesia con el Padre Faujas, para cosas que ya te diré.

Mouret se quedó plantado ante ella, estupefacto, mirándola, para ver si se estaba burlando de él. Después, sin incomodarse y con tono chocarrero:

—¡Toma, toma!—murmuró.—No había yo previsto esto. Ahora te da por los solideos...



Marta, al día siguiente, fué primero a casa de su madre. Explicóle la buena obra que meditaba. Al ver que la vieja dama movía la cabeza sonriendo, casi se incomodó, y le dió a entender que tenía muy poca caridad.

—Eso es idea del Padre Faujas—dijo Felicidad bruscamente.

—En efecto —murmuró Marta sorprendida.— ¿Cómo lo sabe usted?

Madame Rougon se encogió ligeramente de hombros, sin responder con más claridad. Y prosiguió con viveza:

—Sí, querida mía, tienes razón; debes dedicarte a algo, y lo que has encontrado está muy bien. Verdaderamente, me apena verte siempre encerrada en esa retirada casa, que huele a muerto. Pero no cuentes conmigo, porque no quiero meterme en ese negocio. Dirían que era yo la que lo hacía todo, y que nos hemos entendido para imponer nuestras ideas a la ciudad. Por el contrario, deseo que sean tuyos todos los beneficios

de tu buen pensamiento. Yo te ayudaré con mis consejos, si me lo consientes, pero nada más.

—Pues yo había contado con usted para formar parte de la junta fundadora—dijo Marta, a quien asustaba un poco la idea de verse sola en una empresa tan importante.

—No, no, mi presencia lo estropearía, te lo aseguro. Por el contrario, di muy alto que yo no puedo ser de la junta, que me he negado pretextando ocupaciones. Da a entender también que no tengo fe en tu proyecto. Esto decidirá a las damas, ya lo verás. Les gustará mucho meterse en una buena obra en que yo no figure. Ve a ver a madame Rastoil, a madame de Condamin, a madame Delangre; ve también a madame Paloque, pero la última; ésta se sentirá lisonjeada y te servirá más que las otras... Y si te ves en un atolladero, ven a consultarme.

Acompañó a su hija hasta la escalera. Después, mirándola de frente, con su aguda sonrisa de vieja:

—¿Está bueno nuestro querido padre?— preguntó.

—Muy bien—dijo Marta tranquilamente.—Voy a San Saturnino, a ver al arquitecto de la diócesis.

Marta y el cura habían pensado que las cosas estaban aún demasiado por ver para molestar al arquitecto. Contaban con procurarse sencillamente un encuentro con este último, que iba cada día a San Saturnino, donde estaban reparando una capilla. Ahí podrían consultarle como por casualidad. Marta, después de atravesar la iglesia, vió al Padre Faujas y al señor Lieutaud, hablando sobre un andamio, del cual se apresuraron a ba-

jar. Uno de los hombros del cura estaba blanco de yeso; le interesaban mucho los trabajos.

A aquella hora de la tarde no había ni una devota; las naves y las capillas laterales estaban desiertas, y llenas de una infinidad de sillas que dos perreros arreglaban ruidosamente. Los albañiles se llamaban desde lo alto de las escaleras, en medio del ruido de las llanas que rascaban las paredes. San Saturnino no tenía nada de religioso, tanto que Marta no se había persignado siquiera. Sentóse delante de la capilla en reparación, entre el Padre Faujas y el señor Lieutaud, como lo habría hecho en el cuarto de trabajo de éste, si hubiese ido a pedirle consejos a su casa.

La entrevista duró media hora. El arquitecto se mostró muy complaciente; su opinión fué que no había que construir local para la obra de la Virgen, como llamaba el cura al establecimiento proyectado. Resultaría demasiado caro. Comprar un edificio ya hecho, que se amoldaría a las necesidades de la obra. Y llegó hasta indicar, en un arrabal, un antiguo internado, en el que se había establecido después un comerciante de forrajes y que estaba en venta. Con algunos miles de francos, se comprometía a transformar completamente aquella ruina; llegaba a prometer maravillas, una entrada elegante, amplias salas, un patio plantado de árboles. Poco a poco, Marta y el cura habían alzado la voz, y discutían los detalles bajo la sonora bóveda de la nave, en tanto que el señor Lieutaud, con la contera del bastón, arañaba las losas para darles idea de la fachada.

—Entonces, convenido, señor—dijo Marta despidiéndose del arquitecto.—Hará usted un peque-

ño croquis, de modo que sepamos a qué atenernos... Y guárdenos el secreto, ¿verdad?

El Padre Faujas quiso acompañarla hasta la puerta lateral de la iglesia. Al pasar juntos ante el altar mayor, y continuar Marta hablando vivamente con él, se quedó muy sorprendida al no verle a su lado; le buscó, y le vió, doblado en dos, frente a la gran cruz tapada con su funda de muselina. Aquel cura que se inclinaba de tal modo, cubierto de yeso, le produjo una sensación singular. Recordó dónde estaba mirando a su alrededor con aire inquieto y ahogando el ruido de sus pasos. En la puerta, el cura, que se había puesto muy serio, la presentó en silencio los dedos mojados en agua bendita. Marta se persignó, turbadísima. La doble hoja cayó tras ella dulcemente, con ahogado suspiro.

Desde allí, fué Marta a casa de madame de Condamin. Se sentía feliz por andar al aire libre, por las calles; las diligencias que le quedaban por hacer, le parecían un reereo. Madame de Condamin la recibió con aspavientos de amistad. ¡Iba tan pocas veces aquella estimada madame Muret! Cuando supo de qué se trataba, se puso muy contenta, pronta a todas las abnegaciones. Llevaba un delicioso traje malva con lazos de cinta gris perla, y estaba en un gabinete en donde se las echaba de parisiense desterrada en provincia.

—¡Qué bien ha hecho usted en contar conmigo!—dijo estrechando las manos a Marta.—¿Quién acudiría en auxilio de esas pobres muchachas sino nosotras, a quienes acusan de darles el mal ejemplo del lujo!... Además, es horrible pensar que la infancia está expuesta a tan atroces peligros... Disponga usted de mí en absoluto.

Y cuando Marta le hubo dicho que su madre no podía formar parte de la junta, redobló sus ofrecimientos.

—¡Es lástima que tenga tantas ocupaciones!— dijo con un dejo de ironía.—Nos hubiera servido muchísimo... Pero ¿qué quiere usted? Haremos lo que podamos. Yo tengo algunos amigos. Iré a ver a Monseñor, y removeré cielo y tierra si hace falta... Triunfaremos, se lo prometo a usted.

No quiso oír ningún detalle sobre los gastos. Siempre se encontraría el dinero necesario. Quería que la obra hiciera honor a la junta, que todo fuera hermoso y confortable. Añadió riendo que se le iba la cabeza con las cifras, y que se encargaba especialmente de los primeros pasos, de las líneas generales del proyecto. La buena madame Mouret no estaba acostumbrada a solicitar; ella la acompañaría en sus diligencias, y podría hasta evitarle varias. Al cabo de un cuarto de hora, la obra fué como cosa suya, y era ella la que daba instrucciones a Marta. Esta se iba a retirar, cuando entró M. de Condamin; Marta se quedó cohibida, sin atreverse a hablar más del objeto de la visita ante el conservador de aguas y bosques, que estaba, según decían, complicado en el asunto de las pobres muchachas, cuya vergüenza ocupaba a la ciudad.

Madame de Condamin fué la que explicó la gran idea a su marido, que se mostró lleno de tranquilidad y de buenos sentimientos. La cosa le parecía excesivamente moral.

—Es una idea que sólo se podía ocurrir a una madre—dijo gravemente, sin que pudiera adivinarse si se burlaba.—Plassans deberá a usted buenas costumbres, señora.

—Confieso que no he hecho más que recoger la idea—respondió Marta, turbada por aquellos elogios.—Me ha sido inspirada por una persona a quien estimo mucho.

—¿Qué persona?—preguntó con vivacidad madame de Condamin.

—El Padre Faujas.

Y Marta, con gran sencillez, dijo todo el bien que pensaba del cura. Por otra parte, no hizo la menor alusión a los malos rumores que habían corrido; le presentó como hombre digno de todo respeto, y al cual se consideraba dichosa con recibir en su casa. Madame de Condamin escuchaba haciendo pequeños movimientos de cabeza.

—Siempre lo he dicho—exclamó.—El Padre Faujas es un cura muy distinguido... ¡Si usted supiera qué mala es la gente! Pero desde que usted le recibe, ya no se atreven a hablar. Ha puesto coto a toda suposición maliciosa... ¿De modo que dice usted que la idea es suya? Habrá que decidirle a que dé la cara. Hasta entonces, quedamos en que hemos de ser discretas. Le aseguro a usted que siempre he estimado y defendido a ese sacerdote.

—He hablado yo con él, y me ha parecido un buen señor—interrumpió el conservador de aguas y bosques.

Peró su mujer le hizo callar con un gesto. A menudo le trataba como a un lacayo. En el desigual matrimonio que se reprochaba al señor de Condamin, había ocurrido que él sólo soportaba la vergüenza; la joven a quien había sacado nadie sabía de dónde, se había hecho perdonar y querer por toda la ciudad, por una gracia exquisita, por una bondad amable, a las que los provincianos son más sensibles de lo que se cree. Su marido

comprendió que estaba de más en aquella virtuosa conversación.

—Las dejo a ustedes con Dios—dijo con tono ligeramente irónico.—Me voy a fumar un cigarro. Octavia, no olvides vestirme temprano. Esta noche vamos a la subprefectura.

Cuando se ausentó, las dos mujeres siguieron hablando un instante, volviendo sobre lo que ya habían dicho, apiadándose de las pobres muchachas que se descarrían, y excitándose cada vez más a ponerlas al abrigo de toda seducción. Madame de Condamin hablaba contra la corrupción con gran elocuencia.

—Bueno, estamos de acuerdo—dijo estrechando por última vez las manos de Marta.—Soy con usted al primer aviso... Si quiere usted ir a ver a madame Rastoil o a madame Delangre, dígalas que yo me encargo de todo; ellas no tendrán más que darnos sus nombres... Mi idea es buena, ¿verdad? No nos separaremos de ella ni un ápice... Mis saludos al Padre Faujas.

Marta fué inmediatamente a casa de madame Delangre, y después a la de madame Rastoil. Las halló corteses, pero más frías que madame de Condamin. Ambas discutieron el aspecto pecuniario del proyecto; se necesitaría mucho dinero; la caridad pública no proporcionaría nunca lo necesario, y se correría el riesgo de llegar a algún desenlace ridículo. Marta las tranquilizó, les presentó cifras. Entonces, quisieron saber qué señoras habían accedido ya a formar parte de la junta. El nombre de madame de Condamin las dejó mudas. Luego, al saber que madame Rougon se había excusado, se mostraron más amables.

Madame Delangre había recibido a Marta en el despacho de su marido. Era una mujercita pá-

lida, de humildad de criada, y cuyos extravíos habían quedado como legendarios en Plassans.

—¡Dios mío!—murmuró por fin.—No deseo otra cosa. Sería una escuela de virtud para la juventud obrera. Se salvarían muchas almas débiles. No me puedo negar, porque comprendo que le podré ser a usted útil por mi marido, a quien sus funciones de alcalde ponen en relación continua con todas las personas influyentes. Sólo le pido a usted hasta mañana para darle una respuesta definitiva. Nuestra posición nos obliga a tener gran prudencia, y quiero consultar a mi esposo.

En casa de madame Rastoil, Marta encontró a una mujer mogigata en extremo, rebuscando palabras puras para hablar de las desgraciadas que olvidan sus deberes. Era gorda, y bordaba un alba riquísima, entre sus dos hijas. Desde las primeras palabras las había hecho retirarse.

—Le agradezco a usted que haya pensado en mí—dijo,—pero verdaderamente estoy perpleja. Ya formo parte de varias juntas, y no sé si tendré tiempo... Yo había tenido la misma idea que usted, sólo que mi proyecto era más vasto, tal vez más completo. Hace un mes largo que me propongo ir a hablar a Monseñor, pero nunca tengo un minuto. En fin, podremos unir nuestros puntos... Ya que es preciso, me consagraré una vez más a... Ayer me lo decía mi esposo: "Verdaderamente ya no pensáis en vuestros asuntos, sino en los ajenos".

Marta la miraba con curiosidad, pensando en su antiguo enredo con el señor Delangre, del que aún se hacían calendarios en los cafés de la Carrera Sauvaire. La mujer del alcalde y la del presidente, sobre todo la segunda, habían acogido con

gran circunspección el nombre del Padre Faujas. Marta se había picado un tanto por tal desconfianza respecto a una persona de quien ella respondía; de modo que había insistido sobre las bellas cualidades del cura, lo cual había obligado a ambas damas a convenir en el mérito de aquel sacerdote, que vivía retirado y mantenía a su madre.

Al salir de casa de madame Rastoil, Marta no tuvo más que atravesar el arroyo para entrar en la de madame Paloque, que vivía al otro lado de la calle Balande. Eran las siete, pero deseaba salir del último paso, aun a riesgo de hacer esperar a Mouret y de ser regañada. Los Paloque iban a sentarse a la mesa, en un comedor frío, en el que se oía la cortedad de la provincia, una cortedad cuidadosamente ocultada. Madama Paloque se apresuró a tapar la sopa que iba a servir, contrariada porque la hallaban a la mesa. Mostróse muy fina, casi humilde, inquieta en el fondo por una visita que no esperaba. Su marido, el juez, permaneció ante su plato vacío, con las manos sobre las rodillas.

—¡Pilluelas!— exclamó cuando Marta hubo hablado de las muchachas del barrio viejo.—¡Buenos detalles me han dado hoy en el palacio! Ellas son las que han provocado la corrupción de personas muy respetables... Hace usted mal, señora, en interesarse por esas...

—Además— dijo a su vez madame Paloque,—yo temo mucho no serle a usted de ninguna utilidad. No conozco a nadie. Mi marido se dejaría cortar una mano antes que solicitar la menor cosa. Nosotros nos retraemos por repugnancia de todas las injusticias que hemos visto. Vivimos

muy modestamente aquí, contentos de que se nos olvide... Mire usted, ahora mi marido rechazaría el ascenso aunque se lo ofreciesen. ¿Verdad, amigo mío?

El juez movió la cabeza con aire de asentimiento. Ambos cruzaron una débil sonrisa, y Marta se quedó cortada, frente a aquellos dos rostros horribles, arrugados, lívidos de bilis, que se entendían tan bien en aquella comedia de mentida resignación. Felizmente, recordó los consejos de su madre.

—Sin embargo, yo había contado con usted— dijo poniéndose muy amable.—Tendremos a todas las señoras, madame Delangre, madame Rastoil, madame de Condamin; pero, aquí para entre nosotras, no hacen más que prestarnos sus nombres. Yo habría querido encontrar una persona respetabilísima, muy abnegada, que tomase el asunto con empeño; y había pensado que usted querría ser esa persona... Piense usted cuánto agradecimiento le deberá Plassans, si sacamos adelante el proyecto...

—Desde luego, desde luego—murmuró madame Paloque, seducida por tan buenas palabras.

—Además, hace usted mal en creerse sin poder. Se sabe que el señor Paloque está muy bien visto en la subprefectura. Sabemos que se le reserva la sucesión del señor Rastoil. No se defienda usted; sus méritos son conocidos y es inútil que se oculte... Y mire usted, esta es una ocasión excelente para que madame Paloque salga de la sombra en que se mantiene, y de hacer ver qué mujer de cabeza y corazón hay en ella.

El juez se agitaba mucho, y miraba a su mujer guiñando los ojos.

—Mi esposa no ha rehusado—dijo.

—No, claro que no—dijo la señora.—Puesto que me necesita usted verdaderamente, basta. Quizá voy a hacer una tontería, a tomarme mucho trabajo, para que no me lo recompensen nunca. Pregunte usted a mi marido todo el bien que hemos hecho sin decir nada. Ya ve usted a dónde nos ha llevado eso... No importa, no es posible cambiar de modo de ser, ¿verdad? Seremos tontos hasta el fin... Cuente usted conmigo, querida señora.

Los Paloque se levantaron, y Marta se despidió de ellos dándoles las gracias por su abnegación. Al quedarse un momento en el rellano, para retirar el volante de su falda, cogido entre la baranda y los escalones, les oyó charlar vivamente detrás de la puerta.

—Vienen por ti porque te necesitan—decía el juez con voz agria.—Serás su burra de carga.

—¡Oh! Pero si crees que no las pagarán todas juntas...

Cuando Marta entró por fin en su casa, eran cerca de las ocho. Mouret la esperaba hacía media hora larga para sentarse a la mesa. Marta temía alguna escena espantosa. Pero cuando se desnudó y bajó, encontró a su marido a horcajadas sobre una silla, tocando tranquilamente una retreta con los dedos sobre el mantel. Se puso terrible de burlas, de ironías, de todas clases.

—Yo—dijo,—creí que hoy dormirías en un confesionario... Ahora que vas a la iglesia, tendrás que avisármelo, para que yo cene fuera cuando te inviten los curas.

Durante toda la comida soltó bromitas por el estilo. Marta sufrió mucho más que si la hubiese

reñido. Por dos o tres veces le suplicó con la mirada que la dejase en paz. Pero esto no hizo más que espolear su verbosidad. Octavio y Deseada se reían. Sergio callaba, tomando partido por su madre. A los postres, Rosa se presentó, muy asustada, a decir que el señor Delangre estaba allí, y que deseaba hablar con la señora.

—¡Ah! ¿También te metes con las autoridades?—dijo Mouret con risa chabacana.

Marta fué a recibir al alcalde al salón. El alcalde, muy amable, casi galante, le dijo que no había querido esperar al día siguiente para felicitarla por su generosa idea. Madame Delangre era algo tímida; había hecho mal en no aceptar en seguida, y él iba a responder en su nombre que su esposa tendría un verdadero honor al formar parte de la junta de damas patrocinadoras de la obra de la Virgen. En cuanto a él, pensaba contribuir lo más posible al feliz suceso de un proyecto tan útil y tan moral.

Marta le acompañó hasta la puerta de la calle. Allí, mientras Rosa levantaba la lámpara para alumbrar la acera, añadió el alcalde:

—Diga usted al señor cura Faujas que tendré sumo gusto en hablar con él, si quiere pasar por mi casa. Puesto que él ha visto un establecimiento de esa clase en Besançon, podrá darnos preciosos datos. Quiero que la ciudad pague por lo menos el local. Hasta la vista, señora mía; mis respetos al señor Mouret, a quien no quiero incomodar.

A las ocho, cuando bajó el Padre Faujas con su madre, Mouret se contentó con decirle riendo:

—¿Con que hoy me ha quitado usted a mi mujer? Por lo menos no me la estropee usted; no me la haga santa.

Después se absorbió en el juego; tenía que tomar un terrible desquite de madame Faujas, aumentado por tres días de pérdida. Marta quedó en libertad de contar sus pasos al cura. Sentía una alegría de niña, y estaba vibrante aún por aquella tarde pasada fuera de casa. El cura la hizo repetir algunos detalles, y prometió ir a casa del señor Delangre, aunque hubiera preferido completamente en sombras.

—Ha hecho usted mal en nombrarme en seguida—le dijo rudamente al verla tan emocionada, tan abandonada ante él.—Es usted lo mismo que las demás mujeres. Las mejores causas se estropean en sus manos.

Marta le miró, sorprendida de aquella salida brutal, retrocediendo, experimentando la sensación de espanto que sentía a veces frente a su sotana. Parecíale que unas manos de hierro se posaban sobre sus hombros y la doblaban. Para todo sacerdote la mujer es el enemigo. Cuando la vió rebeldada ante aquella corrección demasiado severa, el cura se dulcificó, murmurando:

—No pienso más que en el triunfo de su proyecto... Temo comprometerlo si figuro en él. Ya sabe usted que en la ciudad no me quieren gran cosa.

Marta, al ver su humildad, le aseguró que se engañaba, que todas aquellas señoras habían hablado de él en los mejores términos. Sabíase que mantenía a su madre, que llevaba vida retirada, digna de todo encomio. Después, hasta las once, hablaron del gran proyecto, recapacitando los menores detalles. Fué una velada encantadora.

Mouret había cogido algunas palabras entre dos jugadas.

—De modo—dijo al ir a acostarse,—que entre los dos suprimís el vicio. Es encantador.

Tres días más tarde, estaba formada la junta de damas patrocinadoras. Nombrada Marta presidenta por aquellas señoras, se apresuró, por recomendación de su madre, a quien se consultaba en secreto, nombrar tesorera a madame Paloque. Ambas trabajaban de firme, redactando circulares, ocupándose en mil detalles interiores. Entre tanto, madame Condamin iba de la subprefectura al Obispado, y del Obispado a casas de personajes influyentes, explicando con su buena gracia "el feliz proyecto que había concebido", exhibiendo deliciosos trajes y recogiendo limosnas y promesas de apoyo; por su parte, madame Rastoil, devotamente, contaba a los curas a quienes recibía los martes, cómo se le había ocurrido salvar del vicio a tantas niñas desgraciadas, contentándose con encargar al Padre Bourrette, que diera pasos para obtener que las hermanas de San José quisieran servir el proyectado establecimiento; en tanto que madame Delangre hacía, al pequeño mundo de funcionarios, la confidencia de que la ciudad debería el establecimiento a su marido, a cuya intervención debía ya la junta una sala del Ayuntamiento, en la cual se reunía y celebraba las sesiones. Plassans estaba conmovido por aquel piadoso bullicio. Pronto no se habló de otra cosa que de la obra de la Virgen. Entonces hubo un estallido de elogios; los íntimos de cada patrocinadora intervinieron y cada círculo trabajaba por el buen éxito de la empresa. En una semana se cubrieron unas listas de suscripción, que corrieron por los tres barrios. Como la *Gaceta de Plassans* publicaba las listas con las cifras de las entregas, se despertó el amor propio, y las familias más notables rivalizaron mutuamente en generosidad.

Entre tanto, en medio del bullicio, se oía a menudo el nombre del Padre Faujas. Por más que cada dama patrocinadora reclamaba para sí el primer pensamiento, se creía saber que el cura se había traído la famosa idea de Besançon. El señor Delangre, lo declaró abiertamente en el Consejo Municipal, en la sesión en que fué votada la compra del inmueble designado por el arquitecto de la diócesis como magnífico para la instalación de la obra de la Virgen. El día antes, el alcalde había tenido una larga entrevista con el cura, y se habían separado cambiando mil apretones de manos. El secretario de la alcaldía les había oído tratarse de "querido señor". Esto operó una revolución en favor del cura. Desde entonces, tuvo partidarios que le defendieron contra los ataques de sus enemigos.

Por otra parte, los Mouret se habían convertido en la honorabilidad del Padre Faujas. Patrocinado por Marta, designado como promotor de una buena obra cuya paternidad rechazaba modestamente, ya no tenía, en las calles, el humilde andar que le hacía ir rasando con las paredes. Ostentaba al sol su sotana nueva, y andaba por medio del arroyo. Desde la calle de Balande hasta San Saturnino tenía que contestar ya a infinidad de saludos. Un domingo, madame de Condamin le había detenido al salir de vísperas, en la plaza del Obispado, y había estado hablando con él media hora larga.

—Bueno, señor cura—le decía Mouret.—Ya le tenemos a usted en olor de santidad. ¡Y pensar que era yo el único que le defendía, hace seis meses! Sin embargo, yo que usted desconfiaría... Aun tiene usted en contra al Obispado.

El cura se encogía ligeramente de hombros. No ignoraba que la hostilidad que hallaba aún provenía del clero. El Padre Fénil tenía a Monseñor tembloroso bajo la rudeza de su voluntad. Hacia fines de mayo, cuando el gran vicario se fué a hacer un viajecito, el Padre Faujas pareció aprovecharse de su ausencia para hacer varias visitas al obispo. El Padre Surin, el secretario particular, contaba que "aquel demonio de hombre" permanecía encerrado durante horas enteras con Monseñor, y que éste estaba de un humor atroz después de las largas entrevistas. Cuando volvió el Padre Fénil, el Padre Faujas cesó en sus visitas, eclipsándose de nuevo ante él. Pero el obispo siguió inquieto; fué evidente que había ocurrido alguna catástrofe en su bienestar de prelado indiferente. En una comida que dió a su clerecía, estuvo singularmente amable con el Padre Faujas, quien sin embargo seguía siendo nada más que un humilde vicario de San Saturnino. Los delgados labios del Padre Fénil se fruncían más; sus penitentes le ocasionaban reprimida cólera cuando le preguntaban cortésmente por su salud.

Entonces el Padre Faujas entró en plena serenidad. Continuaba su vida severa, pero adquiría una soltura amable. Un martes por la noche fué cuando triunfó definitivamente. Estaba en su casa, asomado a una ventana, gozando de las primeras tibiezas de la primavera, cuando la sociedad del señor Póqueur des Saulaies bajó al jardín y le saludó de lejos; allí estaba madame Condamin, que llevó su familiaridad hasta agitar su pañuelo. Pero en el mismo momento, al otro lado, la tertulia del señor Rastoil se sentaba ante la cascada, en rústicas sillas. El señor Delangre, apoyado en la terraza de la subprefectura, espiaba lo que su-

cedía en casa del juez, por encima del jardín de los Mouret, gracias al declive de los terrenos.

—Ya verán ustedes como ni siquiera se dignarán verle—dijo entre dientes.

Se equivocaba. El Padre Fénil, volviendo la cabeza como por casualidad, se quitó el sombrero. Entonces todos los curas que allí se hallaban hicieron otro tanto, y el Padre Faujas devolvió el saludo. Luego, después de haber pasado lentamente su mirada, a diestra y siniestra, sobre las dos tertulias, dejó la ventana, y echó las blancas cortinas de discreción religiosa.

IX

El mes de Abril fué muy agradable. Por la noche, después de comer, los niños salían del comedor para ir a jugar al jardín. Como en la estrecha pieza se ahogaban, Marta y el cura acabaron también por bajar a la terraza. Sentábanse a algunos pasos de la ventana, abierta de par en par, fuera del crudo rayo con que rayaba la lámpara los grandes bojes. Allí, al caer la noche, hablaban de los mil cuidados de la obra de la Virgen. Esta continua preocupación de caridad ponía en sus conversaciones una dulzura más. Frente a ellos, entre los enormes perales del señor Rastoil y los castaños negros de la subprefectura, se veía un gran pedazo de cielo. Los niños corrían bajo las glorietas, al otro extremo del jardín; y entre tanto, cortas disputas en el comedor, levantaban las voces de Mouret y de madame Faujas, que se habían quedado solos, encarnizándose en el juego.

Y a veces Marta, enternecida, invadida por una languidez que casi hacía morir las palabras en sus labios, se detenía, al ver la estela de oro de alguna estrella fugaz. Sonreía, con la cabeza algo caída hacia atrás, y mirando al cielo.

cedía en casa del juez, por encima del jardín de los Mouret, gracias al declive de los terrenos.

—Ya verán ustedes como ni siquiera se dignarán verle—dijo entre dientes.

Se equivocaba. El Padre Fénil, volviendo la cabeza como por casualidad, se quitó el sombrero. Entonces todos los curas que allí se hallaban hicieron otro tanto, y el Padre Faujas devolvió el saludo. Luego, después de haber pasado lentamente su mirada, a diestra y siniestra, sobre las dos tertulias, dejó la ventana, y echó las blancas cortinas de discreción religiosa.

IX

El mes de Abril fué muy agradable. Por la noche, después de comer, los niños salían del comedor para ir a jugar al jardín. Como en la estrecha pieza se ahogaban, Marta y el cura acabaron también por bajar a la terraza. Sentábanse a algunos pasos de la ventana, abierta de par en par, fuera del crudo rayo con que rayaba la lámpara los grandes bojes. Allí, al caer la noche, hablaban de los mil cuidados de la obra de la Virgen. Esta continua preocupación de caridad ponía en sus conversaciones una dulzura más. Frente a ellos, entre los enormes perales del señor Rastoil y los castaños negros de la subprefectura, se veía un gran pedazo de cielo. Los niños corrían bajo las glorietas, al otro extremo del jardín; y entre tanto, cortas disputas en el comedor, levantaban las voces de Mouret y de madame Faujas, que se habían quedado solos, encarnizándose en el juego.

Y a veces Marta, enternecida, invadida por una languidez que casi hacía morir las palabras en sus labios, se detenía, al ver la estela de oro de alguna estrella fugaz. Sonreía, con la cabeza algo caída hacia atrás, y mirando al cielo.

—Otra alma del purgatorio que entra en el paraíso—musitaba.

Después, al ver que el cura se quedaba silencioso, añadía:

—Son creencias encantadoras, esas ingenuidades... Debería una ser niña siempre, señor cura.

A la sazón, por la noche, no repasaba ya la ropa blanca. Hubiera sido preciso encender una lámpara en la terraza, y Marta prefería aquella sombra, aquella noche tibia, en el fondo de la cual se hallaba muy bien. Además, salía casi a diario, lo cual la fatigaba mucho. Después de comer, ni siquiera tenía valor de tomar una aguja. Fué preciso que Rosa se dedicara a repasar la ropa, porque Mouret se quejó de que estaban rotos sus calcetines.

Marta estaba verdaderamente muy ocupada. Además de las sesiones de la junta, que presidía, tenía infinidad de cuidados, las visitas, las inspecciones. A madame Paloque encargaba la escritura y los cuidados menudos; pero sentía tal fiebre por ver funcionar por fin la obra, que iba al arrabal tres veces por semana, para cerciorarse del celo de los obreros. Como siempre le parecía que las cosas iban con lentitud, corría a San Saturnino en busca del arquitecto, riñéndole, suplicándole que no abandonara a sus hombres, hasta celosa de los trabajos que allí ejecutaba, y pareciéndole que la reparación de la capilla avanzaba mucho más deprisa. El señor Lieutaud sonreía, afirmándola que todo estaría listo en la época convenida.

El Padre Faujas declaraba también que nada iba bien. Impulsábala a no dejar un minuto de descanso al arquitecto. Entonces, Marta acabó por ir todos los días a San Saturnino. Entraba allí

con la cabeza llena de cifras, preocupada por las paredes que había que derribar y reconstruir. El frío de la iglesia la calmaba un tanto. Tomaba agua bendita y se persignaba maquinalmente, para hacer como todo el mundo. Entre tanto, los peñeros acabaron por conocerla y la saludaban; ella misma se familiarizaba en las diferentes capillas, con la sacristía, a donde iba dos veces en busca del Padre Faujas, con los grandes corredores, con los patinillos del claustro que le hacían atravesar. Al cabo de un mes, no tenía San Saturnino ni un rincón que ella ignorase. A veces le era preciso esperar al arquitecto; se sentaba en una capilla separada, descansando de su caminata demasiado rápida, repasando en su memoria las mil recomendaciones que pensaba hacer al señor Lieutaud; después, aquel gran silencio tembloroso que la rodeaba, aquella sombra religiosa de los ventanales, la sumían en una especie de ensueño vago y dulcísimo. Empezaba a amar las altas bóvedas, la solemne desnudez de las paredes, los altares adornados con sus paños, las sillas colocadas ordenadamente en hilera. En cuanto la forrada puerta volvía a cerrarse blandamente tras ella, era una sensación de reposo supremo, de olvido de las incomodidades del mundo, de anonadamiento de todo su ser en la paz de la tierra.

—En San Saturnino sí que se está bien!—se dejó decir una noche ante su marido, después de un cálido día de tormenta.

—¿Quieres que vayamos a dormir allí?—dijo Mouret riendo.

Marta se sintió ofendida. Aquella idea del bien-estar puramente físico que experimentaba en la iglesia, la hirió como cosa inconveniente. No fué

ya a San Saturnino sin ligera turbación, esforzándose por permanecer indiferente, por entrar allí lo mismo que entraba en las grandes salas de la alcaldía, y a su pesar, sentíase sacudida por un escalofrío hasta las entrañas. Sufría, y volvía con gusto a su sufrimiento.

El Padre Faujas parecía no percatarse del lento despertar que la animaba cada día más. Seguía siendo para ella, un hombre atareado, complaciente, que dejaba el cielo a un lado. Nunca se veía en él al cura. No obstante, Marta le distraía de algún entierro. El Padre se llegaba a ella de sobrepelliz, le hablaba un instante entre dos pilares, llevando consigo un vago olor a incienso y a cera. A veces era para hablarle de la cuenta de un albañil o de un carpintero. El le indicaba cifras concretas, y se iba a acompañar al muerto, en tanto que Marta permanecía allí, distrayéndose en la vacía nave, en la que el perrero apagaba los cirios. Cuando el padre Faujas, atravesando la iglesia con ella, se inclinaba ante el altar mayor, Marta había adquirido la costumbre de inclinarse con él, al pronto sólo por el buen parecer; después, el saludo se había convertido en maquinal, y saludaba aun estando sola. Hasta entonces, esta reverencia era su única devoción. Dos o tres veces fué, sin saberlo, en día de gran ceremonia; pero al oír el ruido de los órganos, al ver la iglesia llena, había huido, asaltada de miedo sin atreverse a cruzar la puerta.

—¿Y qué?—le preguntaba a veces Mouret con su risita.—¿Cuándo haces tu primera comunión?

Y continuaba pinchándola con sus burlas. Marta no respondía nunca; clavaba en él los ojos fijamente, y en ellos se encendía una corta llama

cuando su marido abusaba. Poco a poco, Mouret se puso más amargo y no tuvo valor para burlarse. Después, al cabo de un mes, se incomodó.

—¿Está bien eso de meterse con la clerigalla?—gruñía los días en que no tenía preparada la comida.—Ahora estás siempre en la calle, y no se te puede ver una hora en casa... A mí me importaría poco si no anduviese aquí todo manga por hombro. Pero ya no tengo ropa zurcida, la mesa no está puesta a las siete, no se puede hacer carrera con Rosa y todo anda como Dios quiere.

Recogía un trapo que estaba por medio, guardaba una botella de vino olvidada, limpiaba con los dedos el polvo de los muebles, azuzando más y más su propia cólera, y gritaba:

—¡No me queda más que coger una escoba y ponerme un delantal! ¡Y serías capaz de tolerarlo, como si lo viera! ¡Me dejarías arreglar la casa sin siquiera fijarte! ¿Sabes que esta mañana he pasado dos horas arreglando la alacena? No, hija mía, esto no puede seguir así.

Otras veces, estallaba la riña a causa de los niños. Mouret, al entrar, había encontrado a Desseada "como un cerdo", sola en el jardín, boca abajo delante de un hormiguero, para ver lo que hacían en la tierra las hormigas.

—¡Es una dicha que no duermas fuera de casa!—gritaba a su mujer en cuanto la veía.—Ven a ver a tu hija. No he querido que se cambiara el vestido, para que goces de tan lindo espectáculo.

La niña lloraba como una Magdalena, mientras su padre la zarandaba en todos sentidos.

—¿Está bonita, verdad?... Así se ponen los niños cuando se les deja solos. No es culpa de la pobre inocente. Antes no te querías separar de

ella cinco minutos, porque todo lo destrozaba... Sí, lo destrozará todo, lo quemará y hará muy bien.

Después, cuando Rosa se había llevado a Deseada, continuaba Mouret durante horas y horas:

—Ahora vives por los niños ajenos... Ya no puedes cuidar de los tuyos... Se explica. ¡Ah! ¡Qué tonta eres! Descrísmarte por un hatajo de puercas que se burlan de ti, que van a citas a todos los rincones de los baluartes! ¡Ve una noche a pasearte por el lado del Mail, y verás con las faldas sobre la cabeza a esas bigardonas que quieres poner bajo la protección de la Virgen!

Tomaba aliento y proseguía:

—Por lo menos, vela por Deseada, antes de ir a recoger muchachas del arroyo... Lleva en el traje agujeros como el puño. Un día la encontraremos en el jardín con algún miembro roto... No te hablo de Octavio ni de Sergio, aunque quisiera que estuvieses en casa cuando vuelven del colegio. Tienen ocurrencias diabólicas. Ayer rompieron dos ladrillos de la terraza tirando petardos... Ya te digo que si no estás aquí, cualquier día nos encontraremos la casa por el suelo.

Marta se excusaba con pocas palabras. Había tenido que salir. Mouret, con su buen sentido burlón, estaba en lo cierto; la casa marchaba mal. Aquel rincón tranquilo, en donde tan dichosamente se ponía el sol, se tornaba chillón, abandonado, lleno de la desbandada de los niños, del mal humor del padre, de los diferentes cansancios de la madre. En la mesa, de noche, todo el mundo comía mal y se quejaba. Rosa hacía lo que le daba la gana. Además, la cocinera daba la razón a la señora,

Las cosas llegaron a tal punto que Mouret, un día en que se encontró a su suegra, se quejó amargamente de Marta, aunque sabía el gusto que daba a la vieja señora al contarle los disgustos de su casa.

—Me asombra usted—dijo Felicidad sonriendo.

—Marta parecía temerle a usted; yo la encontraba hasta demasiado amable, demasiado obediente. La mujer no debe temblar ante su marido.

—Sí—relató Mouret desesperado.—Por evitar una disputa se habría metido bajo tierra. Una mirada bastaba; hacía lo que yo quería... Y ahora, ni por asomo; ya puedo gritar, que hace lo que se le antoja. No contesta, es verdad, no me lleva la contra, pero ya llegaremos.

Felicidad respondía hipócritamente:

—Si quiere usted, yo hablaré a Marta. Sólo que esto podría ofenderla. Esas cosas deben quedar entre marido y mujer... Yo no me apuro. Ya sabrán ustedes recobrar esa paz de que estaba usted tan orgulloso.

Mouret movía la cabeza, clavando los ojos en el suelo. Y repuso:

—No, no, yo me conozco; grito, pero no consigo nada. En el fondo, soy débil como un niño... Es un error creer que he tratado a mi mujer a la baqueta. Si ha hecho a menudo lo que yo quería, es porque le tenía sin cuidado, porque lo mismo le daba hacer una cosa que otra. Con su aire de humildad, es testarudísima... Pero en fin, yo trataré de cambiarla.

Después, levantando la cabeza:

—Mejor hubiera sido no hablar a usted de esto; no se lo diga usted a nadie, ¿verdad?

Al día siguiente, cuando fué Marta a ver a su madre, ésta aparentó tiesura al decirle:

—Haces mal, hija mía, en ponerte mal con tu marido... Le vi ayer y está exasperado. Ya sé que tiene cosas ridículas, pero esa no es razón para que abandones tu casa.

Marta miró fijamente a su madre.

—¡Ah! ¡Se queja de mí!—dijo con voz breve.

—Por lo menos debería callarse; yo no me quejo de él.

Y habló de otras cosas; pero madame Rougon volvió a hablar de su marido, al preguntarle por el Padre Faujas.

—Oye una cosa. Quizá Mouret no quiere al cura, y te riñe por causa de él.

Marta se quedó sorprendidísima.

—¡Qué ocurrencia!—murmuró.—¿Por qué supone usted que mi marido no quiere al Padre Faujas? Por lo menos, nunca me ha dicho nada que me haga suponer semejante cosa. A usted no se lo ha dicho tampoco, ¿verdad? No; se equivoca usted. Si la madre no bajase a jugar con él, iría él por ellos arriba.

En efecto, Mouret no abría la boca con respecto al Padre Faujas. A veces le daba bromas un tanto pesadas. Le mezclaba en las burlas con que torturaba a su esposa, por causa de la religión. Pero nada más.

Una mañana gritó a Marta, mientras se afeitaba:

—Oye, hija mía; si alguna vez vas a confesarte, toma al padrecito por director. Siquiera que tus pecados se queden en casa.

El Padre Faujas confesaba los martes y los viernes. En dichos días, Marta procuraba no ir a San Saturnino, diciendo que no quería molestarle; pero más que a esto, obedecía a aquella es-

pecie de asustado pudor que la cohibía, cuando encontraba al cura en sobrepelliz, llevando en la muselina de ésta los olores discretos de la sacristía. Un viernes, fué con madame de Condamin a ver cómo estaban los trabajos de la obra de la Virgen. Los obreros estaban terminando la fachada. Madame de Condamin se quejó, encontrando el decorado mezquino, sin carácter; hubiera sido preciso hacer dos esbeltas columnas con una ojiva, algo joven y religioso a la vez, una obra de arquitectura que hiciese honor a la junta de damas patrocinadoras. Marta, vacilante, convencida poco a poco, acabó por confesar que efectivamente aquello sería muy pobre. Después, impulsaba por la otra, prometió aquel mismo día hablar con el señor Lieutaud. Para cumplir su palabra, antes de volver a su casa, pasó por la catedral. Eran las cuatro y el arquitecto acababa de marcharse. Cuando preguntó por el Padre Faujas, le respondió un sacristán que estaba confesando en la capilla de Santa Aurelia. Sólo entonces se acordó Marta del día que era, y murmuró que no podía esperar. Pero al retirarse, cuando pasó por delante de la capilla de Santa Aurelia, pensó que el Padre la habría visto tal vez. La verdad era que se sentía asaltada por una debilidad singular. Sentóse fuera de la capilla, al lado de la reja, y permaneció allí.

El cielo estaba gris, y la iglesia se llenaba de un lento crepúsculo. En las naves laterales, negras ya, relucían la estrella de una mariposa, el dorado pie de un candelabro, el manto de plata de una Virgen; y, enfilando la gran nave, un pálido rayo se movía sobre la pulimentada encina de los bancos y de las sillas del coro. Nunca hasta entonces había experimentado allí Marta tan gran-

de abandono de sí misma; las piernas le parecían como destrozadas; tenía tan pesadas las manos, que las juntaba sobre las rodillas, para no tomarse el trabajo de sostenerlas. Se dejaba deslizar a un sueño, en el cual continuaba viendo y oyendo, pero de un modo dulcísimo. Los leves ruidos que repercutían en la bóveda, la caída de una silla, el lento paso de una devota, la entretenían, adquirían una sonoridad musical que la extasiaba hasta el alma; en tanto que los últimos reflejos del día, las sombras que subían a lo largo de los pilares como cubiertas de sarga, tomaban para ella delicadezas de tornasolada seda, un desvanecimiento exquisito que la invadía, y en el fondo del cual sentía que se fundía y expiraba su ser entero. Después, todo se apagó en torno de ella. Y fué completamente feliz en algo de inefable e inominado.

El ruido de una voz la sacó de aquel éxtasis.

—Lo siento mucho—decía el Padre Faujas.—La he visto a usted, pero no podía abandonar...

Entonces Marta pareció despertarse sobresaltada. Le miró. El cura estaba de sobrepelliz, en pie en el moribundo día. La última penitente acaba de irse, y la iglesia vacía se hundía más solemne.

—¿Tenía usted que hablarme?—preguntó.

Marta hizo un esfuerzo tratando de recordar.

—Sí—murmuró.—No sé ya... ¡Ah! Es que a madame de Condamin le parece mezquina la fachada. Dice que harían falta dos columnas, en vez de esa puerta vulgar que no dice nada. Haría que poner una ojiva con ventanales. Sería muy bonito. ¿Comprende usted, verdad?

El la contemplaba gravemente, con las manos enlazadas sobre la sobrepelliz, dominándola, ba-

jando hacia ella su rostro serio; y ella, sentada aún, sin fuerzas para ponerse en pie, balbuceaba más, como sorprendida en un sueño de su voluntad que no podía sacudir.

—Sería un nuevo gasto, es verdad... Podríamos contentarnos con unas columnas de piedra blanda, con una sencilla moldura... Si usted quiere, hablaremos al maestro de obras, que nos dirá precios. Sólo que convendría arreglar antes su última cuenta. Son dos mil y pico de francos, según creo. Tenemos fondos, me lo ha dicho esta mañana madame Paloque... Todo puede arreglarse, señor cura.

Había bajado la cabeza, como oprimida por la mirada que sobre sí sentía. Cuando la levantó y halló los ojos del Padre, juntó las manos con el ademán de un niño que pide perdón, y prorrumpió en sollozos. El cura la dejó llorar, aun en pie, y silencioso. Entonces Marta cayó de hinojos ante él, llorando entre las cerradas manos, con las cuales se cubría el rostro.

—Levántese usted, se lo ruego—dijo dulcemente el Padre Faujas.—Ya se arrodillará usted ante Dios.

La ayudó a levantarse y se sentó a su lado. Después, en voz baja, hablaron largamente. La noche había cerrado por completo, y las mariposas esmaltaban con sus puntos de oro las negras profundidades de la iglesia. Sólo el murmullo de sus voces ponían un estremecimiento ante la capilla de Santa Aurelia. Se oía fluir largamente la abundante palabra del sacerdote, sin detenerse, después de cada respuesta débil y entrecortada de Marta. Cuando por fin se levantaron, el Padre pareció negar una gracia que ella le pedía encarecidamente, y la llevó hacia la puerta, elevando la voz:

—No; no puedo, se lo aseguro—dijo.—Es preferible que tome usted al Padre Bourrette.

—Yo necesito los consejos de usted—murmuraba Marta suplicante. Me parece que con usted todo me sería más fácil.

—Se engaña usted—repuso él con voz más ruda.—Por el contrario, temo que mi dirección le fuera a usted perjudicial al principio. El Padre Bourrette es el sacerdote que usted necesita, créame... Más tarde quizá le dé otra respuesta.

Marta obedeció. Al día siguiente, las devotas de San Saturnino se quedaron en extremo sorprendidas al ver a madame Mouret arrodillada ante el confesionario del Padre Bourrette. Dos días después no se hablaba en Plassans más que de aquella conversión. El nombre del Padre Faujas fué pronunciado con maliciosas sonrisas por algunas personas; pero, en resumen, la impresión fué excelente, y en beneficio del cura. Madame Rastoil felicitó a madame Mouret en plena junta; madame Delangre quiso ver en ello una primera bendición de Dios, que recompensaba a las damas patrocinadoras por su buena obra, tocando el corazón de la única de ellas que no practicaba; y madame de Condamin dijo a Marta cogiéndola aparte:

—Amiga mía ha hecho usted muy bien; eso es necesario para una mujer. Además, la verdad es que en cuanto una sale un poco, hay que ir a la iglesia.

Sólo se asombraron de la elección del Padre Bourrette. El digno señor no confesaba casi más que a las niñas. Aquellas señoras le hallaban "tan poco divertido"... En el jueves de los Rougon, antes de que llegara Marta, se habló en un rincón

del salón verde, y madame Paloque fué la que, con su lengua de víbora, dió con la frase definitiva de aquella chismografía.

Cuando llegó Marta aquella noche, su madre le salió al encuentro, besándola con cierta afectación delante de la gente. Ella también se había reconciliado con Dios, al día siguiente del golpe de Estado. Parecióle que el Padre Faujas podía aventurarse a entrar ya en el salón verde; pero el cura se excusó, hablando de sus ocupaciones, de su amor a la soledad. Madame Rougon creyó comprender que estaba preparando una entrada triunfal para el siguiente invierno. Por otro lado, los triunfos del cura crecían. En los primeros meses no había tenido por penitentes más que las devotas del mercado de hierbas que hay detrás de la catedral, vendedoras de verdura, cuyo "patois" oía tranquilamente, sin comprenderlo siempre, en tanto que ya, y sobre todo desde el ruido ocasionado por la obra de la Virgen, veía, los martes y los viernes, todo un círculo de señoras en traje de seda arrodilladas alrededor de su confesionario. Cuando Marta hubo contado ingenuamente que el Padre no la había querido, madame de Condamin dió un golpe; abandonó a su director, el primer vicario de San Saturnino, a quien desesperó tal abandono, y se pasó ruidosamente al Padre Faujas. Tal campanada aseguró a éste definitivamente en la buena sociedad de Plassans.

Cuando Mouret supo que su mujer se confesaba, dijo sencillamente:

—¿Con que haces algo malo ahora, que necesitas contar tus cosas a una sotana?

Por otra parte, en medio de toda aquella agita-

ción piadosa, Mouret pareció aislarse, encerrarse más en sus costumbres, en su estrecha vida. Su mujer le había reprochado que se hubiese quejado de ella.

—Tienes razón, hice mal—había respondido.—No hay que dar gusto a los demás contando los pesares de uno... Te prometo que no daré otra vez a tu madre ese placer. He reflexionado. Ya puede caérseme la casa sobre la cabeza, que no volveré a lloriquear delante de nadie.

Y desde entonces, en efecto, había tenido respeto a su matrimonio, no disputando con su mujer delante de nadie, y diciéndose como antes el más feliz de todos los hombres. Este esfuerzo de buen sentido le costó poco, pues entraba en el cálculo constante de su bienestar. Hasta exageró su papel de burgués metódico, satisfecho de vivir. Marta no comprendía sus impacencias más que por sus pataditas más vivas. Mouret la respetaba durante semanas enteras, asietando a Rosa y a sus hijos con sus burlas, riéndoles desde por la mañana hasta por la noche, por los menores pecadillos. Si ofendía a Marta, era casi siempre con maldades que sólo ella podía comprender.

No era más que económico y se volvió avaro.

—Es una locura—gruñía,—gastar el dinero como lo hacemos. Apuesto a que todo se lo das a tus desarrapadas. Bastante haces con perder el tiempo... Oye, hija mía, te daré cien francos mensuales para la comida. Si quieres absolutamente dar limosnas a quienes no la merecen, sacarás el dinero de tu vestir.

Y se mantuvo en sus trece; al mes siguiente, negó unas botinas a Marta, con pretexto de que le

desnivelarían las cuentas y de que ya se lo había prevenido. No obstante, una noche su mujer le encontró llorando amargamente en la alcoba; toda su bondad se conmovió; le abrazó y le suplicó que le contase su pena. Pero él se desasíó brutalmente, diciendo que no lloraba, que tenía jaqueca y que por eso tenía los ojos encendidos.

—¿Crees—gritó,—que soy tan tonto como tú para llorar?

Marta se sintió herida. Al día siguiente, fingió él una gran alegría. Algunos días después, al acabar de comer, cuando había bajado el Padre Faujas y su madre, se negó a jugar la partida de tute. No tenía la cabeza para juegos, dijo. En los siguientes días, echó otros pretextos, de manera que las partidas cesaron. Todos bajaban a la terraza, y Mouret se sentaba frente a su mujer y al cura, hablando, buscando ocasiones de tomar la palabra, que conservaba el mayor tiempo posible; en tanto que madame Faujas, a algunos pasos de distancia, se mantenía en la sombra, muda, inmóvil, con las manos sobre las rodillas, semejante a una de esas figuras legendarias que guardan un tesoro con la fidelidad de una perra agachada.

—¿Qué hermosa noche, verdad?—decía Mouret cada día.—Se está mejor aquí que en el comedor. Hacían ustedes bien en venir a tomar el fresco... ¡Miren, una estrella fugaz! ¿Ha visto usted, señor cura? Me han dicho que eso es que San Pedro enciende la pipa allá arriba.

Se reía. Marta permanecía grave, molesta por las burlas con que Mouret estropeaba el ancho cielo que se extendía ante ella, entre los perales del señor Rastoil y los castaños de la subprefectura. A veces Mouret fingía ignorar que su mujer

practicaba ya; cogía aparte al cura, y le decía que contaba con él para lograr la salvación de toda la casa. Otras veces, no comenzaba una frase sin decir con tono de buen humor: "Ahora que mi mujer se confiesa..."; después, cuando estaba cansado de este eterno asunto, escuchaba lo que se decía en los jardines contiguos; reconocía las voces que se oían en ellos, llevadas por el tranquilo aire de la noche, en tanto que a lo lejos se extinguían los últimos ruidos de Plassans.

—Esas—murmuraba prestando oído hacia el lado de la subprefectura,—son las voces del señor de Condamín y del doctor Porquier. Deben de burlarse de los Paloque... ¿Han oído ustedes el falsete del señor Delangre, que ha dicho: "Señora, deberían ustedes entrar, que el aire se pone fresco"?

Y se volvía hacia el lado del jardín de los Rastoil.

—No hay nadie—continuaba.—No oigo nada... ¡Ah, sí! Las pavisosas de las niñas están delante de la cascada. Parece que la mayor masca piedras al hablar. Todas las noches están un hora larga diciendo sandeces. Y sin embargo, si se confían las declaraciones que les hayan hecho, pronto acabarán... ¡Ah! Ahí están todos. El Padre Surin, que tiene voz de flauta y el Padre Fénil, que podría servir de carraca el viernes santo. En ese jardín se amontonan a veces veinte personas sin mover ni un solo dedo. Creo que se ponen ahí para escuchar lo que decimos.

A toda esta charla, el Padre Faujas y María respondían con frases cortas cuando directamente les preguntaba. Ordinariamente, levantando el rostro, perdida la vista, estaban juntos en otra

parte, más lejos, más arriba. Una noche, Mouret se durmió. Entonces, lentamente, se pusieron a hablar; bajaban la voz, aproximando las cabezas. Y a algunos pasos de ellos, madame Faujas, con las manos sobre las rodillas, ensanchadas las orejas, abiertos los ojos, sin oír, sin ver, parecía custodiarles.

X

Pasó el verano. El Padre Faujas no parecía apurarse por obtener los beneficios de su naciente popularidad. Continuó encerrándose en casa de los Mouret, feliz en la soledad del jardín, donde había acabado por bajar hasta de día. Lefía su breviario en la glorieta del fondo, paseando lentamente, con la cabeza baja, a lo largo de la tapia. A veces cerraba el libro y acertaba más aún el paso, como absorto en meditación profunda; y Mouret, que le espiaba, acababa por sentir sorda impaciencia al ver horas enteras aquella figura negra que iba y venía por detrás de sus árboles frutales.

—Ya no está uno en su casa—murmuraba.— Ahora no puedo ya levantar los ojos sin ver esa sotana... Ese tío es como los cuervos; tiene unos ojos que parecen acechar y esperar algo. No me fio de sus alardes de desinterés.

Hasta los primeros días de Septiembre no estuvo listo el local de la obra de la Virgen. En provincias se eternizan los trabajos. Hay que decir

que las damas patrocinadoras, por dos veces, habían trastornado los planos del señor Lieutaud con ideas de ellas. Cuando la junta tomó posesión del establecimiento, recompensó al arquitecto su complacencia con los más amables elogios. Todo les pareció muy bien; grandes salas, excelentes dependencias, patio plantado de árboles y adornado con dos fuentes. Madame de Condamin quedó encantada de la fachada, una de sus ideas. Encima de la puerta, en una placa de mármol negro, se veían grabadas en letras de oro las palabras "Obra de la Virgen".

La inauguración dió lugar a una fiesta muy conmovedora. El obispo en persona, con el cabildo, fué a instalar a las Hermanas de San José, autorizadas para cuidar el establecimiento. Habíanse reunido unas cincuenta muchachas de ocho a quince años, recogidas en las calles del barrio viejo. Los padres, para que fuesen admitidas, sólo habían tenido que declarar que sus ocupaciones les obligaban a ausentarse de su casa durante todo el día. El señor Delangre pronunció un discurso muy aplaudido; explicó largamente, en estilo noble, aquel asilo de nueva clase; le llamó "escuela de las buenas costumbres y del trabajo, en donde criaturas jóvenes e interesantes, se librarían de malas tentaciones". Mucho se observó, al final del discurso, una delicada alusión al verdadero autor de la obra, al Padre Faujas. Este estaba allí, confundido con otros curas. Se quedó muy tranquilo, con el hermoso rostro grave, cuando todos los ojos se volvieron hacia él. Marta se había sonrojado, en el estrado que ocupaba, en el centro de las damas patrocinadoras.

Cuando terminó la ceremonia, quiso el obispo

visitar la casa hasta en los menores detalles. A pesar del evidente mal humor del Padre Fénil, mandó llamar al Padre Faujas, cuyos grandes ojos negros no le habían abandonado un instante, y le rogó que le acompañase, añadiendo muy alto, con una sonrisa, que no podía ciertamente escoger otro guía mejor informado. Esta frase corrió de boca en boca entre todos los asistentes, que comenzaban a retirarse. Y por la noche, en Plassans, todo el mundo comentó la actitud de Monseñor.

La junta de las damas patrocinadoras se había reservado una sala en la casa. En ella ofrecieron una colación al Obispo, que aceptó un bizcocho y dos dedos de Málaga, hallando medio de estar amable con cada una de ellas. Esto terminó felizmente la piadosa fiesta, porque antes y durante la ceremonia, había habido piques de amor propio entre aquellas damas, a quienes las delicadas alabanzas de monseñor Rousselot volvieron a poner de buen humor. Cuando se hallaron solas, declararon que todo había ido bien, y no acababan de hablar de la afabilidad del prelado. Sólo madame Paloque permaneció lívida. El Obispo la había olvidado en la distribución de cumplidos.

—Tenías razón—dijo rabiosamente a su marido al volver a casa.—He sido el perro en sus estupideces... ¡Hermosa idea la de poner juntas a esas corrompidas pilluelas! ¡Les he consagrado todo mi tiempo, y ese inocentón del Obispo, que tiembla delante de sus curas, no ha sabido siquiera darme las gracias... ¡Como si madame de Condamin hubiera hecho algo!... No se ha preocupado más que por exhibir su traje esa antigua... Sabemos a qué atenernos, ¿verdad? Acabarán por obligarnos a contar cosas que no harán mucha gracia a al-

gunos... Nosotros no tenemos nada que tapar... ¡Y madame Delangre, y madame Rastoil! Fácil sería hacerlas ruborizarse hasta lo blanco de los ojos! ¿Acaso se han movido siquiera de sus salones? ¿Acaso se han tomado la mitad del trabajo que yo? ¿Y esa madame Mouret, que parecía hacerlo todo, y que no se ocupaba más que en colgarse de la sotana de su Padre Faujas? Esa es otra hipócrita, que buenas cosas nos va a hacer ver... Pues bueno; todas han oído una frase lisonjera, y yo nada. Yo soy el perro... Pero esto no puede durar, ya verás tú. El perro acabará por morder.

A partir de aquel día, madame Paloque se mostró mucho menos complaciente. No le volvió ya las cuentas, sino cuando quería y como quería: rechazó los trabajos que le desagradaban, hasta el punto de que las damas patrocinadoras hablaron de tomar un empleado. Marta contó estos apuros al Padre Faujas, a quien preguntó si no tendría algún buen sujeto que recomendarles.

—No busque usted a nadie—le contestó.—Quizá tenga yo alguien. Espere usted dos o tres días.

Desde hacía algún tiempo, recibía con frecuencia cartas timbradas en Besançon. Todas eran de la misma letra, una letra gruesa y fea. Rosa, que se las subía, decía que el Padre se incomodaba sólo con ver los sobres.

—Se le altera la cara—decía.—De seguro que no quiere gran cosa a la persona que tan a menudo le escribe.

La antigua curiosidad de Mouret se despertó un instante a propósito de esta correspondencia. Un día subió él mismo una de las cartas, con amable sonrisa, excusándose y diciendo que Rosa no estaba allí. El cura desconfiaba sin duda, porque

se las echó de hombre contentísimo, como si hubiese esperado la carta con impaciencia. Pero Mouret no se dejó embromar por la comedia, y se quedó en el rellano, pegando el oído a la cerradura.

—Otra vez tu hermana, ¿verdad? —decía la bronca voz de madame Faujas.—¿Por qué te persigue de ese modo?

Hubo un silencio; después, se sintió el ruido de un papel arrugado, y la voz del cura gruñó:

—¡Caramba! Siempre la misma canción. Quiere venir con nosotros y traernos a su marido para que lo coloquemos. Cree que estamos nadando en oro... Mucho me temo que se nos descuelguen aquí cualquier día.

—No, no, no les necesitamos, ¿oyes, Ovidio?—repuso la voz de la madre.—No te han querido nunca, siempre han tenido celos de tí... Trouche es un sinvergüenza y Olimpia no tiene corazón... Ya verías como todo lo querrían para ellos. Te comprometerían, descompondrían tus asuntos.

Mouret oía mal, muy emocionado por la villana acción que cometía. Creyó que tocaban la puerta y huyó. Muy bien se guardó de alabarse de aquella expedición. Algunos días más tarde, en su presencia, fué cuando el Padre Faujas, en la terraza, dió a Marta una respuesta definitiva.

—Tengo un empleado que proponer—dijo con gran tranquilidad.—Es un pariente mío, mi cuñado, que llegará de Besançon un día de estos.

Mouret aguzó el oído. Marta pareció contentísima.

—¡Ah, mejor!—exclamó.—Me apuraba mucho la elección... Ya comprende usted que, entre todas esas chicuelas, se necesita un hombre de moralidad perfecta... Pero desde el momento en que

se trata de un pariente de usted...

—Sí—repuso el cura.—Mi hermana tenía una tiendecita de lencería en Besançon, y ha tenido que liquidarla por motivos de salud; ahora desea venir a vivir con nosotros, porque los médicos le han ordenado el aire del Mediodía... Mi madre está muy contenta.

—Sin duda—fijo Marta,—no se habrían ustedes separado nunca, y se alegrarán ustedes de vivir otra vez en familia. ¿Y sabe usted lo que tienen que hacer? Arriba hay dos habitaciones de que no se sirven ustedes. ¿Por qué no han de vivir en ellas su hermana de usted y su marido? ¿No tienen hijos?

—No; no son más que ellos dos... Yo había ya pensado por un momento en darles esas dos habitaciones; sólo que he temido disgustar a ustedes, al meter a tanta gente en su casa.

—De ningún modo, se lo aseguro; ustedes son personas pacíficas...

Se detuvo. Mouret le tiraba violentamente del vestido. No quería en su casa a la familia del cura, pues recordaba de qué manera trataba madame Faujas a su hija y a su yerno.

—Los cuartos son muy pequeños—dijo a su vez.—El señor cura estaría molesto... Sería mejor para todos que la hermana del señor cura viviera al lado; precisamente hay una habitación por alquilar en casa de los Paloque, enfrente.

La conversación decayó por completo. El cura no respondió nada y miró al aire. Marta le creyó ofendido y sufrió mucho por la brutalidad de su esposo. Al cabo de un instante, no pudo soportar más aquel embarazoso silencio.

—Estamos de acuerdo—repuso, sin tratar de

reanudar más hábilmente la conversación.—Rosa ayudará a su madre de usted a limpiar los dos cuartos... Mi marido no pensaba más que en las comodidades personales de ustedes; pero ya que usted lo desea, no seremos nosotros los que le impidamos disponer de la habitación como usted quiera.

Cuando Mouret estuvo solo con su mujer, montó en cólera.

—La verdad es que no te entiendo. Cuando alquilé la casa al cura, ponías hocico y no querías dejar que en tu casa entrara ni un gato; ahora, si el Padre te trajese a toda su familia, hasta los sobrinos de sus sobrinos, le darías las gracias... Y eso que bastante te he tirado del vestido. ¿No lo has notado? Bien claro estaba que yo no quería a esa gente... No son personas honradas.

—¿Cómo puedes saberlo?—exclamó Marta, a quien irritaba la injusticia.—¿Quién te lo ha dicho?

—El mismo Padre Faujas... Sí, yo lo oí un día; hablaba con su madre.

Ella le miró fijamente. Entonces él se ruborizó un tanto, y balbuceó:

—Bueno, lo sé y basta... La hermana no tiene corazón, y el marido es un sinvergüenza. Es inútil que te las echés de reina ofendida; son palabras de ellos, y yo no invento nada. Ya puedes comprender que no quiero a esa patulea en mi casa. La vieja era la primera que no quería oír hablar de su hija. Ahora el cura dice todo lo contrario. No sé qué le ha podido hacer cambiar. Algún nuevo misterio. Debe de necesitarles.

Marta se encogió de hombros y le dejó gritar. Mouret dió orden a Rosa de que no limpiara

las habitaciones; pero Rosa no obedecía más que a la señora. Por espacio de cinco días, la cólera de Mouret se prodigó en palabras amargas, en recriminaciones terribles. Cuando el Padre Faujas estaba allí, se contentaba con poner mala cara, sin osar atacar de frente. Después, como siempre, tomó su partido. No halló más que burlas de aquellas gentes que iban a llegar. Estrechó más los cordones de su bolsa y se aisló más todavía, hundiéndose por completo en el círculo egoísta en el cual giraba. Cuando se presentaron los Trouche, una tarde de Octubre, se contentó con rezongar:

—¡Demonio! No huelen bien... ¡Y qué malas fachas!

El Padre Faujas pareció poco deseoso de que vieran a su hermana y su cuñado, el día de su llegada. La madre se había colocado en el dintel de la puerta. En cuanto les vió desembocar por la plaza de la Sub-Prefectura, estuvo en acecho, lanzando en torno miradas inquietas, al corredor y a la cocina. Pero estuvo de desgracia. Cuando entraban los Trouche, Marta, que iba a salir, subió del jardín, seguida de sus hijos.

—¡Ah! Aquí está toda la familia—dijo con complaciente sonrisa.

Madame Faujas, de ordinario tan dueña de sí misma, se aturdió ligeramente, balbuceando una palabra de respuesta. Por espacio de algunos minutos, permanecieron allí, frente a frente, examinándose en medio del vestíbulo. Mouret había subido prestamente los peldaños de la escalinata. Rosa se había plantado en la puerta de la cocina.

—Debe usted de estar muy contenta—dijo Marta dirigiéndose a madame Faujas.

Después, comprendiendo el embarazo que tenía mudos a todos, quiso mostrarse amable con los recién llegados y se volvió hacia Trouche, diciendo:

—Han llegado ustedes en el tren de las cinco, ¿verdad? ¿Y cuánto hay desde Besançon aquí?

—Diez y siete horas de ferrocarril—respondió Trouche, mostrando la desdentada boca.—En tercera le aseguro a usted que es una delicia... Se queda uno con el vientre hecho cisco...

Y se echó a reír con un ruido particular de las mandíbulas. Madame Faujas le lanzó una mirada terrible. Entonces, maquinalmente, trató Trouche de abrocharse un botón roto de su grasienta levita, acercándose a los muslos, sin duda para esconder manchas, dos sombrereras que llevaba, una verde y otra amarilla. Su rojizo cuello tenía un cloqueo continuo, bajo un girón de corbata negra retorcida, que no dejaba ver más que un pedazo de camisa sucia. Su rostro, lleno de costurones, trascendiendo a vicio, estaba como alumbrado por dos pequeños ojos negros, que rodaban sin cesar sobre las personas y sobre las cosas, con aire de codicia y de sobresalto; ojos de ladrón que estudian la casa adonde volverá por la noche, para dar un golpe.

Mouret creyó que Trouche miraba las cerraduras.

—¡Vaya unos ojos que me gasta ese tipo!—pensó.

Entre tanto, Olimpia comprendió que su marido acababa de decir una gansada. Era una mujer alta, delgada, rubia, marchita, de rostro vulgar e ingrato. Llevaba una cajita de madera blanca y un gran bulto envuelto en un pañuelo.

—Hemos traído almohadas—dijo señalando con

la vista el gran bulto.—Con almohadas no se va mal en tercera... Es lo mismo que la primera... ¡Caramba! Es una gran economía... Aunque tenga uno dinero, es inútil tirarlo por la ventana, ¿verdad, señora?

—Naturalmente—dijo Marta, algo sorprendida por aquellos personajes.

Adelantóse Olimpia a la plena luz, y entrando en conversación, con familiar acento:

—Es como con los trajes; yo, cuando viajo, me pongo lo peor que tengo. Yo dije a Honorato: “¡Bah! Muy bien que está tu levita vieja”. También lleva su pantalón de trabajo, un pantalón que está cansado de servir... Mire usted, he escogido mi traje más feo; creo que hasta agujeros tiene. Este chal era de mamá; en casa me servía para planchar... ¡Y mi sombrero! Un sombrero que no me servía ya más que para ir a la compra... Y demasiado bueno es para llenarlo de polvo, ¿verdad, señora?

—Sí, ciertamente—repitió Marta, procurando sonreír.

En aquel momento una voz irritada se dejó oír en lo alto de la escalera, lanzando esta breve exclamación:

—¡Madre!

Mouret, levantando la cabeza, vió al Padre Faujas apoyado en la baranda del segundo piso, con el rostro terrible, e inclinándose, aun a riesgo de caer, para ver mejor lo que pasaba en el vestíbulo. Había oído el ruido de las voces, y debía de estar allí, desde hacía un instante, perdiendo la paciencia.

—¡Madre!—gritó de nuevo.

—Sí, sí, ya subimos—respondió madame Fau-

jas, a quien pareció hacer temblar el furioso acento de su hijo.

Y, volviéndose hacia los Trouche:

—Vamos, hijos míos, subamos... No molestemos más a la señora.

Pero los Trouche parecieron no oír. Se encontraban bien en el vestíbulo; miraban a su alrededor con aire entusiasmado, como si les hubieran regalado la casa.

—Es muy bonito, muy bonito—murmuró Olimpia.—¿Verdad, Honorato?... Según las cartas de Ovidio, no creíamos que fuera tan bonito. Ya te lo decía yo: “Hemos de ir allí; estaremos mejor, yo me pondré buena...” ¿Tenía razón o no?

—Sí, sí, debe de estar muy bien—dijo Trouche entre dientes.—Y el jardín es bastante grande, según creo.

Después, dirigiéndose a Mouret:

—Señor mío—dijo.—¿Permite usted a sus inquilinos que se paseen por el jardín?

Mouret no tuvo tiempo de contestar. El Padre Faujas, que había bajado, gritó con tonante voz:

—¡Trouche! ¡Olimpia!

Ambos se volvieron. Cuando le vieron en pie en un peldaño, formidable de cólera, se empequeñecieron y echaron tras él, doblando el espinazo. El cura subió delante de ellos sin pronunciar palabra, y sin parecer siquiera darse cuenta de que estaban allí los Mouret, contemplando aquel extraño desfile. Madame Faujas, para arreglar las cosas, sonrió a Marta al cerrar el cortejo. Pero cuando Marta se hubo ido y Mouret se quedó solo, permaneció un instante en el vestíbulo. Arriba, en el segundo piso, las puertas se cerraban con violencia. Hubo estallido de voces, y después reinó un silencio de muerte.

—¿Los habrá metido en el calabozo?—dijo riendo.—¡Vaya una familia cochina!

Al día siguiente, Trouche, vestido decentemente, todo de negro, afeitado, con los escasos pelos peinados sobre las sienes fué presentando por el Padre Faujas a Marta y a las damas patrocinadoras. Tenía cuarenta y cinco años, su letra era muy bonita, y él decía que había llevado los libros mucho tiempo en una casa de comercio. Las damas le dieron posesión inmediatamente. Tenía que representar a la junta, cuidarse de los detalles materiales, de diez a cuatro, en un despacho que había en el primer piso de la obra de la Virgen. Su sueldo era de mil quinientos francos.

—Ya ves que está muy pacífica esa pobre gente—dijo Marta a su marido, al cabo de algunos días.

En efecto, los Trouche no hacían más ruido que los Faujas. Rosa aseguraba que dos o tres veces había oído disputas entre la madre y la hija; pero en seguida se alzaba la grave voz del cura poniéndolas en paz. Trouche, regularmente, salía a las diez menos cuarto y volvía a las cuatro y cuarto; por la noche no salía nunca. Olimpia, a veces, iba a hacer diligencias con madame Faujas; nadie la había visto aún bajar sola.

La ventana de la alcoba en que dormían los Trouche daba al jardín; era la última, a la derecha, frente a los árboles de la subprefectura. Grandes cortinas de percalina roja, adornadas con cenefas amarillas, colgaban detrás de los cristales, ostentándose en la fachada al lado de las blancas cortinas del cura. Por otra parte, la ventana estaba siempre cerrada. Una noche, estando el Pa-

dre Faujas con su madre, en la terraza, en compañía de los Mouret, se dejó oír una tosecilla involuntaria. El cura, levantando vivamente la cabeza con aire enojado, vió las sombras de Olimpia y de su marido que estaban inmóviles, de codos sobre el alféizar, y mirando hacia abajo. Permaneció un instante con los ojos levantados, cortando la conversación que sostenía con Marta. Los Trouche desaparecieron. Se oyó el ahogado chirrido de la falleba.

—Madre—dijo el cura,—deberías subir; tengo miedo de que te pongas mala.

Madame Faujas dió las buenas noches. Cuando se hubo retirado, Marta reanudó la conversación, preguntando con afectuosa voz:

—¿Está peor su hermana de usted? Hace ocho días que no la he visto.

—Tiene gran necesidad de reposo—respondió secamente el cura.

Pero Marta insistió por bondad.

—Se encierra demasiado; el aire le hará bien... Estas noches de Octubre no son aún frías... ¿Por qué no baja nunca al jardín? Aun no ha puesto los piés aquí. Ya sabe usted que el jardín está a su completa disposición.

El cura se excusó mascullando algunas palabras, en tanto que Mouret, para turbarle más aún, se ponía más amable que su mujer.

—Eso decía yo esta mañana. La hermana del señor cura podría venir a coser al sol, por la tarde, en vez de estar emparedada allá arriba. Parece que ni siquiera se atreve a salir a la ventana. ¿Acaso le damos miedo? Creo que no somos tan terribles... Lo mismo que el señor Trouche, que sube los escalones de cuatro en cuatro. Dígale us-

ted que venga, de cuando en cuando, a pasar alguna velada con nosotros. Deben de aburrirse mortalmente, tan solos en su alcoba...

El cura, aquella noche, no estaba de humor para tolerar las burlas de su casero. Le miró cara a cara, y rotundamente le dijo:

—Mil gracias, pero es poco probable que acepten. Están cansados por la noche, y se acuestan. Por otra parte, es lo mejor que pueden hacer.

—Señor mío, como gusten—respondió Mouret, picado por el brusco acento del cura.

Y cuando estuvo solo con Marta:

—¡Bueno, hombre, bueno! ¿Se habrá figurado que me va a comulgar con ruedas de molino? ¡Claro! Teme que esos pordioseros que ha recogido en su casa le jueguen alguna mala partida... Ya has visto cómo se ha puesto esta noche al verles en la ventana. Estaban allí para espiarnos. Esto acabará mal.

Marta vivía en una gran dulzura. Ya no oía las chillerías de Mouret. Los principios de la fe eran para ella un goce exquisito; se deslizaba hasta la devoción, lentamente, sin sacudidas; mecíase en ella, en ella se dormía. El Padre Faujas evitaba siempre la ocasión de hablarle de Dios; seguía siendo su amigo, y no la encantaba sino por su gravedad, por aquel vago olor a incienso que se desprendía de su sotana. Por dos o tres veces, solo con él, Marta había prorrumpido de nuevo en nerviosos sollozos, sin saber por qué, sintiendo felicidad al llorar de aquella manera. Siempre se había contentado el cura con tomarle las manos, en silencio, calmándola con su mirada tranquila, reposada. Cuando Marta quería hablarle de sus tristezas sin causa de sus secretas alegrías,

de su deseo de ser guiada, él la hacía callar sonriendo. Decía que aquello no le concernía, y que debía hablar al Padre Bourrette. Entonces Marta lo guardaba todo para sí, y se quedaba temblorosa. Y él adquiría mayor altura, poniéndose lejos de su alcance, como un dios a cuyos piés acababa ella por arrodillar su alma.

Las grandes preocupaciones de Marta eran ya las misas y los ejercicios religiosos a que asistía. Se encontraba bien en la gran nave de San Saturnino, en la que gozaba mejor aquel reposo completamente físico que buscaba. Cuando estaba allí lo olvidaba todo; era como una ventana inmensa abierta a otra vida, una vida amplia, infinita, llena de una emoción que la llenaba y le bastaba. Pero aun le daba miedo la iglesia; iba a ella con un pudor inquieto con una vergüenza que instintivamente le hacía echar una mirada atrás cuando empujaba la puerta, para ver si había alguien que la viese entrar. Después se abandonaba; todo se enternecía, hasta aquella voz gruesa del Padre Bourrette, que, después de haberla confesado, la tenía a veces arrodillada aún durante algunos minutos para hablarle de las comidas de madame Rastoil o de la última velada de madame Rougon.

Con frecuencia, Marta volvía a su casa anonadada. La religión la destrozaba. Rosa se había hecho omnipotente en la casa. Daba empujones a Mouret, le reñía porque ensuciaba demasiada ropa, le hacía comer cuando la comida estaba lista. Hasta se propuso trabajar por su salvación.

—Hace bien la señora en vivir como cristiana—le decía.—Usted se condenará, señor, y le estará a usted bien empleado, porque en el fondo no es

usted bueno; ¡no, no es usted bueno! Debería usted acompañarla a misa el domingo que viene.

Mouret se encogía de hombros. Dejaba las cosas como estaban, dedicándose él a la casa, y dando una escobada cuando el comedor le parecía demasiado sucio. Los niños le preocupaban más. Durante las vacaciones, como la madre no estaba allí casi nunca, Deseada y Octavio, a quien habían vuelto a suspender en los exámenes del bachillerato, trastornaron la casa. Sergio se puso malo, guardó cama y se pasó días enteros leyendo en su habitación. Se había convertido en el predilecto del Padre Faujas, que le dejaba libros. Mouret pasó dos meses abominables, sin saber cómo gobernar aquel pequeño mundo; en especial, Octavio, le volvía loco. No quiso esperar la vuelta del curso, y decidió que el chico no iría más al colegio, y que lo pondría en una casa de comercio de Marsella.

—Puesto que no quieres cuidar de ellos—dijo a Marta,—será menester que yo los meta en alguna parte... Yo estoy ya desesperado, y prefiero echarlos a la calle. Si te sabe mal, peor para ti. En primer lugar, Octavio está insoportable. No será bachiller en su vida. Vale más enseñarle en seguida a que se gane el pan, que verlo holgazaneando con un hatajo de granujillas... Sólo a él se ve en la ciudad.

Marta se quedó muy conmovida; se despertó como de un sueño al saber que uno de sus hijos iba a separarse de ella. Por espacio de ocho días, obtuvo que se difiriera su marcha. Se estuvo más tiempo en casa y volvió a su vida de antes. Después, languideció de nuevo; y el día en que Octavio la besó, diciéndole que por la noche partía

para Marsella, Marta se sintió sin fuerzas y se contentó con darle buenos consejos.

Mouret, cuando volvió del ferrocarril, tenía el corazón en un puño. Buscó a su mujer y la encontró en el jardín, llorando en una glorieta. Allí se desahogó.

—¡Uno menos!—gritó.—Eso debe de gustarte... Así podrás corretear a tus anchas por las iglesias... Puedes estar tranquila, que los otros dos no estarán aquí mucho tiempo. Me quedo con Sergio, porque es muy bueno, y porque me parece algo joven para ir a estudiar leyes; pero si te molesta, me lo dices, y también te libraré de él. En cuanto a Deseada, irá a casa de su nodriza.

Marta continuaba llorando en silencio.

—¿Qué quieres? No es posible estar en casa y en la calle. Tú has escogido la calle, y tus hijos no son ya nada para tí, es lógico... Además, ahora, ¿comprendes? hay que hacer sitio para toda esa gente que vive en nuestra casa. Mucha suerte será que a nosotros mismos no nos echen a la calle.

Había levantado la cabeza y miraba a las ventanas del segundo piso. Después, bajando la voz:

—No llores como una tonta; te están mirando. ¿No ves unos ojos detrás de las cortinas coloradas? Son los ojos de la hermana del cura, bien los conozco. Puedes estar segura de encontrarlos ahí todo el santo día... ¿Ves? El cura es quizás un buen hombre, pero esos Trouche... Los siento agazapados detrás de las cortinas como los lobos en acecho. Apuesto a que si el Padre no se lo impidiera, bajarían por la ventana de noche para robarme las peras... Limpíate los ojos, hija mía; convéncete de que se divierten muchísimo con nuestras disputas. Que sean ellos la causa de la

partida del niño, no es razón para demostrarles el mal que a los dos nos han hecho.

Su voz se enterneció, y estuvo a dos dedos de sollozar él también. Marta, desolada, tocada en el corazón por sus últimas palabras, iba a arrojarse en sus brazos. Pero temieron ser vistos, sintieron como un obstáculo entre ellos. Entonces se separaron; en tanto que los ojos de Olimpia relucían aún entre las dos cortinas rojas.

XI

Una mañana llegó el Padre Bourrette, con el rostro descajado. Vió a Marta en la escalinata y fué a estrechárle las manos, balbuceando:

—Ese pobre Compan se ha acabado, se muere... Voy a subir porque es preciso que vea a Faujas en seguida.

Y cuando Marta le hubo señalado al cura, que según su costumbre se paseaba en el fondo del jardín, leyendo su breviario, el Padre Bourrette corrió hacia él, tambaleándose sobre sus cortas piernas. Quiso hablar, participándole la triste noticia; pero le ahogó la pena, y no pudo más que echárselo al cuello, con la garganta llena de sollozos.

—¿Qué les pasa a los dos curas?—preguntó Mouret, que se apresuró a salir del comedor.

—Parece que el párroco de San Saturnino está a la muerte—dijo Marta muy conmovida.

Mouret hizo un mohín de sorpresa. Volvió a entrar, diciendo entre dientes:

—¡Bah! Ese pobre Bourrette se consolará mañana, cuando le nombren párroco en sustitución del otro. Espera ese puesto, él me lo ha dicho.

partida del niño, no es razón para demostrarles el mal que a los dos nos han hecho.

Su voz se enterneció, y estuvo a dos dedos de sollozar él también. Marta, desolada, tocada en el corazón por sus últimas palabras, iba a arrojarse en sus brazos. Pero temieron ser vistos, sintieron como un obstáculo entre ellos. Entonces se separaron; en tanto que los ojos de Olimpia relucían aún entre las dos cortinas rojas.

XI

Una mañana llegó el Padre Bourrette, con el rostro descajado. Vió a Marta en la escalinata y fué a estrecharle las manos, balbuceando:

—Ese pobre Compan se ha acabado, se muere... Voy a subir porque es preciso que vea a Faujas en seguida.

Y cuando Marta le hubo señalado al cura, que según su costumbre se paseaba en el fondo del jardín, leyendo su breviario, el Padre Bourrette corrió hacia él, tambaleándose sobre sus cortas piernas. Quiso hablar, participándole la triste noticia; pero le ahogó la pena, y no pudo más que echárselo al cuello, con la garganta llena de sollozos.

—¿Qué les pasa a los dos curas?—preguntó Mouret, que se apresuró a salir del comedor.

—Parece que el párroco de San Saturnino está a la muerte—dijo Marta muy conmovida.

Mouret hizo un mohín de sorpresa. Volvió a entrar, diciendo entre dientes:

—¡Bah! Ese pobre Bourrette se consolará mañana, cuando le nombren párroco en sustitución del otro. Espera ese puesto, él me lo ha dicho.

Entre tanto, el Padre Faujas se había desasido del abrazo del viejo sacerdote. Recibió la mala noticia con gravedad, y cerró lentamente su breviario.

—Compan quiere verle a usted—balbuceaba el Padre Bourrette.—No pasará de esta mañana... ¡Ah! Era un amigo queridísimo. Habíamos estudiado juntos... Quiere decirle a usted adiós; toda la noche me ha estado repitiendo que sólo usted tenía valor en la diócesis. En el año largo que lleva peor, ningún cura de Plassans se ha atrevido a ir a estrecharle la mano. Y usted que apenas le conocía, le dedicaba una tarde por semana... Lloraba al hablarme de usted... Apresúrese usted, amigo mío.

El Padre Faujas subió un instante a su cuarto, en tanto que el Padre Bourrette pateaba de impaciencia y de desesperación en el vestíbulo; por fin, al cabo de un cuarto de hora, ambos partieron. El viejo sacerdote se enjugaba la frente y andaba dejando escapar entrecortadas frases.

—Habría muerto sin una oración, como un perro, si su hermana no hubiera ido a avisarme anoche a las once. Hizo bien, pobre señorita... No quería comprometer a ninguno de nosotros, y le hubiera dejado morir sin los últimos sacramentos... Sí, amigo mío; iba a morir en un rincón, solo abandonado; él, que ha tenido tan hermosa inteligencia y no ha vivido más que para el bien...

Se calló; después, al cabo de una pausa, cambiando de voz:

—¿Cree usted que Fénil me lo perdonará? No, nunca, ¿no es cierto?... Cuando me vió llegar Compan con los santos óleos, no los quería, me gritaba que me fuese. Bueno, esto es hecho. Nunca seré párroco. Y lo prefiero. No habré dejado

que Compan se muera como un perro... Hacía treinta años que estaba en guerra con Fénil. Cuando se metió en cama me dijo: "Bueno, ahora vence Fénil; ahora que he caído, me matará..." ¡Ah, pobre Compan! El, a quien he visto yo tan altivo, tan enérgico en San Saturnino... Eusebio, el monaguillo a quien he llevado con el Viático, se ha quedado como quien ve visiones, al saber dónde íbamos; miraba hacia atrás, a cada campanillazo, como si temiera que pudiese oírle el Padre Fénil.

El Padre Faujas, andando deprisa, con la cabeza baja y aspecto de preocupación, continuaba guardando silencio; parecía no escuchar a su compañero.

—¿Está advertido monseñor?—preguntó bruscamente.

Pero el Padre Mourrette, a su vez, parecía pensativo. No respondió; después, al llegar a la puerta de la casa del Padre Compan, murmuró:

—Dígale usted que acabamos de encontrar a Fénil y que nos ha saludado... Esto le gustará... Creerá que ya soy párroco.

Subieron en silencio. La hermana del moribundo salió a abrirles. Al ver a los dos sacerdotes, prorrumpió en sollozos, balbuceando en medio de sus lágrimas:

—Ya se ha concluido. Acaba de morir entre mis brazos... Yo estaba sola. Al morir ha mirado a su alrededor, y ha dicho: "Debo de tener la peste, cuando así me han abandonado..." ¡Ah, señores! Ha muerto con los ojos llenos de lágrimas...

Entraron en la pequeña estancia en la que el párroco Compan, con la cabeza sobre la almohada, parecía dormir. Los ojos se le habían quedado abiertos, y aquel rostro blanco, profundamente triste, lloraba aún; las lágrimas le resbalaban por

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
Aptdo. 1863 MONTREAL, MEXICO

las mejillas. Entonces el Padre Burette cayó de hinojos, sollozando, rezando, con la frente apoyada en los colgantes cobertores. El Padre Faujas permaneció en pie, mirando al pobre muerto; después, una vez que se hubo arrodillado un instante, salió discretamente. El Padre Bourrette, absorto en su dolor, no le oyó siquiera cerrar la puerta.

El Padre Faujas se fué derecho al Obispado. En la antesala de monseñor Rousselot, halló al Padre Surin cargado de papeles.

—¿Desea usted acaso hablar con Monseñor?—le preguntó el secretario con su eterna sonrisa.—Viene usted en mala ocasión. Monseñor está tan ocupado, que ha hecho cerrar la puerta.

—Es para un asunto urgentísimo—dijo tranquilamente el Padre Faujas.—Puede usted avisarle, decirle que estoy aquí. Esperaré, si es menester.

—Temo que será inútil. Monseñor tiene con él a varias personas. Vuelva usted mañana, será mejor.

Pero el cura estaba tomando una silla, cuando el obispo abrió la puerta de su gabinete. Pareció muy contrariado al ver al visitante, a quien al pronto fingió no conocer.

—Hijo mío—dijo a Surin.—Cuando haya usted arreglado todos esos papeles, venga en seguida. Tengo que dictarle una carta.

Después, volviéndose hacia el cura, que se mantenía en pie respetuosamente, le dijo:

—¡Ah! ¿Es usted Padre Faujas? Me alegro mucho de verle... ¿Tiene usted algo que decirme? Pase usted, entre en mi gabinete. No me incomoda usted nunca.

El gabinete de monseñor Rousselot era una gran estancia, un tanto obscura, en donde, lo mismo en verano que en invierno, ardía continuamente gran

fuego de leña. La alfombra, los espesos cortinajes ahogaban el aire. Parecía que se entrase en agua tibia. El obispo vivía allí friolentemente, en un sillón, como viuda retirada del mundo, con horror al ruido, y descargando en el Padre Fénil el cuidado de la diócesis. Se moría por las literaturas antiguas. Decíase que traducía a Horacio en secreto; los versitos de la Antología griega le entusiasaban también, y a veces se le escapaban citas escabrosas, que saboreaba con ingenuidad de letrado insensible a los pudores del mundo.

—Vea usted, no tengo a nadie—dijo acomodándose ante el fuego;—pero estoy algo enfermo y había dicho que no dejaran entrar... Pero puede usted hablar, que estoy a su disposición.

En su amabilidad ordinaria había un vaga inquietud, una especie de sumisión resignada. Cuando el Padre Faujas le hubo comunicado la muerte del párroco Compan, se levantó sobresaltado, enojado:

—¡Cómo!—exclamó.—¡Mi buen Compan ha muerto, y yo no he podido decirle adiós!... ¡Nadie me ha avisado! Ah amigo mío, razón tenía usted cuando me daba a entender que yo no mandaba aquí; se abusa de mi bondad.

—Monseñor—dijo el Padre Faujas,—sabe cuán adicto le soy; no aguardo más que una señal suya.

—Sí, sí, ya recuerdo lo que usted me ofreció; es usted un excelente corazón. ¡Pero qué campanada si rompiera yo con Fénil! Me destrozarían los oídos durante ocho días... Y sin embargo, si yo estuviera bien seguro de que usted me libraría de un golpe de ese personaje, si no temiera que al cabo de una semana volviera a aplastarle a usted...

El Padre Faujas no pudo reprimir una sonrisa. A los ojos del obispo se asomaron dos lágrimas.

—Tengo miedo, es cierto—continuó dejándose caer de nuevo en el sillón.—A tal extremo he llegado. Ese desgraciado es el que ha matado a Compan y ha hecho que me oculten su agonía, para que no pueda yo ir a cerrarle los ojos... Tiene ocurrencias terribles... Pero mire usted, yo prefiero vivir en paz; Fénil es muy activo, y me presta grandes servicios en la diócesis. Cuando yo no esté ya aquí, las cosas se arreglarán tal vez más sabiamente.

Se calmaba recobrando su sonrisa.

—Además, todo va bien en este momento, y no veo ninguna dificultad. Podemos esperar.

El Padre Faujas se sentó, y tranquilamente:

—Sin duda... y no obstante, va a ser preciso que Monseñor nombre párroco en San Saturnino, en sustitución del Padre Compan.

Monseñor Rousselot se llevó las manos a las sienes, con aire de desesperación.

—Santo Dios! ¡Tiene usted razón!—balbuceó.

—Ya no me acordaba de eso... El buen Compan no sabe en qué apuro me pone, al morir tan bruscamente, sin estar yo prevenido. ¿Yo le había prometido a usted el puesto, verdad?

El cura se inclinó.

—Pues, amigo mío, va usted a salvarme, dejándome recoger mi palabra. Ya sabe usted cuánto le odia Fénil; el éxito de la obra de la Virgen le ha puesto furioso; jura que le impedirá a usted que conquiste Plassans... Ya ve usted que le hablo con el corazón en la mano... Hace unos días, al hablar de la parroquia de San Saturnino, pronuncié el nombre de usted. Fénil montó en una cólera atroz, y tuve que jurarle que le daría la parro-

quia para uno de sus protegidos, el Padre Chardon, a quien ya conoce usted; hombre dignísimo, por otra parte... Amigo mío, haga usted eso por mí, renuncie a la idea... Yo le recompensaré de modo que le agrade.

El cura se quedó grave. Después de una pausa, como si hubiera reflexionado:

—No ignora Monseñor—dijo,—que yo no tengo ninguna ambición personal; deseo vivir retirado, y sería para mí una gran alegría el renunciar a esa parroquia. Sólo que no soy dueño de mí mismo, y quiero dar satisfacción a los protectores que por mí se interesan... Por usted mismo, Monseñor, reflexione antes de tomar una determinación de que se podría arrepentir más tarde.

Aunque el Padre Faujas había hablado muy humildemente, el obispo comprendió la envuelta amenaza que encerraban sus palabras. Se levantó y dió algunos paseos, presa de una perplejidad llena de angustia. Después, levantando las manos:

—Bueno, ya tenemos tormento para rato... Yo hubiera querido evitar todas estas explicaciones; pero puesto que usted insiste, es menester hablar francamente... Querido señor, el Padre Fénil le reprocha a usted muchas cosas. Como ya creo haberle dicho, debe de haber escrito a Besançon, en donde se habrá enterado de las feas historias que usted sabe... Es verdad que usted me lo ha explicado todo, que conozco sus méritos, su vida de arrepentimiento y de retiro; pero, ¿qué quiere usted? El gran vicario tiene armas contra usted, y las emplea terriblemente. Muchas veces ni yo mismo sé cómo defenderle a usted... Cuando el ministro me rogó que le aceptara a usted en mi diócesis, no le oculté que la situación de usted

sería difícil. Pero insistió con más fuerza, me dijo que eso era cuenta de usted, y yo acabé por consentir. Pero hoy no debe usted pedirme lo imposible.

El Padre Faujas no había bajado la cabeza; por el contrario, la levantó más, miró de frente al obispo, y le dijo brevemente:

—Monseñor me ha dado su palabra.

—Sí, sí... El pobre Compan decaía de día en día; vino usted a confiarme ciertas cosas... Entonces prometí, no lo niego... Escúcheme usted; quiero decirselo todo para que no pueda usted acusarme de girar como una veleta. Pretendía usted que el ministro descaba vivamente su nombramiento para la parroquia de San Saturnino. Pues, bueno, yo he escrito, me he informado, un amigo mío ha ido al ministerio... Casi se le han reído en las barbas y le han dicho que ni siquiera conocían a usted... El ministro niega en absoluto que sea su protector, ¿lo oye usted? Si usted quiere, voy a leerle una carta en la que se muestra severísimo con respecto a usted.

Y alargaba el brazo para buscar en un cajón; pero el Padre Faujas se había puesto en pie, sin separar la vista del prelado, y con una sonrisa en la que se veía un punto de ironía y de lástima:

—¡Ah, monseñor, monseñor!—murmuró.

Después, al cabo de un silencio, como si no quisiera explicarse más:

—Le devuelvo su palabra, Monseñor — prosiguió.—Crea que en todo esto, trabajaba más aún por usted que por mí. Más tarde, cuando no sea ya tiempo, recordará usted mis advertencias.

Y se dirigía hacia la puerta; pero el obispo le

retuvo, le hizo quedarse, murmurando con inquietud:

—Veamos, ¿qué quiere usted decir? Explíquese, querido señor Faujas. Ya sé yo que en París nos ponen mala cara desde la elección del marqués de Lagrifoul. Muy poco me conocen, verdaderamente, si han podido imaginarse que yo me he inmiscuido en ese asunto; no salgo de mi gabinete ni dos veces al mes... ¿De manera que usted cree que se me acusa de haber hecho nombrar al marqués?

—Sí, lo temo—dijo redondamente el cura.

—¡Oh, eso es absurdo! Yo no me he metido nunca en política; vivo con mis queridos libros... Fénil es el que lo ha hecho todo. Veinte mil veces le he dicho que acabaría por ocasionarme disgustos en París.

Se detuvo, ruborizándose ligeramente por haber pronunciado estas últimas frases. El Padre Faujas se sentó de nuevo ante él, y con voz profunda:

—Monseñor, acaba usted de condenar a su gran vicario... No le he dicho yo nunca otra cosa. No continúe usted haciendo causa común con él, pues de lo contrario, le ocasionará disgustos muy graves. Aunque usted no lo crea, yo tengo amigos en París. Yo sé que la elección del marqués de Lagrifould ha predispuesto al gobierno contra usted en gran manera. Con razón o sin ella, le creen a usted la única causa del movimiento de oposición que se manifiesta en Plassans, donde el ministro, por motivos particulares, quiere a todo trance obtener la mayoría. Si en las elecciones próximas triunfa otra vez el candidato legitimista, sería un disgusto

muy grande y temería yo por la tranquilidad de usted.

—¡Pero eso es horroroso!—exclamó el desgraciado obispo, agitándose en su sillón.—Yo no puedo impedir que triunfe el candidato legitimista... ¿Tengo yo la menor influencia? ¿Me he inmiscuído alguna vez en estos asuntos?... ¡Ah! Le aseguro a usted que hay días en que me dan ganas de encerrarme en el fondo de un convento. Me llevaría mi biblioteca y viviría completamente tranquilo. Fénil es el que debiera ser obispo en mi lugar. Si yo hiciera caso a Fénil, me pondría de una vez en pugna con el gobierno; no escucharía más que a Roma, y enviaría a París a paseo... Pero ese no es mi temperamento, quiero morir tranquilo... ¿De manera que dice usted que el ministro está furioso contra mí?

El cura no respondió; dos pliegues que se fruncían en las comisuras de su boca, comunicaban a su rostro un desprecio mudo.

—¡Dios mío!—continuó el obispo.—Si yo creyera que le daba gusto al nombrar a usted párroco de San Saturnino, procuraría arreglarlo... Sólo que le aseguro a usted que se engaña; está usted muy poco en olor de santidad.

El Padre Faujas hizo un brusco ademán. Por un momento se entregó, por la impaciencia que sentía.

—¡Ah!—dijo.—¿Olvida usted las infamias que sobre mí corren, y que llegué a Plassans con la sotana agujereada? Cuando se envía a un hombre perdido a un puesto peligroso, se reniega de él hasta el día del triunfo... Ayúdeme monseñor a triunfar, y ya verá como tengo amigos en París.

Después, al ver que el obispo, sorprendido por

aquella figura de enérgico aventurero que acababa de erguirse ante él, continuaba mirándole en silencio, se puso otra vez flexible:

—Son suposiciones—continuó.—Quiero decir que tengo mucho que hacerme perdonar. Mis amigos aguardan que mi situación sea del todo firme para darle a usted las gracias.

Monseñor Rousselot permaneció mudo un instante más. Era un temperamento delicadísimo, que había aprendido el vicio humano en los libros. Tenía conciencia de su gran debilidad, y aun estaba un tanto avergonzado de ella; pero se consolaba juzgando a los hombres por lo que valían. Con su vida de epicúreo letrado, hacía, a ratos, una profunda burla de los ambiciosos que lo rodeaban, disputándose los jirones de su poder.

—Vamos—dijo sonriendo.—Es usted un hombre tenaz, querido señor Faujas. Ya que le he dado a usted mi palabra, la cumpliré... Hace seis meses, lo confieso, habría temido levantar a toda la ciudad en contra mía; pero ha sabido usted hacerse amar, y las señoras de la ciudad me hablan a menudo de usted con grandes elogios. Al darle a usted la parroquia de San Saturnino, pago la deuda de la obra de la Virgen.

El obispo había recobrado su amabilidad jovial, sus exquisitos modales de prelado encantador. El Padre Surin, en aquel momento, pasó su linda cabeza por la entornada puerta.

—No, hijo mío—decía el obispo.—No le dictaré esa carta... Ya no la necesito. Puede usted retirarse.

—El Padre Fénil está aquí—murmuró el joven sacerdote.

—Ah, bien; que espere.

Monseñor Rousselot se había sobresaltado levemente, pero hizo un gesto de decisión casi agradable, y miró al Padre Faujas con aire de inteligencia.

—Mire, salga usted por aquí—le dijo abriendo una puerta oculta tras un cortinaje.

Se detuvo en el dintel, y continuó mirándole con una sonrisa.

—Fénil se va a poner furioso... ¿Me promete usted defenderme, si grita demasiado? A usted se lo entrego, se lo advierto... También cuento con que no dejará usted volver a elegir al marqués de Lagrifould... ¡Caramba! Ahora me apoyo en usted, querido señor Foujás.

Saludóle con el extremo de su blanca mano, y volvió a entrar indolentemente en la tibieza de su gabinete. El Padre había quedado encorvado, sorprendido de la soltura completamente femenina con la que monseñor Rousselot cambiaba de amo y se entregaba al más fuerte. Sólo entonces comprendió que el obispo se acababa de burlar de él, como debía de burlarse del Padre Fénil, desde el muelle sillón en que traducía a Horacio.

Al jueves siguiente, hacia las diez, en el momento en que la buena sociedad de Plassans se apretujaba en el salón verde de los Rougon, se presentó en la puerta el Padre Faujas. Estaba soberbio, alto, encendido, vistiendo una fina sotana que relucía como raso. Permaneció grave con leve sonrisa, apenas un amable pliegue de los labios, lo necesario sólo para iluminar su austero semblante con un rayo de bondad.

—¡Ah! Es nuestro querido párroco—exclamó alegremente madame Condamin.

La dueña de la casa se precipitó hacia él; tomó entre sus dos manos una del cura, llevándole al centro del salón, y acariciándole con la mirada, mientras movía suavemente la cabeza.

—¡Qué sorpresa, qué agradable sorpresa!—repetía.—Hace un siglo que no le vemos a usted... ¿Es preciso que caiga la dicha en su casa para que se acuerde usted de los amigos?

El Padre saludaba con soltura. A su alrededor veía una ovación lisonjera, un cuchicheo de mujeres entusiasmadas. Madame Delangre y madame Rastoil no aguardaron que fuese a saludarlas; se adelantaron para felicitarle por su nombramiento, que era oficial desde aquella mañana. El alcalde, el juez de paz y hasta el señor de Bourdeu le dieron vigorosos apretones de mano.

—¿Eh, qué punto?—cuchicheó el señor de Condomin al oído del doctor Porquier.—Este hará lo que quiera. Yo lo oí desde el primer día... Ya sabe usted que tanto madame Rougon como él, mientén como sacamuelas con todos sus fingimientos. Yo le he visto colarse aquí más de diez veces, al caer de la noche. ¡Buenas cosas deben de urdir entre los dos!

Pero el doctor Porquier tuvo un miedo atroz de que el señor de Condamin le comprometiera; se apresuró a abandonarle para estrechar, como los otros, la mano del Padre Faujas, aunque nunca le había dirigido la palabra.

Esta entrada triunfal fué el gran acontecimiento de la velada. Al sentarse el párroco, le rodeó un triple cerco de faldas. El cura habló con encantadora bondad de muchas cosas, evitando cuidadosamente el responder a las alusiones. Preguntado

directamente por Felicidad, se contentó con decir que no habitaría la parroquia, que prefería la casa en que tan tranquilo vivía hacia cerca de tres años. Marta estaba allí entre las damas, reservadísima como de costumbre. Había sonreído sencillamente al cura, mirándole de lejos, algo pálida, con aspecto cansado e inquieto. Pero cuando el cura expresó su intención de no abandonar la calle Balande, Marta se ruborizó mucho y se levantó para pasar al saloncito, como sofocada por el calor. Madame Paloque, junto a la cual había ido a sentarse el señor de Condamin, se rió, diciéndole en voz lo bastante alta para que la oyeran:

—¿Está bonito, verdad? Por lo menos, debería no darle citas aquí, puesto que tienen todo el día para ello en su casa.

Sólo el señor de Condamin se echó a reír. Las demás personas se mostraron frías. Madame Paloque, comprendiendo que acababa de hacerse daño a sí misma, trató de echarlo por la vía de guasa.

Entre tanto, en los rincones se hablaba del Padre Fénil. La gran curiosidad era saber si iba a presentarse. El señor de Bourdeu, uno de los amigos del gran vicario, dijo doctamente que estaba indispuerto. La noticia de esta indisposición fué acogida con discretas sonrisas. Todo el mundo estaba al corriente de la revolución ocurrida en el Obispado. El Padre Surin daba a las señoras detalles muy curiosos de la horrible escena sobrevvenida entre Monseñor y el gran vicario. Este último vencido por Monseñor, hacía contar que un ataque de gota le retenía en casa. Pero aquel no era desenlace, y el Padre Surin añadía "que se verían gordas". Esto se repetía al oído con pequeñas exclamaciones, con movimientos de ca-

beza, con mohines de sorpresa y de duda. En el momento, al menos, era el Padre Faujas el que vencía. De modo que las bellas devotas se calentaban dulcemente, arrimándose a aquel naciente sol.

A la mitad de la velada, entró el Padre Baurrette. Callaron las conversaciones, y le miraron todos con curiosidad. Nadie ignoraba que el día antes contaba aún con la parroquia de San Saturnino; había suplido al Padre Compan durante su larga enfermedad; la plaza era suya. El cura permaneció un instante en el dintel, sin observar el movimiento que producía su llegada, algo desalentado, latíéndole los párpados. Después, al ver al Padre Faujas se abalanzó hacia él, y le estrechó con efusión ambas manos, exclamando:

—¡Ah! Amigo mío, déjeme que le felicite... Vengo de su casa, donde he sabido por su señora madre que estaba usted aquí... Mucho me alegro de encontrarle...

El Padre Faujas se había levantado turbado, no obstante su sangre fría, sorprendido por aquel cariño que no esperaba.

—Sí—murmuró.—He tenido que aceptar, a pesar de mi poco mérito... Había rehusado al principio, citando a Monseñor sacerdotes más dignos, citándole a usted mismo...

El Padre Bourrette entornó los ojos, y llevándole aparte y bajando la voz:

—Monseñor me lo ha contado todo. Parece que Fénil no quería ni oír hablar de mí. Si me hubieran nombrado, habría pegado fuego a la diócesis; son sus propias palabras. Mi crimen es haber cerrado los ojos al pobre Compan... Y Fénil exigía, como usted sabe, el nombramiento del Padre Chardon. Hombre piadoso sin duda, pero de

notoria insuficiencia. El gran vicario pensaba reinar con su nombre en San Saturnino... Entonces fué cuando Monseñor le dió a usted la plaza para hacerle una mala partida y librarse de él. Esto me venga. Estoy contentísimo, querido amigo... ¿Sabe usted la historia?

—No, con detalles no.

—Pues bien, las cosas han ocurrido así, se lo aseguro. Lo sé de los mismos labios de Monseñor... Entre nosotros; me ha dejado entrever una buena compensación. El segundo gran vicario, el Padre Vial, desea establecerse en Roma hace mucho tiempo. La plaza quedaría libre, ¿sabe usted? En fin, silencio acerca de esto... No daría el día de hoy por mucho dinero.

Y continuaba estrechando las manos del Padre Faujas, en tanto que su ancho rostro resplandecía de júbilo. En torno de ellos, las damas se miraban sonriendo, con asombro. Pero la alegría del buen señor era tan franca, que acabó por comunicarse a todo el salón verde, en el cual la ovación hecha al nuevo párroco tomó carácter más íntimo y enternecido. Las faldas se aproximaron más; se habló de los órganos de la catedral, que necesitaban ser reparados; madame de Condamin prometió un soberbio altar portátil para la próxima procesión del Corpus.

El Padre Bourrette tomaba su parte en el triunfo cuando madame Paloque, alargando su rostro de monstruo, le tocó en el hombro, murmurándole al oído.

—Entonces, señor cura, ¿no confesará usted mañana en la capilla de San Miguel?

El cura, desde que suplía al Padre Compan,

había tomado el confesonario de la capilla de San Miguel, el más grande y cómodo de la iglesia, que estaba reservado particularmente al párroco. Al pronto no comprendió, y entornó los ojos, mirando a madame Paloque.

—Le pregunto—repitió ésta,—si volverá usted mañana a su antiguo confesonario de la capilla de los Santos Angeles.

Se puso un poco pálido y permaneció un instante en silencio. Bajaba los ojos, experimentando un leve dolor en la nuca, como si le hubiesen dado un golpe. Después comprendiendo que madame Paloque seguía allí, observándole:

—Sí, claro—balbuceó.—Vuelvo a mi antiguo confesonario... Vaya usted a la capilla de los Santos Angeles, la última a mano izquierda, por la parte del claustro... Es muy húmeda... Abríguese usted bien, querida señora, abríguese.

Tenía lágrimas en el borde de los párpados. Se había encariñado con el hermoso confesonario de la capilla de San Miguel, en el que entraba el sol por la tarde, a la hora de confesar precisamente. Hasta entonces no había sentido tener que entregar la catedral al Padre Faujas; pero este pequeño detalle, aquella mudanza de una capilla a otra, le pareció horriblemente penosa. Creyó perdido el objeto de toda su vida. Madame Paloque hizo observar en voz alta que el Padre Bourrette se había puesto triste de pronto; pero él protestó, procurando sonreír de nuevo. Salió del salón muy temprano.

El Padre Faujas se quedó hasta los últimos. Rougon se había acercado a felicitarle, hablando gravemente, sentados ambos en los extremos de un canapé. Hablaban de la necesidad de los sen-

timientos religiosos en un Estado sabiamente organizado; en tanto que cada señora que se marchaba hacía ante ellos una reverencia.

—Señor cura—dijo graciosamente Felicidad.— Ya se sabe que es usted el caballero de mi hija.

Se levantó. Marta le esperaba cerca de la puerta. La noche era muy negra. En la calle quedaron como cegados por la obscuridad. Atravesaron la plaza de la Subprefectura sin pronunciar una palabra; pero, en la calle Balande, delante de la casa, Marta le tocó el brazo, en el momento en que iba él a meter la llave en la cerradura.

—Me alegro mucho de su felicidad—le dijo con voz conmovida.—Sea usted bueno hoy, y concédame la gracia que hasta ahora me ha negado. Le aseguro a usted que el Padre Baurrette no me entiende. Usted solo puede dirigirme y salvarme.

El la separó con un ademán. Después, cuando hubo abierto la puerta y encendido la lamparilla que dejaba Rosa al pie de la escalera, subió, diciendo dulcemente:

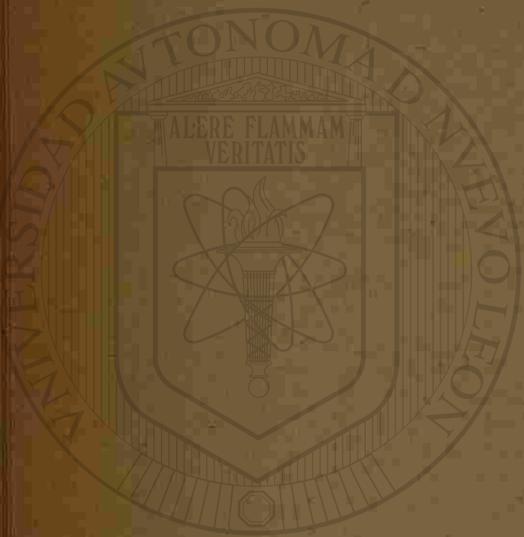
Me prometió usted ser juiciosa... Pensaré en lo que me pide. Ya hablaremos.

Marta le hubiera besado las manos. No entró en su casa hasta que hubo oído cerrar la puerta, en el piso de arriba. Y, mientras se desnudaba y acostaba, no escuchó a Mouret, que, medio dormido, le contaba los chismes que corrían por la ciudad. Había ido a su círculo, al Círculo del Comercio, en el que pocas veces ponía los pies.

—El Padre Faujas ha desbancado al Padre Bourrette—repitió por décima vez, volviendo lentamente la cabeza sobre la almohada.—¡Qué infeliz es ese pobre Bourrette! Bueno, bueno; es diver-

tido ver a los curárganos comiéndose unos a otros. ¿Te acuerdas de cuando se abrazaban el otro día en el fondo del jardín? ¿Quién no les habría tomado por hermanos? ¡Oh! Hasta las devotas se roban... ¿Por qué no respondes, hija mía? ¿Crees que no es cierto?... No; duermes, ¿verdad? Pues buenas noches, hasta mañana.

Y se volvió a dormir, mascullando frases sueltas. Marta, con los ojos abiertos, miraba al aire, y seguía en el techo, iluminado por la mariposa, el roce de las zapatillas del Padre Faujas, que se metía en la cama.



XII

Cuando volvió el verano, el cura y su madre bajaron de nuevo cada noche a tomar el fresco en la terraza. Mouret se volvía reacio. Rehusaba las partidas de tute que le ofrecía la anciana señora; permanecía allí, balanceándose en una silla. Como bostezara, sin tratar siquiera de ocultar su aburrimiento, decíale Marta:

—Amigo mío, ¿por qué no te vas al círculo?

Iba más a menudo que en otro tiempo. Cuando regresaba, encontraba a su mujer y al cura en el mismo sitio de la terraza; en tanto que madame Faujas, a pocos pasos de ellos, seguía manteniendo su actitud de guardiana muda y ciega.

En la ciudad, cuando hablaban del nuevo párroco a Mouret, éste continuaba prodigándole grandes elogios. Era decididamente un hombre superior. El, Mouret, no había dudado nunca de su talento. Nunca pudo madame Paloque sacarle ninguna palabra dura, a pesar de la malicia con que le preguntaba por su mujer, en medio de una frase referente al Padre Faujas. La vieja madame Rou-

gon no conseguía tampoco leer las secretas penas que adivinaba tras el bondadoso aspecto de su yerno; le examinaba sonriendo maliciosamente, le tendía lazos; pero aquel charlatán incorregible, por cuya lengua pasaba toda la ciudad, sentíase ahora lleno de pudor, cuando se trataba de las intimidades de su matrimonio.

—¿Con que tu marido ha acabado por entrar en razón?—preguntó un día Felicidad a su hija.—Parece que te deja libre.

Marta la miró con sorpresa.

—Siempre he sido libre—dijo.

—Querida hija, no quieres acusarle... Me habías dicho que miraba con malos ojos al Padre Faujas.

—No, no, se lo aseguro a usted. Usted es, por el contrario la que se lo ha imaginado... Mi marido se lleva divinamente con el Padre Faujas. No tiene motivos para estar de malas.

Marta se asombraba de la persistencia con que todo el mundo quería que su marido y el cura no fuesen buenos amigos. A menudo, en la junta de la obra de la Virgen, aquellas señoras la hacían preguntas que la molestaban. La verdad era que se sentía muy feliz, muy tranquila; nunca le había parecido más agradable la casa de la calle Balande. Habiéndole dado a entender el Padre Faujas que se encargaría de su conciencia cuando crayese que no bastaba el Padre Bourrette, Marta vivía con tal esperanza, con ingenuas alegrías de niña que va a hacer la primera comunión y a quien se prometen estampas de santos si se porta bien. A ratos, creía volverse de nuevo niña; experimentaba frescuras de sensación, puerilidades de deseo que la enternecían. En primavera, Mouret, que cortaba los grandes bojes, la sorprendió un día con los ojos llenos de lágrimas, en la glo-

rieta del fondo, en medio de los nuevos brotes, al aire cálido.

—¿Qué te pasa, hija mía?—le preguntó con inquietud.

—Nada, te lo aseguro—le dijo ella sonriendo.—Estoy contenta, muy contenta.

Mouret se encogió de hombros y siguió dando delicados tijeretazos, para igualar bien las líneas de bojes; cada año, era para él cuestión de amor propio el tener los bojes mejor cuidados del barrio. Marta, que se había secado los ojos, lloró de nuevo, a raudales, con un nudo en la garganta, conmovida hasta el alma por el olor de aquella verdura cortada. Tenía entonces cuarenta años, y era su juventud la que lloraba.

Entre tanto, el Padre Faujas, desde que era párroco de San Saturnino, tenía una dignidad dulce que parecía agrandarle más aún. Llevaba el breviario y el sombrero magistralmente. En la catedral, se había realzado por medio de golpes de fuerza que le aseguraron el respeto de la clerecía. El Padre Fénil, vencido de nuevo en tres o cuatro puntos de detalle, parecía dejar el puesto libre a su adversario. Pero éste no cometía la tontería de triunfar brutalmente. Tenía una altivez peculiar, de ductilidad y humildad sorprendentes. Comprendía a la perfección que Plassans estaba aún muy lejos de pertenecerle. De manera que, si se detenía a veces en la calle para estrechar la mano del señor Delangre, cambiaba sencillamente cortos saludos con el señor de Bourdeu, con el Dr. Maffre y con los demás invitados del presidente Rastoil. Gran parte de la sociedad de la ciudad conservaba con respecto a él una gran desconfianza. Se le acusaba de tener opiniones políticas

me conceda una entrevista para mañana. Está ahí al lado.

Atravesó el jardín y se inclinó hacia el señor Maffre, que en efecto estaba aún allí, en compañía de madame Rastoil. Pero cuando el juez de paz supo que el párroco deseaba tener una entrevista con él, no quiso que se molestara y se puso a su disposición, diciéndole que tendría el honor de visitarle al día siguiente.

—¡Ah! Señor cura—añadió madame Rastoil.—Mi enhorabuena por su sermón del domingo. Todas las señoras estaban conmovidísimas, se lo aseguro.

El cura saludó y atravesó de nuevo el jardín para tranquilizar al doctor Porquier. Después, lentamente, se paseó hasta la noche, sin inmiscuirse más en las conversaciones, y escuchando las risas de las dos tertulias, a derecha y a izquierda.

Al día siguiente, cuando se presentó el señor Maffre, el Padre Faujas vigilaba los trabajos de dos obreros que reparaban la fuente. Había demostrado deseos de ver funcionar el surtidor; aquella fuente sin agua era triste—decía.—Mouret no quería, pretextando que podrían ocurrir accidentes, pero Marta había arreglado las cosas, diciendo que se rodearía la fuente de una verja.

—Señor cura—gritó Rosa.—El señor juez de paz pregunta por usted.

El Padre Faujas se apresuró a salir. Quería hacer subir al señor Maffre al segundo, a su habitación; pero Rosa había abierto ya la puerta de la sala.

—Entre usted—dijo.—¿No está usted en su casa aquí? Es inútil hacer subir dos pisos al señor juez

de paz... Sólo que si me lo hubiera usted dicho esta mañana, yo habría quitado el polvo al salón.

Cuando cerraba la puerta tras ellos, después de abrir los postigos, Mouret la llamó al comedor.

—Eso es Rosa—dijo.—Esta noche le das mi comida a ese párroco; y si arriba no hay bastantes cobertores, lo llevas a mi cama; ¿te parece?

La cocinera cruzó una mirada de inteligencia con Marta, que trabajaba ante la ventana, esperando que el sol se hubiera quitado de la terraza. Después, encogiéndose de hombros, dijo entre dientes:

—Vaya, señor, no ha tenido usted nunca buen corazón.

Y se fué. Marta continuó trabajando sin alzar la cabeza. Hacía algunos días que se había puesto de nuevo a trabajar con una especie de fiebre. Bordaba un paño de altar; era un regalo para la catedral. "Aquellas señoras" querían regalar un altar completo. Las señoras Rastoil y Delangre se habían encargado de los candelabros, y la de Condamin había encargado a París un soberbio crucifijo de plata.

Entre tanto, en el salón, el Padre Faujas dirigía dulces recriminaciones al señor Maffre, diciéndole que el doctor era hombre religioso, de gran honorabilidad, y que era la primera víctima de la conducta de su hijo. El juez de paz le escuchaba con beatitud; su abotagado rostro, sus saltones ojos adquirirían aspecto de éxtasis al oír ciertas palabras que pronunciaba el cura de un modo más penetrante. Confesó que se había mostrado un tanto vivo, y dijo estar pronto a toda clase de excusas, desde el momento en que el señor cura creía que había hecho mal.

—¿Y sus hijos de usted?—preguntó el cura.—Tendrá usted que enviármelos. Yo les hablaré.

—No tema usted, señor cura—respondió el señor Maffre moviendo la cabeza con leve risa.— Los pícaros no volverán a las andadas... Hace tres días que están en su cuarto, encerrados y a pan y agua. Mire usted, cuando supe el caso, de haber tenido un palo, se lo habría roto en las costillas.

El cura le miró, recordando que Mouret le acusaba de haber matado a su mujer por su dureza y su avaricia; después, con ademán de protesta:

—No, no,—dijo.—No hay que tratar así a los jóvenes. El mayor, Ambrosio, tiene veinte años, y el menor va camino de los diez y ocho, ¿verdad? Piense usted que no son ya chiquillos; hay que tolerarles algunas distracciones.

El juez de paz se quedaba mudo de sorpresa.

—¿De modo que usted les dejaría fumar, ir al café?...—dijo a media voz.

—Sin duda—dijo sonriendo el cura.—Le repito a usted que los jóvenes deben poder reunirse para charlar, fumar cigarrillos, hasta jugar una partida de billar o de ajedrez... Si usted no les tolera nada, todo se lo permitirán ellos... Sólo que, como usted comprenderá, yo no les mandaría a todos los cafés. Quisiera para ellos un establecimiento especial, un círculo como los que he visto en varias partes...

Y desarrolló todo un plan. El señor Maffre, poco a poco, comprendía y movía la cabeza, diciendo:

—Soberbio, magnífico... Sería digno compañero de la obra de la Virgen. ¡Ah, señor cura! Hay que poner en obra tan hermoso proyecto.

—Pues bueno—terminó el cura acompañándole

hasta la puerta.—Ya que la idea le parece a usted buena, expóngala usted a sus amigos. Yo veré al señor Delangre y le hablaré también... El domingo, después de vísperas, podemos reunirnos en la catedral, para tomar una determinación.

El domingo, el señor Maffre llevó al señor Rastoil. Ambos hablaron al Padre Faujas y al señor Delangre en un cuartito contiguo a la sacristía. Aquellos señores se mostraron muy entusiastas. En principio se decidió la creación de un círculo de jóvenes; sólo que se batalló algún tiempo respecto al nombre que llevaría el círculo. El señor Maffre se empeñaba en que se llamase el círculo de Jesús.

—¡Oh, no!—exclamó por fin el cura, impaciente.—No irá nadie, y se burlarán de los pocos que vayan. Comprenda usted que no se trata de hacer entrar la religión en el asunto a todo trance; por el contrario, me propongo dejar la religión a la puerta. Queremos distraer honestamente a la juventud y ganarla a nuestra causa, y nada más.

El juez de paz miraba al presidente con aire tan asombrado, tan ansioso, que el señor Delangre tuvo que bajar la cabeza para ocultar una sonrisa. Solapadamente tiró de la sotana al cura. Este, calmándose, añadió con más dulzura:

—Supongo, señores, que no dudarán ustedes de mí. Les ruego que me dejen la dirección del asunto. Propongo un nombre sencillísimo, por ejemplo este: Círculo de la Juventud, que dice lo que quiere decir.

El señor Rastoil y el señor Maffre se inclinaron, aunque el nombre les pareció algo soso. En seguida hablaron de nombrar al párroco presidente de una junta provisional.

—Creo — murmuró el señor Delangre echando

una mirada al Padre Faujas,—que eso no entra en las ideas del señor cura.

—Sin duda, lo rehusó—dijo el cura encogiéndose levemente de hombros. — Mi sotana asustaría a los tímidos, a los tibios... No tendríamos más que a los jóvenes piadosos, y para esos no abrimos el círculo. Deseamos atraernos a los extraviados; en una palabra, hacer discípulos, ¿no es eso?

—Sin duda alguna—respondió el presidente.

—Pues bien; es preferible que nosotros quedemos en la sombra, sobre todo yo. He aquí lo que les propongo. El hijo de usted, señor Rastoil, y el de usted, señor Delangre, serán los únicos que den la cara. Ellos serán los que hayan tenido la idea del círculo. Enviémoslos mañana, y yo les hablaré largamente. Ya tengo a la vista un local, y un proyecto de estatutos preparado... En cuanto a los dos hijos de usted, señor Maffre, como es natural se inscribirán al frente de la lista de adheridos.

El presidente pareció lisonjeado por el papel asignado a su hijo. De modo que así se acordaron las cosas, no obstante la resistencia del juez de paz, que había esperado obtener alguna gloria de la fundación del círculo. Desde el siguiente día, Severino Rastoil y Luciano Delangre se pusieron en relación con el Padre Faujas. Severino era un mocetón de veinticinco años, de cráneo deforme, de obtuso cerebro, que acababa de salir abogado gracias a la posición que ocupaba su padre; éste pensaba animosamente hacerlo substituto, pues desesperaba de verle crearse una clientela. Luciano, por el contrario, pequeño de estatura, de ojos vivos y ergida cabeza, aunque de un año menos, abogaba con el aplomo de un viejo práctico. La *Gaceta*

de Plassans le anunciaba como futura lumbrera del foro. Sobre todo a este último fué a quien el cura dió las más minuciosas instrucciones; el hijo del presidente hacía las diligencias, reventaba de importancia. En tres semanas, el Círculo de la Juventud fué creado e instalado.

Había a la sazón, debajo de la iglesia de los Mínimos, situada al final de la Carrera Sauvaire, amplias habitaciones y un antiguo refectorio del convento, del que nadie se servía ya. Este era el local que el Padre Faujas tenía a la vista. La clerecía de la parroquia se lo cedió de muy buena gana. Una mañana, habiendo instalado el comité provisional del Círculo de la Juventud a unos obreros en aquella especie de sótanos, los burgueses de Plassans se quedaron estupefactos al ver que se establecía un café debajo de la iglesia. Al quinto día, no quedó la menor duda. Se trataba de un café. Llevaban divanes, mesas de mármol, sillas, dos billares, tres cajas de platos y de vajilla de cristal. Se abrió una puerta en un extremo del edificio, lo más lejos posible del portal de los Mínimos. Grandes cortinas rojas, cortinas de restaurant, colgaban tras las cristaladas puertas, que se empujaban después de bajar cinco escalones de piedra. Allí se encontraba primero una gran sala; después, a la derecha, había otra más pequeña, y un salón de lectura; finalmente, en una pieza cuadrada, en el fondo, se habían colocado los dos billares. Era precisamente debajo del altar mayor.

—¡Ah, pobres amiguitos! — dijo un día Guillermo Porquier a los hijos de Maffre, a quienes encontró en la Carrera.—Os van a hacer ayudar a misa, ahora, entre dos partidas de béciga.

Ambrosio y Alfonso le suplicaron que no les

volviese a hablar en pleno día, porque su padre les había amenazado con alistarles en la marina, si seguían tratándole. La verdad era que, pasado el primer asombro, el Círculo de la Juventud obtenía un gran éxito. Monseñor Rousselot había aceptado su presidencia honoraria; hasta se presentó en él un día, acompañado de su secretario, Padre Surin; bebieron sendos vasos de jarabe de grosella en el saloncito, y en un vasar se guardó con respeto el vaso en que había bebido Monseñor. Hoy se cuenta aún esa anécdota con emoción en Plassans. Esto determinó la adhesión de todos los jóvenes de la buena sociedad. Fué de muy mal tono no pertenecer al Círculo de la Juventud.

Guillermo Porquier, en tanto, vagaba alrededor del círculo, con risas de lobezno que medita entrar en un redil de ovejas. Los hijos de Maffre, a pesar del horroroso miedo que a su padre tenían, adoraban a aquel muchachón desvergonzado, que les contaba cosas de París y les proporcionaba buenas partidas en las campiñas de los aldeanos. De manera que acabaron por darse cita con él cada sábado, a las nueve, en un banco del Paseo del Mail. Escapábanse del círculo y charlaban hasta las once, ocultos en la negra sombra de los plátanos. Guillermo hablaba sin cesar de las veladas que pasaban bajo la iglesia de los Mínimos.

—¡Qué buenazos sois—les decía,—y cómo os dejáis llevar por donde quieren! ¿Es el perrero, verdad, el que os sirve los vasos de agua con azúcar, como si os diera la comunión?

—No, no, te equivocas, te lo aseguro—afirmaba Ambrosio.—Parece que esté uno en un café de la Carrera, en el Café de Francia o en el de los Viajantes... Bebemos cerveza, ponche, madera, lo

que uno quiere, lo que se bebe en todas partes.

Guillermo continuaba riendo.

—No importa—murmuraba.—Yo no querría beber todas esas porquerías; temería que les hubieran echado alguna droga para hacerme ir a confesar.. Apuesto a que os jugáis el gasto al burro o a la mona.

Los hijos de Maffre se reían mucho con estas bromas. No obstante, le desengañaban, diciéndole que había muchos juegos de naipes permitidos. Aquello no olía a iglesia ni por asomo. Y estaban muy bien; los divanes eran buenos, y había espejos por todas partes.

—Vaya—decía Guillermo.—No me haréis creer que no se oyen los órganos cuando hay ceremonia de noche en los Mínimos. A mí me sentaría mal el café sólo con saber que bautizan, casan y entierran encima de mi taza.

—Eso tiene algo de verdad—decía Alfonso.—El otro día, mientras jugaba yo una partida de billar con Severino, durante el día, oímos perfectamente que enterraban a alguien. Era la niña de ese carnicero que hay en la esquina de la calle de la Banne. Ese Severino es más bruto... Creía darme miedo al decirme que me iba a caer el entierro sobre la cabeza.

—Bueno, bueno; ¡bonito es vuestro círculo!—exclamaba Guillermo.—No pondría yo los pies en él por todo el oro del mundo. Lo mismo da tomar el café en una sacristía.

Guillermo estaba muy disgustado por no formar parte del Círculo de la Juventud. Su padre le había prohibido que se presentase en él, temiendo que no le admitiesen. Pero su irritación llegó a ser demasiado fuerte; sin decir nada a na-

die, presentó solicitud de admisión. Aquello fué un lío. La comisión encargada de dictaminar sobre las admisiones, contaba entonces entre sus miembros a los hijos de Maffre. Luciano Delangre era presidente y Severino Rastoil secretario. El apuro de aquellos chicos fué horrible. No se atrevían a apoyar la demanda, y no querían ofender al doctor Porquier, un hombre tan digno, tan bien corbateado, que poseía la absoluta confianza de las damas de la buena sociedad. Ambrosio y Alfonso suplicaron a Guillermo que no llevara las cosas al último extremo, dándole a entender que no tenía probabilidad ninguna de ser admitido.

—¡Dejadme en paz! — les respondió el joven. Sois los dos unos cobardes... ¿Creéis que tengo empeño en entrar en la cofradía vuestra? Es una comedia. Quiero ver si tenéis el valor de votar contra mí. Poco que me voy a reír el día que me deís con la puerta en los hocicos. En cuanto a vosotros, niños míos, podéis ir a divertir os donde os dé la gana. Yo no os volveré a hablar en mi vida.

Los hijos de Maffre, consternados, suplicaron a Luciano Delangre que arreglara las cosas de modo que se evitara el escándalo. Luciano sometió la dificultad a su consejero ordinario, el Padre Faujas, hacia el cual había adquirido una admiración de discípulo. El cura todas las tardes, de cinco a siete, iba al Círculo de la Juventud. Atravesaba la gran sala con aire afable, saludando, deteniéndose a veces ante una mesa, para hablar unos minutos con un grupo de jóvenes. No aceptaba nunca nada, ni un vaso de agua pura. Después, entraba en el salón de lectura, se sentaba ante la gran mesa cubierta de tapete verde, leía con atención todos los periódicos que recibía el Círculo, las hojas legitimistas de París y de los depar-

tamentos vecinos. A veces, en un pequeño cuartito, tomaba una nota rápida. Después de lo cual se retiraba discretamente, sonriendo de nuevo a los presentes y estrechándoles la mano. Algunos días, no obstante, estaba allí más tiempo, interesándose por una partida de ajedrez, hablando de todo alegremente. Los jóvenes, que le querían mucho, decían de él:

—Cuando habla nadie diría que es un cura.

Cuando el hijo del alcalde le hubo hablado del apuro en que ponía a la comisión la solicitud de Guillermo, el Padre Faujas prometió mediar. En efecto, al siguiente día vió al doctor Porquier, a quien le contó el caso. El doctor se quedó aterrado. Su hijo quería matarlo de pena, deshonorando sus canas. ¿Y qué resolver en tal ocasión? De retirar la solicitud, no sería menor la vergüenza. El cura le aconsejó que desterrase a Guillermo durante dos o tres meses, a una propiedad que poseía a algunas leguas de allí; él se encargaba de lo demás. El desenlace fué de los más sencillos. Cuando partió Guillermo, la comisión puso a un lado la solicitud, declarando que no urgía y que se decidiría ulteriormente.

El doctor Porquier se enteró de esta decisión por Luciano Delangre, una tarde en que se hallaba en el jardín de la subprefectura. Corrió a la terraza. Era la hora de leer el breviario para el Padre Faujas; éste se hallaba allí, bajo la glorieta de los Mouret.

—¡Ah, señor cura! ¡Un millón de gracias!— dijo el doctor inclinándose.—¡Cuánto me gustaría estrechar su mano!

—Está usted un poco alto—respondió el cura, mirando a la pared con una sonrisa.

Pero el doctor Porquier era hombre lleno de efusión, a quien no desanimaban los obstáculos.

—Espere usted? exclamó;—si usted me lo permite, señor cura, voy a dar la vuelta.

Y desapareció. El cura, sonriendo aún, se dirigió lentamente a la puertecilla que daba al callejón de las Chevillottes. El doctor daba ya en la madera discretos golpecitos.

—Es que esta puerta está condenada—murmuró el cura. — Uno de los clavos está roto... Si tuviéramos una herramienta, no sería difícil quitar el otro.

Miró en torno y vió una azada. Entonces, con pequeño esfuerzo, abrió la puerta, cuyos cerrojos había quitado. Después salió al callejón de las Chevillottes, en el que el doctor Porquier le llenó de amables frases. Cuando se paseaban charlando a lo largo del callejón, el señor Maffre, que se hallaba precisamente en el jardín del señor Rastoil, abrió por su lado la puertecilla oculta tras la casaca. Y los tres señores se rieron mucho al hallarse de aquel modo los tres en aquella calle desierta.

Allí permanecieron un instante. Cuando se despidieron del cura, el juez de paz y el doctor asomaron la cabeza al jardín de los Mouret, mirando con curiosidad en torno.

Entretanto Mouret, que ponía rodrigones a los tomates, les vió al levantar la vista. Se quedó mudo de sorpresa.

—¡Bueno ya están en mi casa!—refunfuñó.— ¡No falta más sino que el párroco traiga aquí a los dos bandos!

XIII

Sergio tenía entonces diez y nueve años. Ocupaba en el segundo piso una pequeña estancia en frente del cuarto del cura; en ella vivía casi encaustrado, leyendo mucho.

—Te voy a tirar al fuego todos los libros—le decía Mouret con cólera.—Verás cómo acabas por caer en cama.

En efecto, el joven era de un temperamento tan nervioso, que a la menor imprudencia tenía indisposiciones de niña, arrechuchos que le retenían en su habitación durante dos o tres días. Entonces Rosa le anegaba en tisanas, y cuando Mouret subía para sacudirle un poco, como decía él, si la cocinera estaba allí echaba fuera a su amo, chillándole:

—¡Deje usted en paz al niño! ¿No ve usted que le mata con sus brutalidades?... No tiene nada de usted, es el vivo retrato de su madre. No les comprenderá usted nunca, ni a uno ni a otra.

Sergio sonreía. Su padre, al verle tan delicado, titubeaba, desde su salida del colegio, no deci-

Pero el doctor Porquier era hombre lleno de efusión, a quien no desanimaban los obstáculos.

—Espere usted? exclamó;—si usted me lo permite, señor cura, voy a dar la vuelta.

Y desapareció. El cura, sonriendo aún, se dirigió lentamente a la puertecilla que daba al callejón de las Chevillottes. El doctor daba ya en la madera discretos golpecitos.

—Es que esta puerta está condenada—murmuró el cura. — Uno de los clavos está roto... Si tuviéramos una herramienta, no sería difícil quitar el otro.

Miró en torno y vió una azada. Entonces, con pequeño esfuerzo, abrió la puerta, cuyos cerrojos había quitado. Después salió al callejón de las Chevillottes, en el que el doctor Porquier le llenó de amables frases. Cuando se paseaban charlando a lo largo del callejón, el señor Maffre, que se hallaba precisamente en el jardín del señor Rastoil, abrió por su lado la puertecilla oculta tras la casaca. Y los tres señores se rieron mucho al hallarse de aquel modo los tres en aquella calle desierta.

Allí permanecieron un instante. Cuando se despidieron del cura, el juez de paz y el doctor asomaron la cabeza al jardín de los Mouret, mirando con curiosidad en torno.

Entretanto Mouret, que ponía rodrigones a los tomates, les vió al levantar la vista. Se quedó mudo de sorpresa.

—¡Bueno ya están en mi casa!—refunfuñó.— ¡No falta más sino que el párroco traiga aquí a los dos bandos!

XIII

Sergio tenía entonces diez y nueve años. Ocupaba en el segundo piso una pequeña estancia en frente del cuarto del cura; en ella vivía casi encastado, leyendo mucho.

—Te voy a tirar al fuego todos los libros—le decía Mouret con cólera.—Verás cómo acabas por caer en cama.

En efecto, el joven era de un temperamento tan nervioso, que a la menor imprudencia tenía indisposiciones de niña, arrechuchos que le retenían en su habitación durante dos o tres días. Entonces Rosa le anegaba en tisanas, y cuando Mouret subía para sacudirle un poco, como decía él, si la cocinera estaba allí echaba fuera a su amo, chillándole:

—¡Deje usted en paz al niño! ¿No ve usted que le mata con sus brutalidades?... No tiene nada de usted, es el vivo retrato de su madre. No les comprenderá usted nunca, ni a uno ni a otra.

Sergio sonreía. Su padre, al verle tan delicado, titubeaba, desde su salida del colegio, no deci-

diéndose a enviarle a estudiar leyes a París. No quería oír hablar de las Facultades de provincia; París, según él, era necesario para un muchacho que quisiese hacer carrera. Tenía para sus hijos una gran ambición, diciendo que otros más tontos, sus primos, por ejemplo, habían hecho una bonita carrera. Cada vez que el muchacho le parecía saludable, fijaba su partida para los primeros días del mes siguiente; después, la maleta no estaba hecha nunca, el joven tosía un poco, y la marcha se posponía de nuevo.

Marta, con su indiferente dulzura, se contentaba con decir a media voz:

—No tiene veinte años todavía. No es muy prudente enviar a París a un chico tan joven... Además, aquí no pierde el tiempo. Tú mismo dices que trabaja demasiado.

Sergio acompañaba a su madre a misa. Era de espíritu religioso, muy tierno y muy grave. Habiéndole recomendado el doctor Porquier mucho ejercicio, le había entrado pasión por la botánica, haciendo excursiones, y pasaba después las tardes, sacando las yerbas que había cogido, pegándolas, clasificándolas y poniéndoles letreros. Entonces fué cuando el Padre Faujas se hizo gran amigo suyo. El cura había herborizado en otro tiempo, y le dió ciertos consejos prácticos a los que el joven se mostró agradecidísimo. Le prestaron algunos libros, y fueron un día juntos en busca de una planta que según el cura debía de crecer en el país. Cuando Sergio estaba malo, recibía cada mañana la visita de su vecino, que le hablaba largamente a la cabecera de la cama. Los demás días, cuando se levantaba, él era el que llamaba suavemente a la puerta del Padre Faujas,

en cuanto le oía andar por la habitación. No les separaba más que el estrecho rellano, y acababan por vivir el uno en casa del otro.

A veces Mouret se encolerizaba aún, a pesar de la impasible tranquilidad de Marta y de los ojos irritados de Rosa.

—¿Qué demonios hace arriba ese chiquillo?— refunfuñaba.—Me paso días enteros sin verle siquiera... Ya no sale de casa del cura; siempre están charlando por los rincones... Bueno; ahora lo voy a enviar a París; ya está fuerte como un turco. Todos esos arrechuchos son gachas para hacer que le mimen. Es inútil que me miréis las dos, no quiero que el cura me lo haga santurrón.

Entonces espío a su hijo. Cuando le creía en casa del cura, le llamaba con rudeza.

—¡Preferiría que se fuera con mujeres!—gritó un día, exasperado.

—¡Oh, señor!—dijo Rosa.— Son abominables esas ideas.

—¡Sí, con mujeres! ¡Y yo mismo le llevaré, si me ponéis en el disparador con vuestra clerigalla!

Como era natural, Sergio formó parte del Círculo de la Juventud. Iba poco, por otra parte, pues prefería la soledad. Sin la presencia del Padre Faujas, con el cual se encontraba a veces, sin duda no habría puesto nunca los pies en él. El Padre, en el salón de lectura, le enseñó a jugar al ajedrez. Mouret, que supo que "el pequeño" se encontraba con el párroco hasta en el café, juró que le llevaría al tren el siguiente lunes. La maleta estaba hecha, y aquella vez en serio, cuando Sergio, que había querido pasar en pleno campo la última mañana, volvió empapado por un chubasco repentino. Tuvo que meterse en cama, tiri-

tando de fiebre. Por espejo de tres semanas, estuvo entre la vida y la muerte. La convalecencia duró dos meses largos. En los primeros días, sobre todo, estaba tan débil, que permanecía con la cabeza apoyada en las almohadas, y con los brazos extendidos, semejante a una figura de cera.

—Usted tiene la culpa, señor—gritaba la cocinera a Mouret.—Si el niño se muere, tendrá usted eso sobre la conciencia.

Mientras su hijo estuvo en peligro, Mouret, sombrío, con los ojos encarnados por las lágrimas, vagó silenciosamente por la casa. Raras veces subía, pateando en el vestíbulo y esperando la salida del médico. Cuando supo que Sergio se había salvado, se coló en la alcoba, ofreciendo sus servicios. Pero Rosa lo puso en la puerta. No le necesitaba; el niño no estaba aún lo bastante fuerte para soportar sus brutalidades; haría mejor en irse a sus asuntos, en vez de estar allí estorbando. Entonces Mouret se quedó solo en el patio, más triste y más ocioso; no tenía gusto para nada—decía. Cuando atravesaba el vestíbulo, oía con frecuencia, en el segundo, la voz del Padre Faujas, que pasaba tardes enteras a la cabecera del convaleciente Sergio.

—¿Cómo va hoy, señor cura?—preguntábale Mouret tímidamente, cuando el párroco bajaba por el jardín.

—Bastante bien; será largo; necesita muchos cuidados.

Y leía tranquilamente su breviario, en tanto que el padre, con una regadera en la mano, seguía sus pasos, tratando de reanudar la conversación, para tener noticias más detalladas del "pequeño". Cuando adelantó la convalecencia, observó Mouret que

el cura no abandonaba la alcoba de Sergio. Habiendo subido varias veces, cuando no esaban allí las mujeres, siempre le había encontrado sentado junto al joven hablando con él dulcemente, pres-tándole los pequeños servicios de azucararle la tisana, de arreglarle los cobertores, de darle los objetos que deseaba. Y en toda la casa reinaba un suave murmullo de palabras cambiadas en voz baja entre Marta y Rosa, un recogimiento especial que transformaba el segundo piso en un rincón de convento. Mouret sentía como un olor a incienso en su casa; parecíale, a veces, por el balbuceo de las voces, que allá arriba decían misa.

—¿Qué estarán haciendo?—pensaba.—El pequeño se ha salvado; no le dan la extremaunción.

También Sergio le inquietaba. Parecía una muchacha, entre las blancas sábanas. Sus ojos se le habían agrandado; su sonrisa era un dulce éxtasis de los labios, que conservaba aún en medio de los más crueles padecimientos. Mouret no se atrevía ya a hablar de París; tan femenino y púdico le parecía su querido enfermo.

Una tarde, había subido ahogando el ruido de sus pasos. Por la entornada puerta, vió a Sergio al sol, en un sillón. El joven lloraba, con los ojos clavados en el cielo, y su madre, delante de él, sollozaba también. Ambos se volvieron, al oír el ruido de la puerta, sin limpiarse las lágrimas.

—Padre mío—dijo Sergio,—tengo que pedirle a usted un favor. Mamá supone que se incomodará usted, negándome una autorización que me llenaría de júbilo... Quisiera entrar en el seminario.

—¡Tú! ¡Tú!—balbuceó Mouret.

Y miró a Marta que volvía la cabeza. No añadió nada, fué a la ventana y volvió a sentarse a

los pies de la cama, maquinalmente, como agobiado bajo el golpe.

—Padre mío—continuó Sergio al cabo de una larga pausa,—he visto a Dios, tan cerca de la muerte, y he jurado ser suyo. Le aseguro a usted que mi alegría está ahí. Créame usted, no me desconsuele.

Mouret, con el rostro sombrío, clavados los ojos en el suelo, seguía sin pronunciar una palabra. Hizo un gesto de supremo desaliento, diciendo a media voz:

—Si tuviera tanto así de valor, metería dos camisas en un pañuelo y me iría.

Después se levantó y fué a golpear los cristales con las yemas de los dedos. Cuando Sergio quiso implorarle de nuevo:

—No, no; estoy conforme—dijo sencillamente. —Hazte cura, hijo mío.

Y salió. Al día siguiente, sin decir nada a nadie, partió para Marsella, en donde pasó ocho días con su hijo Octavio. Pero volvió preocupado, envejecido. Octavio le proporcionaba pocos consuelos. Le había hallado llevando vida alegre, acibillado de deudas, escondiendo queridas en los armarios; por otra parte, Mouret no despegó los labios sobre estas cosas. Se tornaba por completo sedentario; no daba ya ninguno de sus buenos golpes, aquellas compras de cosechas de que tanto se vanagloriaba en otro tiempo. Rosa observó que adoptaba un silencio casi absoluto, y que hasta esquivaba el saludar al Padre Faujas.

—¿Sabe usted que es muy poco fino?—le dijo un día atrevidamente.—Acaba de pasar el señor cura, y le ha vuelto usted la espalda... Si lo hace usted por lo del niño, no tiene usted razón. El

señor cura no quería que entrase en el seminario; bastante le sermoneó sobre ello; yo lo oí... ¡Está la casa alegre ahora, como hay Dios! Ya no habla usted, ni con la señora siquiera; cuando se sienta usted a la mesa, lleva usted la cara de entierro... Yo comienzo ya hartarme, señor.

Mouret salía de la habitación, pero la cocinera le perseguía hasta el jardín.

—¿No debería usted alegrarse de ver en pie al niño? El querubín se comió ayer una costilla, y con muy buen apetito... ¿A usted le importa poco, verdad? Quería usted hacerlo ateo como usted... Usted necesita muchas oraciones, y Dios quiera que todos nos salvemos. Yo de usted lloraría de alegría, al pensar que ese pobre corazoncito va a rezar por mí... Pero usted es de piedra, señor... ¡Y qué guapo estará el niño con la sotana!

Entonces Mouret subía al primer piso. Allí se encerraba en su habitación, que llamaba su despacho, una habitación grande y desahajada, con sólo una mesa y dos sillas. Aquella pieza fué su refugio, en las horas en que la cocinera le perseguía. Se aburría y bajaba al jardín, que cultivaba con solicitud mayor. Marta no parecía percatarse del mal humor de su marido; éste estaba a veces una semana silencioso, sin que su esposa se apurara ni enojara. Cada día se desligaba más de lo que la rodeaba; llegó a creer—tan apacible le pareció la casa cuando ya no oyó a todas horas la regañona voz de Mouret—que éste había entrado en razón, que, como ella, se había formado un rincón de dicha. Esto la tranquilizó, la autorizó para hundirse más y más en su sueño. Cuando Mouret la miraba, con los ojos turbios, sin conocerla ya, Marta le sonreía, y no veía las lágrimas que le henchían los párpados.

El día en que Sergio, completamente curado, entró en el seminario, Mouret se quedó solo en la casa con Deseada. Ahora se cuidaba de ella con frecuencia. Aquella niña grande, que iba a cumplir diez y seis, hubiera podido caerse en la fuente, o pegar fuego a la casa jugando con los fósforos, como una mocosa de seis años. Cuando Marta volvió, encontró las puertas abiertas, las habitaciones vacías. La casa le pareció completamente desnuda. Bajó a la terraza, y vió, en el fondo del jardín, a su marido, que jugaba con la muchacha. Se había sentado en el suelo, sobre la arena, y, con ayuda de una palita, de madera, llenaba gravemente un carro que Deseada tenía cogido por un cordel.

—¡Hala! ¡Hala!—gritaba la niña.

—Espérate... —decía pacientemente el buen hombre.—No está lleno aún... Puesto que quieres hacer el caballo, hay que esperar a que esté lleno.

Entonces, Deseada dió pataditas, haciendo el caballo que se impacienta; después, sin poder estarse quieta, salió corriendo, riéndose a carcajadas. El carrito saltaba, se vaciaba. Cuando hubo dado la vuelta al jardín, se acercó a su padre, gritando:

—¡Llénalo, llénalo otra vez!

Mouret lo llenó de nuevo, a pequeñas paletadas. Marta se había quedado en la terraza mirando, emocionada; aquellas puertas abiertas, aquel hombre jugando con aquella niña, en el fondo de la casa vacía, la entristecían, sin que tuviera clara conciencia de lo que en su interior pasaba. Subió a desnudarse, oyendo a Rosa, que también había entrado y que decía desde lo alto de la escalinata:

—¡Dios mío! ¡Qué tonto es el señor!

Según la frase de sus amigos de la Carrera Sauvire, pequeños rentistas con los que pasaba un rato cada día, Mouret "estaba tocado". Sus cabellos habían encanecido en pocos meses; le vacilaban las piernas, y ya no era el terrible burlón a quien temía toda la ciudad. Por un instante se creyó que se había lanzado a peligrosas especulaciones y que sufría alguna gran pérdida de dinero.

Madame Paloque, de pechos en la ventana de su comedor, que daba a la calle Balande, decía también que Mouret estaba alicaído, cada vez que le veía salir. Y si algunos minutos más tarde atravesaba la calle el Padre Faujas, la señora se complacía exclamando, sobre todo cuando tenía gente en casa:

—Miren ustedes al párroco, ¡ese sí que engordal! Si comiera en el mismo plato que el señor Moret, se diría que no le deja más que los huesos.

Se reía y los demás le hacían coro. El Padre Faujas, en efecto, se ponía soberbio; enguantado siempre de negro, la sotana reluciente. Tenía una sonrisa particular, un pliegue irónico de los labios, cuando madame de Condamin le felicitaba por su buen aspecto. Aquellas señoras le querían bien presentado, vestido con elegancia y coquetería. Y él debía de soñar la lucha a puñetazo limpio, con los brazos desnudos, sin acordarse del traje. Pero cuando se descuidaba, el menor reproche de la vieja madame Rougon le sacaba de su desidia; sonreía, e iba a comprarse medias de seda, un sombrero, una faja nueva; destrozaba mucho; su gran corpachón todo lo deslucía.

Desde la fundación de la obra de la Virgen, todas las mujeres estaban por él; ellas le defen-

dían de los chismes que todavía corrían a veces, sin que se pudiera adivinar claramente su origen. Las señoras le encontraban a ratos un tanto brusco; pero su brutalidad no las desagradaba, sobre todo en el confesonario, en donde las gustaba sentir caer sobre ellas aquella férrea mano.

—Querida—dijo un día madame de Condamín a Marta.—Ayer me regañó. Creo que me habría pegado a no haber una tabla entre nosotros... ¡Ah! no siempre es cómodo...

Y soltó una risita, gozando aún por aquella ríña con su director. Hay que decir que madame de Condamín había creído observar la palidez de Marta cuando le decía ciertas confidencias respecto al modo cómo la confesaba el Padre Faujas; adivinaba sus celos, y sentía un placer perverso al torturarla, redoblando la relación de detalles íntimos.

Cuando el Padre Faujas hubo creado el Círculo de la Juventud se tornó un buen muchacho; fué como una nueva encarnación; bajo el esfuerzo de su voluntad, su severo temperamento se doblegaba como blanda cera. Dejó contar la parte que había tomado en la apertura del Círculo; se hizo amigo de todos los jóvenes de la ciudad, sabedor de que los colegiales escapados no gustan de las brutalidades como las mujeres. Estuvo a punto de incomodarse con el hijo de Rastoil, a quien amenazó con tirarle las orejas, con motivo de un altercado sobre el reglamento interior del Círculo; pero con sorprendente dominio de sí mismo, le tendió la mano casi al punto, humillándole, y poniendo de su parte a todos los concurrentes por su buena gracia al ofrecer excusas a "aquel majadero de Severino" como le llamaban.

Si el cura había conquistado a las mujeres y a los niños, con los padres y los maridos estaba en actitud de simple cortesía. Los personajes graves continuaban desconfiando de él, al verle apartado de todo grupo político. En la subprefectura, el señor Péqueur des Saulaies le discutía vivamente, en tanto que el señor Delangre, sin defenderle a las claras, decía sonriendo astutamente que había llegado a ser un tema de perturbaciones domésticas. Severino y su madre no cesaban de aburrir al presidente con los elogios del cura.

—¡Bueno, bueno! Tiene todas las virtudes que queráis—exclamaba el desgraciado.—Estoy conforme; dejadme en paz. Yo hice que le invitaran a comer, y no ha venido. Creo que no es cosa de que le coja de un brazo para traerle.

—Pero—decía madame Rastoil,—¡si apenas le saludas cuando le ves! Eso será lo que le haya picado.

—Sin duda—añadía Severino.—Bien ve que no está usted con él como debiera.

El señor Rastoil se encogía de hombros. Cuando el señor de Bourdeu estaba presente, ambos acusaban al Padre Faujas de inclinarse a la subprefectura. Madame Rastoil observaba que no comía allí y que ni siquiera había puesto los pies en la casa.

—Cierto—decía el presidente.—Yo no le acuso de ser bonapartista. Digo que se inclina y nada más. Ha tenido relaciones con el señor Delangre.

—¡Oh! Y usted también—exclamaba Severino,—ha tenido relaciones con el alcalde... En ciertas circunstancias es preciso... Diga usted que no puede ver al Padre Faujas, y será mejor.

Y todo el mundo ponía hocicos en casa de Ras-

toil durante días enteros. El Padre Fénil no iba ya sino raras veces, pretextando que la gota le retenía en casa. Por otra parte, ya en dos ocasiones en que no había tenido más remedio que dar su opinión sobre el párroco de San Saturnino, le había elogiado en pocas palabras. El Padre Surin y el Padre Bourrette, lo mismo que el señor Maffre, eran siempre del parecer de la señora de la casa. La oposición, pues, provenía sólo del presidente, apoyado por el señor Bourdeu; ambos declaraban gravemente que no podían comprometer su situación política acogiendo a un hombre que ocultaba sus opiniones.

Severino, por ganas de molestar, dió entonces en ir a llamar a la puertecita del callejón de las Chevillottes cuando quería decir algo al cura. Poco a poco el callejón se convirtió en terreno neutral. El Doctor Porquier, que había sido el primero en valerse de aquel camino, el hijo de Delangre, el Juez de paz, indistintamente iban allí a hablar con el Padre Faujas. A veces una tarde entera estaban abiertas de par en par las puertas traseras de los dos jardines, así como la puerta cochera de la subprefectura. El cura estaba allí, en el fondo de aquel callejón, apoyado en la pared, sonriendo, dando apretones de manos a las personas de las dos tertulias que querían ir a saludarle. Pero el señor Péqueur de Saulaies afectaba no querer poner los pies fuera del jardín de la subprefectura; en tanto que el señor Rastoil y el señor de Bourdeu se obstinaban también en no exhibirse en el callejón, y permanecían sentados bajo los árboles, delante de la cascada. Muy rara vez la pequeña corte del cura invadía la glorieta de los Mouret. Sólo de cuando en cuando se asomaba una cabeza, echaba una mirada y desaparecía.

Por otra parte, el Padre Faujas no estaba cohibido; no vigilaba con cierta inquietud más que la ventana de los Trouche, en donde a todas horas relucían los ojos de Olimpia. Los Trouche estaban allí en emboscada, detrás de las cortinas rojas, roídos por un deseo rabioso de bajar también, de probar las frutas, de hablar con la buena sociedad. Abrían las persianas y se asomaban un instante, retirándose furiosos ante las dominantes miradas del cura; después volvían con paso de lobo, a pegar sus lívidos rostros a una esquina de los vidrios, espionando cada movimiento del Padre Faujas, torturados por verle gozar tan a sus anchas de aquel paraíso que les prohibía.

—¡Es demasiado!—dijo un día Olimpia a su marido.—Si pudiera nos metería en un armario... Vamos a bajar, si quieres. Veremos lo que dice.

Trouche acababa de volver de la oficina. Se cambió el cuello, y quitó el polvo a sus zapatos, pues quería parecer bien. Olimpia se puso un traje claro. Después bajaron audazmente al jardín, andando despacito a lo largo de los grandes bojés, deteniéndose delante de las flores. En aquel momento el Padre Faujas estaba vuelto de espaldas, hablando con el señor Maffre en el umbral de la puertecilla del callejón. Cuando oyó el ruido de la arena, los Trouche estaban ya detrás de él, en la glorieta. Se volvió, y se paró en seco en medio de una frase, estupefacto al encontrarles allí. El señor Maffre, que no les conocía, les miraba con curiosidad.

—¡Qué tiempo tan hermoso! ¿Verdad, señores?—dijo Olimpia, que había palidecido bajo la mirada de su hermano.

Este arastró bruscamente al juez de paz hacia el callejón, en donde se desembarazó de él.

—Está furioso—refunfuñó Olimpia.—Peor para él, porque... nos quedamos. Si subimos creará que tenemos miedo... Ya no puedo más; vas a ver cómo le hablo.

E hizo sentar a Trouche en una de las sillas que había llevado Rosa unos momentos antes. Cuando el cura volvió a entrar, los vió instalados muy tranquilamente. Echó los cerrojos de la puertecilla, y se cercioró de una ojeada de que las hojas les ocultaban lo suficiente; después, acercándose y con ahogada voz:

—Olvidáis lo convenido—dijo.—Me prometisteis no salir de casa.

—Hace demasiado calor arriba—respondió Olimpia.—No cometemos ningún crimen al venir aquí a tomar el fresco.

El cura iba a montar en cólera; pero su hermana, lívida por el esfuerzo que hacía al plantarle cara, añadió con singular acento:

—No grites: hay gente al lado, y podrías perjudicarte a ti mismo.

Los Trouche soltaron una risita. El cura la miró y se llevó la mano a la frente, con ademán silencioso y terrible.

—Siéntate—dijo Olimpia.—Quieres una explicación, ¿no es cierto? Bueno, pues voy a dártela... Estamos cansados de estar entre cuatro paredes. Tú vives aquí como el pez en el agua; la casa es tuya, el jardín es tuyo. Mejor que mejor, porque nos alegramos de que te vayan bien los asuntos; pero no por eso has de tratarnos como a unos pordioseros; nunca has tenido la atención de subirnos

un racimo de uvas; nos has dado la habitación más fea; nos escondes, te avergüenzas de nosotros, como si estuviéramos apestados... Ya comprendes que esta situación no puede continuar.

—Yo no soy el amo—dijo el Padre Faujas.—Si queréis devastar la finca, dirigíos al señor Mouret.

Los Trouche cambiaron una nueva sonrisa.

—No te preguntamos interioridades—prosiguió Olimpia.—Sabemos lo que necesitamos saber, y basta... Todo esto lo que prueba es que tienes mal corazón. ¿Crees tú que si nosotros estuviéramos en tu lugar, no te diríamos que tomaras tu parte?

—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué queréis de mí?—preguntó el cura.—¿Acaso os figuráis que estoy nadando en oro? Ya habéis visto mi cuarto, que está tan mal amueblado como el vuestro. No puedo daros esta casa, que no me pertenece.

Olimpia se encogió de hombros; hizo callar a su marido, que iba a responder, y tranquilamente dijo:

—Cada cual entiende la vida a su modo. Aunque tuvieras millones no comprarías tú una bata para echarte de la cama; te gastarías el dinero en cualquier gran negocio tonto. Nosotros queremos vivir a gusto en nuestra casa... Atrévete a decir que si quisieras los más hermosos muebles de la casa, y las ropas y las provisiones, todo, no lo tendrías esta misma noche. Pues bueno; en esta situación, un hermano bueno habría pensado ya en sus parientes, y no los dejaría en el fango, como haces tú.

El Padre Faujas miró profundamente a los Trouche. Los dos se balanceaban en sus sillas.

—Sois unos ingratos—les dijo al cabo de un silencio.—Ya he hecho mucho por vosotros. Si

hoy tenéis pan que comer, me lo debéis a mí; porque conservo aún tus cartas, Olimpia, las cartas en que me suplicabas que os salvara de la miseria, haciéndoos venir a Plassans. Ahora que estáis a mi lado, con la vida asegurada, me venís con nuevas exigencias...

—¡Bah!—interrumpió brutalmente Trouche.—Si nos ha hecho usted venir, ha sido porque nos necesitaba... Yo no creo en los buenos sentimientos de nadie... Hasta ahora he dejado hablar a mi mujer, pero las mujeres no llegan nunca al grano... En dos palabras, mi querido amigo; hace usted mal en tenernos enjaulados, como perros fieles a quienes sólo se saca en los días de peligro. Nos aburrirnos, y acabaremos por hacer cualquier majadería. ¡Déjenos usted un poco de libertad, qué demonio! Pues que la casa no es de usted y que usted desdeña el regalo, ¿qué puede importarle que nosotros nos instalemos a nuestro antojo? ¡Me parece que no nos comeremos las paredes!

—Sin duda—remachó Olimpia.—Siempre bajo llave, acaba uno por volverse rabioso. Seremos muy buenos para ti. Ya sabes que mi marido sólo espera una señal... Sigue tu camino y cuenta con nosotros; pero queremos nuestra parte... ¿Conformes, verdad?

El Padre Faujas había bajado la cabeza, y se quedó un momento silencioso; después, levantándose:

—Escuchad—dijo sin responder directamente.—El día que lleguéis a ser un estorbo para mí, os juro que os envío a reventar en un rincón, sobre un montón de paja.

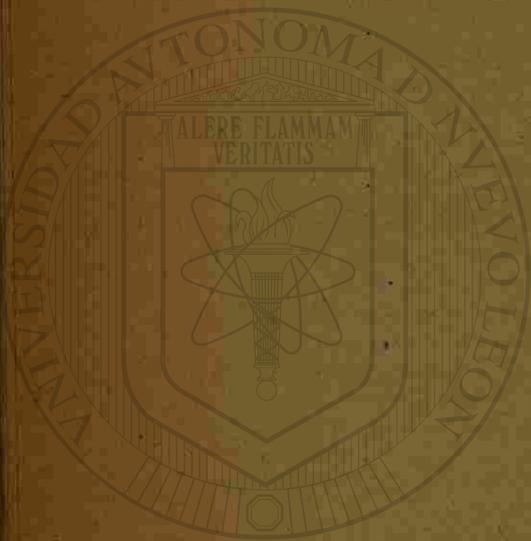
Y subió al segundo, dejándolos en la glorieta.

A partir de aquel momento, los Trouche bajaron casi diariamente al jardín; pero lo hacían con cierta discreción, y procurando no hallarse en él a las horas en que el cura hablaba con los contertulios de las casas vecinas.

A la semana siguiente, se quejó Olimpia del cuarto que ocupaban de tal manera, que Marta, complaciente, le ofreció el de Sergio, que había quedado libre. Los Trouche conservaron las dos habitaciones. Durmieron en la antigua alcoba del joven, de la que no se quitó un solo mueble, y convirtieron la otra en una especie de salón, para el cual Rosa les encontró en el granero un antiguo mobiliario de terciopelo. Olimpia, entusiasmada, se mandó hacer una bata de color de rosa en casa de la mejor modista de Plassans.

Mouret, olvidando una noche que Marta le había pedido que prestase el cuarto de Sergio, se vió sorprendido al encontrar en él a los Trouche. Subía en busca de un cuchillo que el joven debía de haber dejado en el fondo de algún cajón. Con aquel cuchillo, precisamente, estaba Trouche cortando un bastón de una rama de peral que acababa de arrancar del jardín. Entonces Mouret volvió a bajar, pidiendo mil perdones.

FIN DEL PRIMER TOMO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ULTIMAS PUBLICACIONES
DE LA
CASA EDITORIAL

Gassó Hermanos

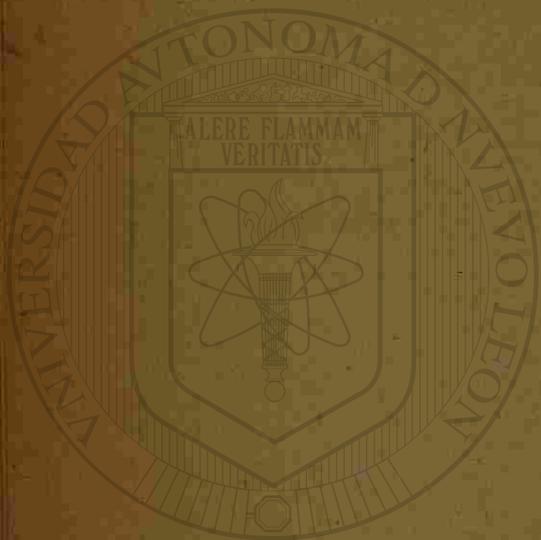
Santa Teresa, 4 y 6

BARCELONA

EMILIO ZOLA

Teresa Raquin.	256 págs. 1 tomo.
Los Misterios de Marsella.	496 " 1 "
Magdalena Férat.	352 " 1 "
La taberna...	608 " 2 "
El mandato de una muerta.. . . .	232 " 1 "
Una página de amor.	481 " 2 "
La Confesión de Claudio.. . . .	231 " 1 "
La conquista de Plassans.	510 " 2 "
El delito del padre Mouret.. . . .	517 " 2 "
La Ralea.	548 " 2 "
La fortuna de los Rougón.	531 " 2 "
El vientre de París.	461 " 2 "
S. E. Eugenio Rougón.. . . .	597 " 2 "®
Cuentos a Ninón..	224 " 1 "
Nuevos cuentos a Ninón.. . . .	232 " 1 "
En rústica con cubiertas en colores... .	1 pta. tomo.
Eneadernado en tela..	1'50 " "

(Sigue la publicación de esta serie).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca Práctica

Abarca en pequeños volúmenes el resumen de todas las ciencias prácticas que se necesitan para llegar a ser un buen enciclopédico.

Esta biblioteca, a pesar de ser la más barata de cuantas similares se han publicado están escritos sus volúmenes por verdaderas eminencias de Europa.

Hay publicados los siguientes:

- Para ser un buen detective.*
- " ser un buen magnetizador.*
- " ser un buen actor.*
- " ser ventrílocuo.*
- " ser prestidigitador.*
- " ser su propio médico.*
- " ser un buen jugador.*
- " ser un mágico.*
- " hacer rompe-cabezas.*
- " hacer máquinas eléctricas.*
- " decir la buena ventura.*
- " conquistar las mujeres.*

Cada tomo en rústica. . . 0'50

